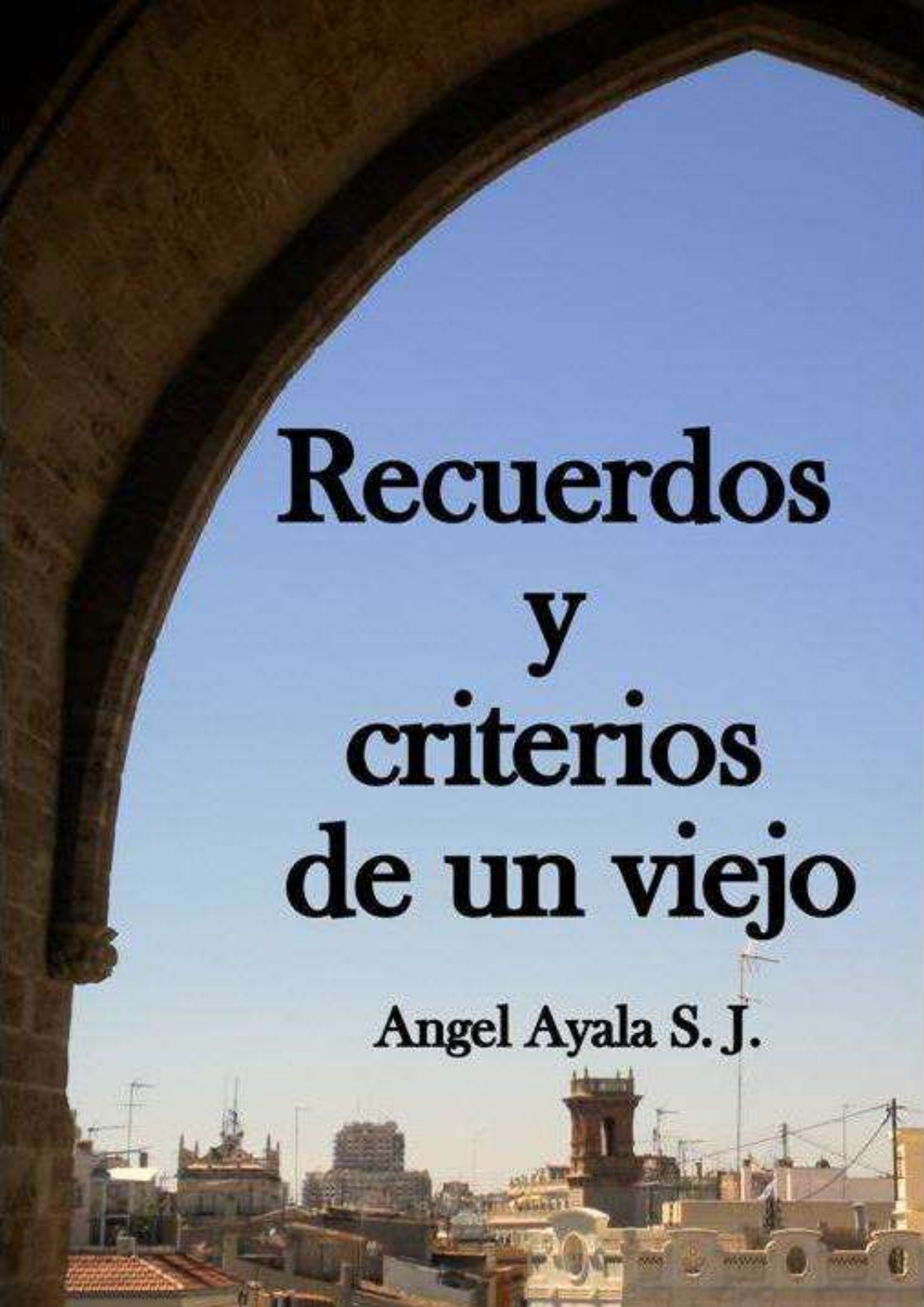
Recuerdos y criterios de un viejo

Angel Ayala S. J.



Ángel Ayala, S.J.

RECUERDOS
Y
CRITERIOS DE UN VIEJO
DE
OCHENTA Y OCHO AÑOS

1956

Imprimatur:
EMMANUEL OLLEROS, S. J.
Praep. Prov. Tolet.

Nihil obstat:
D. ANTONIO DEL CUETO,
Censor.

Imprimatur:
José María,
Vicario General y Obispo Auxiliar.
Madrid, enero 1956.

ÍNDICE

PRÓLOGO 4

EL VALER DE LOS HOMBRES 7

DE MI CÍRCULO DE JÓVENES UNIVERSITARIOS Y ALGUNAS IDEAS QUE LES HE EXPUESTO 23

CÓMO ME ECHARON DE MADRID 38

GRANDES DESATINOS SOBRE MI VOCACIÓN RELIGIOSA Y SOBRE OTRAS VOCACIONES 48

CUALIDADES, DEVOCIONES Y VIRTUDES APTAS PARA TODOS 55

PROBLEMAS DE MUCHACHAS 72

PROBLEMAS DE FAMILIA 83

COSAS DE MONJITAS 94

DE ALGUNOS IDEALES MÍOS 101

DE MIS ÚLTIMOS DÍAS 117

CÓMO UN VIEJO A LOS OCHENTA Y OCHO AÑOS VE ALGUNAS COSAS DE LA VIDA 126

ALGUNOS RECUERDOS DE MI INFANCIA... 131

PRIMERAS AFICIONES DE MI NIÑEZ, QUE DESPUÉS CONTINUARON 139

DE MI PREOCUPACIÓN POR LA UNIVERSIDAD CATÓLICA LIBRE 155

PRÓLOGO

Este libro viene a ser una selección de recuerdos de una larga vida y una sencilla exposición de algunos criterios que han dirigido mi acción apostólica, y, según creo, podrían dirigir en algún modo la de los demás.

Si se hubiera limitado al recuerdo de los hechos más salientes de mi vida, sería de muy escaso interés para los lectores a los que se dirige, y no de gran provecho.

¿A qué lectores me dirijo?

Ya he escrito para jóvenes, ellas y ellos; para universitarias, para educadores, gobernantes, religiosos y obreros.

Ahora pensé en escribir para los viejos.

¿Y usted cree que eso puede ser de alguna utilidad?

Pues, sí. Verán ustedes.

Los viejos y viejas me entenderán mejor que los jóvenes, y aun que los hombres y las mujeres en la madurez de la vida.

Porque las cosas, hechos y criterios que escribo me las han enseñado mis ochenta y ocho años.

Muchas veces pienso que si vivo quince días más sabré algo más de la vida, y nuevo y estupendo.

La vida es un libro sapientísimo que nunca acaba de saberse.

Un hombre de ochenta y un años sabe más que uno de ochenta.

Cuando se llega a la edad de los sesenta se figura uno que se lo sabe todo.

Se equivoca.

Cuando yo tensa sesenta me figuraba que me iba a morir sin haber visto nada grande.

Pues he visto nuestra guerra, que ha sido una cosa muy grande.

Y muchos inventos..., como la bomba atómica, y muchos desatinos de los hombres, más grandes que el invento de la bomba atómica.

Sobre todo, desatinos nuevos, estoy viéndolos todos los días.

Y desatinos cometidos por los hombres grandes. Que si fuera por los tontos...

Como, por ejemplo, dejar que el comunismo de Rusia se engulla la tierra entera.

Y ¿por qué dedico también estas páginas a los pollitos y pollitas?

Porque los pobrecillos no saben absolutamente nada de la vida.

Están en la edad de las mentiras.

Todo lo que ven, piensan e imaginan son cuentos.

Y por eso les convienen consejos y experiencias de viejos.

Por ejemplo, se figuran ellos que se van a casar con princesas.

¡Pobrecillos! ¡Con princesas!

Y se figuran que con unos papeles que se llaman billetes de Banco van a ser felices.

¡Pobrecillos!

Como los infantes que mandan regimientos de plomo o de cartón.

¿Repito algunas ideas en estas Memorias mías?

Sí, primero por la naturaleza de la obra, que lo exige así.

Segundo, porque la insistencia en algunas ideas que sean de interés me parece, no repetición inútil, sino provechosa.

Eso lo hacen todos los autores sensatos que intentan enseñar. El caso es hacerlo con discreción.

El hombre, generalmente, tiene mucho de niño en cuanto a lo que ha de aprender.

Con leer o ver una vez las cosas nadie se queda con ellas.

Es gran principio pedagógico para todos, niños, jóvenes, hombres maduros y viejos, la necesidad de la repetición. También esto lo he aprendido por la experiencia. Pero, ¿y los sabios?

Yo no escribo para sabios.

Además, los sabios y los muy inteligentes son, a veces, los que menos entienden las verdades llanas y de sentido común.

Aquí viene bien aquello de *Aquila non capit muscas*.

¿Qué repetiré, quizá sin sentir, con más frecuencia?

Ciertas ideas sobre educación, apostolado, orden sobrenatural, que

son las de más interés y que más quiero llevar en mi alma, porque son macizas y eternas.

Las demás, lo nuevo, ingenioso, original, nunca han sido de mi predilección.

¿Tal vez por red vulgaridad?

Concedido.

Pero no me pesa.

Es poco el tiempo de esta vida.

Y pasarlo en decir agudezas y originalidades, o cosas baladíes, es impropio de quien piensa que está en la vida para algo más que eso.

Yo pienso así. ¡Qué le vamos a hacer!

Pido a Dios que no le sea molesto al lector.

Y con eso, contento él y contento yo.

EL VALER DE LOS HOMBRES

¿Por casualidad han visto ustedes por aquí algún hombre?

Yo soñaba una noche que, estando en la Gran Vía de Madrid, entré en una casa y se me ocurrió preguntar:

—¿Por casualidad han visto ustedes por aquí algún hombre?

—Pero, ¿qué dice usted, señor? Esto es un bar, donde se comen mariscos y se bebe cerveza.

—Ya lo veo. Pero lo que yo pregunto no es si han visto personas, que ya veo hay aquí muchas, sino sí han visto «algún hombre, es decir, alguna persona que piense de dónde ha venido y adónde va y para qué está en este mundo».

—¡Ah, ya! Pues, mire usted, aquí no sabemos de eso, sino que aquí se come y se bebe, y nada más.

—Perdonen ustedes.

Me fui derecho a la casa siguiente. Y pregunté al portero:

—¿Me haría usted el favor de decirme si vive aquí algún hombre?

—Creo que no. Esto es un cine. Y no creo que habite nadie.

—¿Pero ninguno de los que vienen es hombre?

—Naturalmente, y mujeres.

—Lo supongo, varones y hembras. Pero no pregunto eso, sino si alguno de ellos ha pensado alguna vez «de dónde ha venido, adónde va y para qué está en el mundo».

—Pues, verá usted. De eso no entiendo ni palabra. Aquí vienen a pasar el rato, y no creo haya ni uno que se haya puesto, mientras vea la película, a pensar en esas filosofías.

Total, que recorrí la Gran Vía, encontré tiendas lujosísimas donde se

vendía de todo y se preocupaban, los de dentro y los de fuera, de joyas, muebles, objetos de arte, dulces, etc., pero no de si había hombres; hasta que di con un viejecito simpático, que me dijo:

—¡Ah, ya caigo! Pues vaya usted a cualquier barrio bajo, verbigracia, Cuatro Caminos, Carabanchel, Ventas, etcétera, etc., y verá usted un letrero de cuando en cuando que dice «Escuela», y allí encontrará usted muchos hombres, todas los chiquillos que estén allí, y todos le contestarán a sus preguntas. Ahora, aquí, en la Gran Vía, nadie le dará razón de lo que quiere, como no sea algún cura que pase per la calle o alguna monja.

De lo que he visto a mi paso por la vida entre los hombres.

He visto incontables corderitos inocentes, blancos como la nieve. Entre los niños.

—¿Y palomitas?

—Lo mismo. Infinitas niñas como ángeles, con unos ojitos tan puros...

—¿Y borregos? ¿Ha visto usted?

—La mar, en unos prados que se llaman partidos políticos y organizaciones sociales.

—Y ¿qué es lo que más abunda en el mundo, a su juicio?

—Sin duda, los puercos. Va uno por la calle, y ve muchas porquerías. Se mete en los cines, y porquerías.

—¿Y gansos? ¿Ha visto usted muchos?

No lo creerán ustedes, pero hay gran abundancia. Y de lobos, y de perros, y de buitres, y de escarabajos y culebras.

Topos, no digamos; y asnos, no digamos, y zorros, y zorras...

No todo es eso, gracias a Dios. También hay personas, pero ¡qué poquitas!

Pero no todos los hombres son animales dañinos. Los hay Inofensivos; por ejemplo, los hombres conejos y los hombres liebres.

A éstos les tiran un empleo sustancioso y quedan heridos a disposición de los cazadores.

Lo más gracioso no es eso, sino que los conejos y liebres se dan gran

pisto considerando que ellos no son los cazados, sino los cazadores.

Y así, piensan: «Los que se figuran que nos han cazado, no se dan cuenta de que han cazado hombres honrados y laboriosos, en vez de vividores e inmorales.»

De modo que nosotros somos los cazadores, que hemos cazado puestos de provecho para la patria, e incluso para la Religión.

En general, los hombres conejos cumplen mejor sus deberes religiosos que los deberes políticos y sociales. Porque oír misa los días de fiesta, comulgar por Pascua Florida y hasta ayunar, como se ayuna ahora, no son deberes heroicos, que digamos.

Pero tener un ideal de gobierno católico, no creyendo que todo lo hace maravillosamente, sino defendiendo lo bueno y aguantando lo equivocado o advirtiéndolo y corrigiéndolo cuando pueda, luchando contra los enemigos de ese ideal católico, dándole a esa lucha el tiempo, el dinero y las contrariedades inevitables, eso es más difícil que rezar el rosario en familia.

Y hacer obras sociales; Sindicatos, cuando se pueda organizarlos católicamente; crear las obras profesionales, culturales y económicas necesarias para darles consistencia y vigor, cuesta bastante más que llevar un cirio en una procesión o asistir a una vela en la Adoración Nocturna.

Comulgar con frecuencia es cosa que los católicos fervorosos deben hacer y hacen; pero eso no es tan meritorio como dirigir un diario para defender los derechos de la Iglesia, sean los que sean, contra los enemigos que sean, de arriba, o de abajo, o de enfrente.

No nos creemos un catolicismo femenino y muelle, que consista en practicar devociones, dejar que pase lo que pase, no llevarse ningún disgusto, gozar de puestos de honor y de provecho y, si se gobierna desacertadamente, aguantarlo con paciencia provechosa y esperar a mejores tiempos, que por sí solos no vendrán nunca.

Los católicos que dicen que aborrecen la política son comodones que no quieren defender a la Iglesia sino sólo comulgando.

Es como si un soldado en plena batalla, cuando los adversarios están disparando cañonazos, él rezase una novena.

—Pero hay otros tipos humanos.

—No diga usted nada a ver si acierto yo. ¿A que abundan mucho los alcornoques?

—Ha dado usted en el clavo.

—Pero también habrá muchas azucenas, y rosas, y claveles, y violetas.

—¡Claro! Entre las jóvenes educadas por sus madres cristianas con gran esmero.

—Desde luego que se estarán ustedes figurando que lo más abundante de cuanto pertenece a este reino son los adoquines.

—¡Claro! Y que habrá encontrado poquísimo oro, más plata, más cobre, más hierro. Diamantes, rarísimos. Perlas, casi ninguna.

—¡Qué ojo tiene usted!

El hombre de talento.

Es falso criterio valorar al hombre sólo por su talento. Es un error grave.

Ha habido en la Historia muchos hombres de gran talento funestísimos.

Y hay y habrá siempre muchos talentos grandes e inútiles.

¿Qué haría un talento grande sin:

Espíritu de sacrificio.

Vocación natural para alguna obra.

Preparación conveniente.

Tenacidad en las empresas.

Fracasos en los tanteos.

Consejos de los prudentes.

Vencimiento de dificultades.

Las cooperaciones necesarias.

Consagración a las obras?

En cambio, un talento corriente adquiere un valor incalculable:

Si es virtuoso.

SI tiene carácter.

Si es activo.

Si tiene prudencia.

Si es amable.

Si es comprensivo.

Si tiene tenacidad.

Al talento, sólo porque lo es, se le pondera, se le alaba, se le tributa honor casi divino.

El valer de una persona depende del conjunto de sus prendas.

A veces, en los profesores y maestros jóvenes, vale más para conciliarse el amor de los niños, y aun influir en su educación, saber tocar la armónica o hacer juegos de prestidigitación, que no ser un portento de sabiduría.

En las Misiones pasa igual.

Con un acordeón puede un misionero convertir más infieles que con toda su Teología.

¿Luego vale más un acordeón que la Teología?

Lo que decimos es que no se debe medir el valer de una persona, sobre todo para apreciar su influjo sobre otras, sólo por su talento o su ciencia.

¿Qué consecuencia puede sacarse de aquí?

Que el talento no se debe envanecer creyendo que lo tiene todo.

Y que los de inteligencia corriente no se deben deprimir, porque con otras prendas que fácilmente se tienen pueden hacer mucho más bien que otros con su inteligencia superior.

El hombre de acción.

El hombre de acción se caracteriza por empresas de valer, por la preocupación de las obras de importancia para la Iglesia o la sociedad.

De ordinario, los hombres de acción no son inteligencias superiores.

Un hombre de talento corriente puede ser hombre de acción si tiene virtud.

Es que para hacer cosas relevantes se necesita, más que discurrir maravillosamente, sacrificarse maravillosamente. Y eso no se logra con el entendimiento, sino con el trabajo, el esfuerzo, la constancia, la tenacidad.

Hay hombres de acción y hombres de inacción.

Los yanquis son de los primeros.

Los españoles, de los segundos.

Hay hombres teóricos y hombres prácticos.

Los españoles son de los primeros.

Los yanquis, de los segundos.

Aquí se estudia, pero no se hace.

En Estados Unidos se estudia y se hace.

En España no se sabe trabajar, y por eso no gusta trabajar.

En España no se sabe trabajar porque no se aprende a trabajar.

No se aprende a estudiar, y por eso no agrada estudiar.

No está bien remunerada la acción.

Y por eso no hay acción.

Un catedrático gana una oposición.

Y no puede vivir de ella.

No viven los abogados, ni los médicos, ni los licenciados en Filosofía.

Ni la inmensa mayoría de los empleados.

¿Cómo van a trabajar con gusto?

Es decir, ¿cómo van a trabajar?

No somos indolentes por naturaleza, sino por gracia, por arte, por formación, por organización.

Estamos organizados para tener gusto en no trabajar.

¿Cómo vamos a tener hombres de acción?

Ni siquiera para ganar dinero, que es el gran estímulo.

Porque no sabemos negociar.

Sabemos vivir de la renta, del papel del Estado, de las obligaciones...; ¿pero de los negocios?...

Las izquierdas tienen más juicio, a lo menos según parece en la órbita mundial.

Se organizan, saben lo que es eso, se sacrifican para eso.

Y por eso tienen hombres de acción.

A los dirigentes les estimula más el mangoneo que a nosotros el bien común y el de la Iglesia.

Es lo que decía Cristo: «¿Los hijos de las tinieblas son más sagaces

que los hijos de la luz?,

No sólo el mangoneo, sino lo que siempre le acompaña, el honor y el provecho.

A nosotros nos acompañan el sacrificio y la lucha. A ellos, también.

Pero las soportan por el interés del honor o del dinero. Nosotros, no; ni por Dios.

El hombre de acción es hombre de lucha. Lucha porque salga adelante su acción. Y si es beneficiosa, tendrá que luchar contra muchos, porque son muchos los que no quieren el bien común.

¿Hay muchos hombres de acción en España?

Hay muchos amigos de la tinta, del tintero y el sillón. Muchos amigos del café, del mus y del fútbol, de jugar al alza y baja de los valores.

El hombre de corazón.

No me agradaría que mi corazón amara sólo con las obras.

Mi ideal sería amar con el corazón y las obras de amor.

Amamos más al que nos da su amor que la dádiva sin amor. El pan del amor es el sustento del alma. No amamos al pobre, al enfermo, al afligido sólo con la dádiva: le damos muy poco; necesario, pero poco. Démosle amor del corazón.

El gran amor de las madres es el amor de sus desvelos, con sus besos. Ese amor es el que produce el fruto de la educación.

El gran amor de los padres es el de sus trabajos con sus cariños.

¿Qué es eso? La sonrisa, la palabra cariñosa, la frase de consuelo, la compasión, el aliento, la mirada, el gesto amable.

El mismo amor sobrenatural, ¡cómo llena, acompañado del amor del corazón!

No es necesario; es útil, dulce, poderoso.

¿Cómo amó Cristo? Como Dios y como hombre. ¿Cómo amó en cuanto hombre? Con la voluntad humana y el corazón humano.

Llamó a sus apóstoles hijos, hijitos. San Juan reclinó su cabeza sobre su pecho. Lloró ante la tumba de Lázaro. Con razón decían los judíos: «¡Cómo lo amaba!» ¡Eso es amar con el corazón!

¿Cómo amaba la Virgen a su Hijo?

La Madre piadosa estaba
junto a la Cruz, y lloraba
mientras el Hijo pendía;
cuya alma, triste y llorosa,
traspasada y dolorosa,
fiero cuchillo tenia.

No le amaba sólo adorándole, ni apreciándole como Dios, ni conociéndole como a su Dios y creador del cielo y de la tierra.

Le amó en Belén, besándole, abrazándole, diciéndole ternuras, sustentándole. ¿Y en la Cruz? Llorándole, abrazándole sus pies, besándoselos, participando de su deshonra. Madre de un crucificado, sepultándolo.

¡Oh Madre, fuente de amor!
Hazme sentir tu dolor,
para que llore contigo,
y que por mi Cristo amado,
mi corazón abrasado
más viva en Él que conmigo.
Y porque a amarte me anime,
en mi corazón imprime
las llagas que tuvo en Sí,
y de tu Hijo, Señora,
divide conmigo ahora
las que padeció por mí.

Eso es el amor del corazón. Padecer por el amado, llorar por él, gozar con él, expresándose con la palabra que le amamos de corazón.

Yo no quisiera un amor sin corazón, sin lágrimas, sin gozo, sin penas.

No está en nuestras manos este amor cuando se trata de Dios. Pero pidámoslo, procurémoslo con las palabras, con el sentimiento de no sentirlo.

¡Oh, qué gran tesoro!

Así quieren las madres a los hijos; así los hijos buenos a las madres.

Así los esposos entre sí.

Un amor sin corazón no convence a nadie, ni es de influjo en nadie.

Le dais a un pobre una limosna sin palabras de amor, y queda agradecido, pero no consolado.

Un esposo da a su esposa comodidad y regalo, y no le da amor, que lo vea en sus ojos, en sus palabras, en sus sonrisas, y se considerará no dichosa.

El hombre de carácter.

Un hombre de carácter es, en primer lugar, un hombre de ideas claras y firmes.

Y, consiguientemente, de voluntad constante y segura. Un hombre que cuando acomete una empresa arrostra todas las dificultades que ha previsto.

Y por eso, de ordinario, triunfa.

Y cuando fracasa, no se deprime, sino que el mismo fracaso le sirve de lección para otras empresas.

En este sentido, el carácter es una cualidad excelsa. En otro sentido, el carácter es el conjunto de cualidades que adornan a una persona: amable, equilibrado, activo, inteligente. Es lo que se llama la fisonomía moral de una persona.

El carácter es una cualidad magnifica propia de todos los grandes hombres, si se trata del primer sentido. Si se trata de un conjunto de cualidades buenas, el carácter es un ornamento estimabilísimo de la persona. Lo ordinario y corriente es encontrar caracteres vulgares, que no saben o no quieren hacer sino las trivialidades de la vida.

Un hombre sin carácter es un hombre sin ideas arraigadas.

Un hombre sin coraje para defenderlas.

Un hombre sin entusiasmo para difundirlas.

Un hombre sin amor a sus convicciones.

El carácter es necesario para todo, principalmente para defender sus ideas religiosas.

¡Qué diversidad de caracteres hay en el mundo! Todos fundamentalmente los ha hecho Dios. Con sus buenas cualidades y deficiencias. ¡Qué

sabiduría! ¡Qué bondad! Para que nos amáramos y nos *amasémos*, como decía no sé quién. Para que notáramos lo bueno y sufriéramos lo deficiente; para que alabáramos lo bueno y perdonáramos las faltas; para que nos alegrara lo alegre y nos entusiasmara el entusiasta y con el optimista nos alentáramos; nos ayudara el emprendedor y nos elevara el religioso y nos moliera el tonto. También entra eso en su providencia.

Porque hay hombres nacidos para moler a los demás. ¿Quién no se ha encontrado con hombres moscas, impertinentes, fastidiosos?

¿Y con hombres mosquitos, de los que pican y escuecen? ¿Y hombres avispas? De todo ha de hallarse en la vida. Porque ésa es la vida. Yo quisiera que mi carácter fuera de los que saben soportar moscones y tábanos. ¡Qué virtud! Llevar eso bien, saber tratar a todos con amor, saber hacerles bien... ¡Qué difícil! ¡Esos son caracteres! Que saben sufrir, callar, hablar, disimular, condescender, corregir, castigar y perdonar.

¡Cuántas cosas quisiera ser y cuántas no ser! Pero no es mi ideal ser un hombre sabio, ni portento en nada, sino bueno, amable, simpático, de acción, defensor de la Iglesia, sin homenajes, sin artículos de Prensa, encomiásticos para mí; sin grandes cruces, sino la cruz de la vida bien llevaba, oculta, bienhechora, con paz interior.

¿Se puede adquirir el carácter?

Sí.

Adquiriendo desde jóvenes el hábito del deber. Quebrantando la voluntad en cosas licitas, que la habitúen al vencimiento propio.

Imponiéndome una sanción cuando falto a mi deber. Llevando con ánimo varonil las contrariedades de la vida.

Considerando que los hombres sin carácter acaban por ser unos desgraciados.

Todos los héroes fueron grandes caracteres.

Ningún cobarde fue gran carácter.

Ningún vicioso lo fue.

Todos los santos fueron caracteres heroicos.

La vida no es matemática.

Pero a veces los hombres nos empeñamos en hacerla así. Y no es así.

Sino humana, es decir, no sometida a reglas de acero, sino a normas flexibles y morales.

Ni la vida es matemática ni filosófica.

Hablamos y escribimos y nos debemos entender como hombres, no como matemáticos ni como filósofos. Cuando usamos de la hipérbole, todos entendemos lo que queremos decir, que no es lo que decimos.

¡Pobres andaluces si la vida fuese matemática! ¡Y hubiéramos de hablar como en números!

Por eso no hay regla general sin excepción.

Y a veces no las hacemos y nos parece que somos justos. Y somos injustos.

Y en vez de hacer felices, hacemos desgraciados. Hasta para los condenados a muerte por asesinos hay las excepciones de los indultos.

La vida matemática sería horrible.

Dios no es matemático, sino en los dogmas.

En lo demás es más misericordia que justicia. Y más bueno que riguroso.

Le imitamos y no creemos que cuando hacemos una excepción por razones de prudencia o caridad, vamos a sentar un precedente que va a arruinar nuestro gobierno.

Cuando no se trata de quebrantar una norma moral, que eso no admite excepciones, por mil razones atendibles hacemos lo que queremos.

Y no se hunde el mundo. Ni nuestro gobierno.

El hombre individualista.

La asociación primera fue la del hombre, la mujer y los hijos. Después vino el pueblo, y, por último, la nación.

Por último, no. El hombre, más adelante, sintió la necesidad de un bloque de naciones.

Y ahora se unen el Oriente contra el Occidente. Esto los hombres.

¿Y los animales?

Lo mismo. Se unen las abejas, las hormigas, las aves, los toros. Y los lobos y los asnos, por lo menos, para atacar o defenderse.

Se asocian, en cierta manera, hasta los vegetales, en bosques, y los minerales, en átomos, que se adhieren los unos con los otros.

Todos menos los españoles.

Cada uno es una asociación.

Tomamos ejemplo de los hongos.

Y del pájaro solitario en los tejados de que nos habla la Escritura.

Y de la lechuza que habita sola en las ruinas. Bueno: vamos a las aplicaciones.

¿Cuántos alumnos saldrán cada año de los colegios católicos para la Universidad, Escuelas Especiales, Medicina, profesionales particulares? ¿Para carreras infrauniversitarias, para la industria y el comercio?

¿Cuántos serán en total?

Muchos millares. ¡Muchos!

La flor de España en clase, riqueza, influjo, cultura, educación.

¡Qué fuerza social, política, cultural, religiosa! ¡Inmensa!

Es inútil.

Por no organizada, por no aprovechada, por no dirigida.

Como todas las gotas de las cataratas del Niagara, dispersas.

Y ahora, pongámonos a llorar.

¡Cómo está la política, la cuestión social, el cine y los espectáculos, las costumbres, la juventud!

¡Qué útil, qué bello, qué meritorio!

En ningún pueblo de la tierra se gime tanto.

Los españoles somos reyes de taifas. ¡Aquí mando yo!, decimos todos.

Una asociación, ¡qué difícil! Una federación, ¡qué milagro! Una confederación, ¡metafísicamente imposible! Ya está la asociación.

Ahora viene lo mejor.

¿Son cien socios? Cien pareceres distintos. ¡Qué camorra tan bella! ¡Qué fuerza tan fructuosa!

¡Y qué ojo para el acierto!

Se reúnen unos antiguos alumnos. Tienen una comida al año ¡Qué

alegría, qué recuerdos! Se proponen como fin la defensa de la libertad de la enseñanza.

¡Imposible! ¡Eso es política! (histórico).

¡Qué seguridad! ¡Qué tino! ¡Qué fruto!

Tantos conventos que oran, tantos colegios que educan, tantos predicadores que hablan, tantos catedráticos que enseñan, ¿para qué?

Para crear fuerzas inútiles.

Nos falta el sacrificio final. El de la organización.

El hombre de gobierno.

Autoridades de energía bastante para cumplir bien con su deber, he encontrado pocas a mi paso por la vida. Lo más frecuente ha sido hallar eso que llaman prudentes.

¿Qué es eso?

Personas que no quieren molestarse ni molestar, aunque sea para cumplir con su deber. No exigiéndolo a los que están a sus órdenes.

Y por eso se callan cuando ven algo mal hecho en los que dependen de ellos.

Y se forman la conciencia con gran facilidad. Va a ser peor si le aviso. No va a reconocer su falta. Se va a indisponer conmigo, y en vez de tener un súbdito bueno voy a tener un enemigo más. Esperaremos a que se presente una ocasión propicia. Y la ocasión no se presenta.

De esta manera, lo que pasa es que hay en el mundo una inopia de autoridades enorme.

De hecho, se encuentran muchos con deseos de mandar. Pero poquísimos que sepan mandar.

No por falta de educación.

Ni de bondad.

Ni de deseo de hacer bien a los súbditos y a las obras. Ni de talento.

Sino par falta de carácter, es decir, de energía para hacer cumplir el deber con gusto.

No como los soldados en el cuartel.

Reconozcamos que eso es difícil.

Pero necesario.

Quien no tenga esa dote, que no mande.

Porque si manda lo hará mal.

Lo mismo como padre que como alcalde, superiora de monjas a ministro.

¿Por qué está el mundo cómo está?

Pues por eso.

Gobernantes buenos son:

Los que producen bienestar en los pueblos.

Los que saben oír a los prudentes y tener en cuenta su parecer.

Los que lo siguen cuando todos piensan del mismo modo.

Los que aman y se hacen amar de sus dirigidos.

Los que cuando comienzan proceden despacio y con reflexión y con consulta.

Los que dejan a las autoridades subalternas actuar libremente dentro del campo de sus atribuciones.

Los que son humanos y no quieren corregir y sancionar hasta las más menudas faltas.

Los que saben alentar con palabras amables a los que comienzan a tener autoridad.

Los que tienen conciencia de que no se lo saben todo, sino que preguntan a los entendidos.

Los que se rodean de capacitados, no sólo de amigos.

Y gobernantes malos, ¿quiénes son?

Los que se figuran que gobernar es echar discursos.

Los que juzgan su gobierno excelente cuando aplauden las multitudes.

Los que reciben la autoridad porque son parientes o amigos del que gobierna.

Los que suben a altos puestos sin haber comenzado por otros inferiores.

Los que no oyen, porque se lo saben todo.

Los que no dejan el cargo, aunque lo desempeñen con general disgusto.

El hombre de ideas propias.

Siempre creí que las ideas de cada hombre eran suyas, y ahora resulta que casi todas las ideas de cada hombre no son suyas

Son de sus padres, de sus maestros, del ambiente regional, de su pueblo y hasta de sus tatarabuelos, y de más allá. Y de más acá. De sus amos políticos y de sus intereses.

Me refiero a las ideas sobre la vida y los hombres, obras, sentimientos y normas de acción.

En todo eso quiero pensar como yo. Y cuantos más años tengo, quiero ser más mío.

No me tengo por eso por orgulloso, sino por mío.

Al decir mías, no quiero decir que sean exclusivamente mías, sino que son mías no porque no las piensa nadie, sino porque las veo yo.

Al contrario, son más mías cuanto más las tienen los demás; pero no las tengo yo porque las tienen los demás, sino que, viéndolas yo, me confirmo más en que lo que yo pienso es verdadero porque lo piensan los demás. Es cosa que causa gran placer tener ideas propias, que no es lo mismo que tener ideas originales; sino que las veo yo, y como las veo yo, las sostengo con firmeza, aunque piense lo contrario quien sea.

Lo cual no quiere decir que prescinda del argumento de autoridad, pero a condición de que vea con mi entendimiento la fuerza de la razón que da la autoridad. Y entonces la defiendo con más convicción y con más fuerza cuanto más me acompaña la autoridad de los demás. No hablo precisamente de la autoridad que tiene derecho de mandar.

Porque la autoridad no siempre tiene razón, ni mucho menos. Si manda y es legítima y no es pecado lo que manda, se la debe obedecer; pero creer con íntima convicción que es verdad lo que manda, eso sólo puede creerlo el entendimiento cuando lo ve.

Las ideas son parte de nuestro ser.

Las ideas propias son un gran don que concede Dios a las almas, y una de las felicidades humanas que más satisfacción procuran en la vida.

Todas las ideas de la Iglesia son ideas mías.

No sólo las que son de fe, sino las de las Encíclicas.

Todas las ideas admitidas por todos los doctores y teólogos católicos,

todas son mías, y las defenderé con toda mi alma.

Todo lo que es de sentido común, es decir, generalmente admitido por todos los hombres, todo eso es idea mía.

Todo lo que cuatro o seis personas prudentes sienten sobre lo que pertenece a la vida humana, es idea mía.

Todo lo que la experiencia larga de mi vida me ha enseñado, sobre un punto cualquiera, acerca de los hombres o de las cosas, es idea mía, aunque no sea idea de otros.

La vida me ha enseñado:

Que los hombres no suelen ser tan malos como de ordinario, precipitadamente, se les juzga, sino ligeros, irreflexivos, desorientados.

Que hace falta mucha compasión y caridad para con los desvalidos, más de la que se tiene de ordinario, etc.

DE MI CÍRCULO DE JÓVENES UNIVERSITARIOS Y ALGUNAS IDEAS QUE LES HE EXPUESTO

Tengo un Círculo de jóvenes que se forman para apóstoles.

Para lo mismo que pretendí de los antiguos jóvenes propagandistas.

Pretendo formarlos teórica y prácticamente,

¿Con qué fin? No sólo religioso, sino social y político. ¿Para gobernar incluso en política?

Sí.

¿Con qué ideas?

No con las mías, que no puedo menos de tenerlas, como todo buen español.

Sino con las de la Iglesia.

¿Nada más con las de la Iglesia?

Nada más.

¿Pero con todas las que constan en los documentos de los Papas?

Con todas.

Con todas, sin dejar una.

¡Ah! ¡Si hace tiempo se hubiera hecho eso y formado hombres así!

Pero no tenemos hombres así sino rarísimos.

¡Que hablen y escriban así, defendiendo todos los derechos de la Iglesia!

No habría tantos católicos-conejos, modelos de timidez y de miedo.

Ni tantos prudentes con la prudencia del provecho propio.

Ni tantos cegatos sin visión política certera.

Que se figuran que son unos linces.

Que pescan un puesto político y se figuran unos políticos consumados. Y suelen ser unos gazapillos cogidos como inocentones.

No sostengo que sean eso todos los que tienen cargos políticos.

Sería una falsedad.

Y una impostura.

Pero hay mucho peligro.

Por la natural inclinación a vivir...

Por este Círculo han pasado gran número de jóvenes de talento y buenos.

Pero no eran para el caso.

Porque se necesitan jóvenes de visión lejana, que entiendan que su educación es para el porvenir.

De temple de guerreros, que no aspiren a ningún puesto inmediato y estén dispuestos a luchar.

Que tengan presentes aquellas palabras de Cristo: «Sí a Mí me han perseguido, a vosotros también os perseguirán.»

Que vean con claridad meridiana que un puesto político puede aceptarse a condición de ser libres en el opinar. Que vean que así han procedido gloriosamente algunos hombres de altura.

Eso es ajustarse a las normas de la Iglesia sobre la libertad de opinión.

Y, además, es conforme a la razón y conforme a una visión favorable al gobierno y al régimen, sea el que fuere. Son en la actualidad estos jóvenes una veintena. A mi juicio, una esperanza para la patria.

Pido a Dios que perseveren en su actitud.

¡Oh, si en todos los pueblos se hubiera formado una agrupación así!

No estaríamos, como estamos en casi todo el mundo, gobernados por indeseables, enemigos de la Iglesia católica y amigos de sus provechos personales.

Da inmensa tristeza ver cómo se cumplen las palabras de la Escritura: «Todos buscan las cosas que son para sí, no las de Jesucristo.»

El comunismo se ha engullido el mundo entero sin masticarlo.

Y nosotros, los que queremos el imperio del Evangelio, nos contentamos poco más que con llevar un cirio en la procesión.

¿Qué hacemos por el obrero, por los espectáculos decentes, por las

radios católicas, por el cine decoroso, por la organización de los estudiantes, por todos los grandes problemas de la Iglesia, de la enseñanza, de la moda, de la caridad?

Vemos muy bien todo lo bueno que se hace; pero da pena ver que la inmensa mayoría de los hombres son gusanos de seda en el periodo de su sueño.

Principios fundamentales.

I.—Nadie puede servir para ocupar puestos relevantes en la sociedad sí no se prepara para ellos de una manera conveniente.

II.—Luego quien quiera servir a la Iglesia como católico y a España como español, ha de prepararse para ello con tiempo y medios convenientes.

III.—Tres cosas son necesarias para una preparación adecuada:

Espíritu sobrenatural.

Conocimiento de la doctrina católica.

Ser hombres de acción.

IV.—En España hay:

Muchos hombres de comunión diaria.

Muchos hombres de palabra abundante.

Y muchos hombres pacíficos.

Lo que no hay es muchos hombres que sepan a qué les obliga la doctrina católica.

V.—Como los primeros puestos de influjo en la sociedad son los cargos políticos, claro es que los católicos han de aspirar a ellos; pero no por eso el Círculo de Jóvenes (militantes) es político.

VI.—Forma hombres para la alta política, que son los principios establecidos en los documentos pontificios; pero el Círculo no forma para un partido político, sino para ocupar puestos en cualquier partido, que se gobierne conforme a las normas de la religión católica.

VII—El programa del Círculo exige: Sacrificio, Optimismo, Visión de los problemas, Tenacidad, Unión, Constancia, Audacia, Acción, Lucha, Sinsabores.

VIII—Creer que se puede hacer algo de valer en la vida sin algún su-

frimiento, es soñar.

IX.—¿En qué temas preferentemente quiere trabajar el Círculo?

En las cuestiones sociales.

En la enseñanza.

En la moralidad.

En la Prensa.

X.—Por consiguiente, el Círculo,

No es una Agencia de colocaciones.

Ni una Sociedad de alabanzas mutuas.

Ni una escuela de oratoria entre amigos.

Ni una cosa parecida a una República presidencial, en que todo lo es el presidente.

XI.—No damos al talento un valor absoluto. Es falso que el hombre vale lo que vale su entendimiento solo. Para el Círculo preferimos un buen conjunto de cualidades:

El espíritu.

La simpatía.

La acción.

La comprensión.

La tenacidad.

La unión.

Estas prendas, con un regular talento, tienen en la vida una importancia enorme.

Nuestros lemas son:

Siempre unidos con los amantes de Dios y de España.

Siempre dispuestos a trabajar por Dios y por España.

Siempre dispuestos al sacrificio por Dios y por España.

Otras normas para el Círculo.

Nuestro Círculo tiene por fin característico la preparación de sus socios para la vida pública.

Esta preparación exige:

A) Estudio de la doctrina católica, señaladamente en las cuestiones de actualidad.

B) Conocimiento ele los problemas culturales, políticos, sociales y económicos de interés nacional.

C) Cultivo serio de la vida espiritual.

El hecho de que en el Círculo se estudien problemas políticos no significa que sea político en el vulgar sentido de que defienda o propague la ideología de un determinado partido político, sino sólo en el más noble de que se estudien a fondo y a la luz de la verdad cristiana las cuestiones políticas que deben ser conocidas por los católicos cultos, a fin de poder actuar a su tiempo con eficacia y saludablemente en la promoción del bien común. Ni los Papas, ni los eclesiásticos teólogos, canonistas y filósofos son políticos en el primer sentido, y, sin embargo, los Papas, en encíclicas y alocuciones, y los demás, en sus libros tratan de problemas políticos, y suministran la doctrina segura para darles la posible y acertada solución. Si los jóvenes no se ejercitan en el estudio de esta doctrina y de los problemas actuales que a su vez han de resolverse, ¿cómo estarán un día capacitados para intervenir en la vida púbica de su país, cuál es su deber, como se lo recuerdan los mismos Romanos Pontífices?

Eso sí, al discutir esos temas y todos los demás, se tendrán presentes dos normas:

1.ª Debe distinguirse lo que es doctrina cierta de la Iglesia y debe ser aceptado por todos sus hijos, de lo que no es tal doctrina de la Iglesia, sino solamente razonable opinión, que puede ser aceptada o rechazada, como a cada uno le pareciere después de seria consideración.

2.ª Una vez asegurada la unidad en lo indiscutible, necesario, obligatorio, el espíritu cristiano, y aun la pura razón exigen a todos mutuo respeto en todo lo opinable. La convivencia pacífica, cordial, cristiana, no ha de hacerse imposible, ni siquiera difícil, a los circulistas, dentro y fuera del Círculo, por el hecho de disentir en algunas cosas que Dios ha dejado a la libre discusión y opinión de los nombres. *In necessariis, unitas; in dubiis, libertas; in omnibus, caritas.*

3.ª Al tratar un tema cualquiera, cada uno ha de estar seguro de que puede manifestar y razonar con toda libertad su opinión; y todos, convencidos de que por caridad, y también por utilidad y por elegancia, deben dialogar sin la menor impaciencia ni alteración, pese a la diversidad de pareceres.

Por consiguiente, en punto a formas de gobierno, cada socio podrá opinar como quiera, ya que en eso la Iglesia concede plena libertad.

Entendiendo, no obstante, que tal libertad no significa que a los ojos de la Iglesia las formas de gobierno son igualmente útiles a todos los pueblos, sino que, en abstracto, las tradicionales de que hablan los autores son indiferentes y lícitas, aunque no todas lo sean en concreto; y que su preferencia queda al razonable arbitrio de los ciudadanos.

En todo caso, sea cual fuere la forma política de una sociedad, la Iglesia necesita no sólo hombres católicos, cultos en Religión, sino hombres eminentes en los diversos ramos de la gobernación de los pueblos; ya que sin esa eminencia ni podrían aspirar al poder, ni, caso de poseerlo, podrían usarlo provechosamente para la Iglesia y para la patria; y, por otra parte, los católicos bien preparados serán —y se ha de procurar que lo sean—los que por su competencia y rectitud moral, y por las naturales exigencias sociales, tengan que encargarse de la dirección de los asuntos públicos.

Señaladamente, si a su destacada competencia se une un verdadero espíritu de sacrificio, en orden al cual, lo primero que se exigirá en nuestro Círculo es la asistencia puntualísima a las sesiones y el cumplimiento exactísimo de las tareas encomendadas a cada cual. En la inteligencia de que si esto, siendo cosa tan necesaria, no se cumple, se podrá considerar como indicio evidente de que no se sirve para el caso.

¿De frente o de costado?

Voy a tratar aquí de qué táctica han de seguir los jóvenes para conquistar la opinión.

FERNANDO.—¿,Qué método te parece más apto para conquistar la opinión indiferente: disimular o hablar claro desde el principio?

RODRIGO.—Hablar claro.

F.—Yo, camuflando la verdad. Si soy sacerdote, me pongo un mono y hablo al obrero de lo bueno del comunismo.

R.—Pues yo, si trato con un obrero, le doy cinco duros, y luego le hablo de Dios.

F.—No te oirá.

R.—Falso. Lo que no quiere el obrero es morir de hambre y oír que

los hartos le hablen del Infierno.

F.—Las moscas se cogen mejor con miel que con vinagre.

R.—Partes del supuesto de que la verdad es vinagre y la mentira dulce. Y no es cierto. La verdad es hija de Dios, y, por consiguiente, amable. Pero hay que servirla en bandeja de oro, llevando en ella el don.

F.—No te comprendo.

R.—¿Cómo ganó Cristo a las muchedumbres? Curaba a los enfermos y les hablaba del pecado y del infierno.

La Iglesia siempre ha hecho lo mismo. Cura los enfermos en sus hospitales, enseña a los ignorantes en los colegios, recoge a los ancianos en los asilos; pero en todas sus obras exige que se cumpla la ley de Dios. No camufla nada.

F.—Camufla la verdad con el don.

R.—Falso. Nunca disimula la verdad. ¿Cuándo la han disimulado los Papas, los Obispos, los misioneros, los Institutos religiosos?

F.—Y ¿cómo se da el don con la verdad en la Prensa, en el cine, en el teatro, en los Sindicatos?

R.—Haciendo las obras perfectamente. ¿Crees tú que por ser Cervantes un autor francamente católico, apostólico, romano, no se le ha leído en el mundo entero? Lo verdadero y bueno hay que vestirlo ricamente con las galas del arte. Si no. se despreciarán, no por bueno y verdadero, sino por vulgar.

F.—Un diario o una revista francamente católica desde el principio, difícilmente llegarán a tener gran circulación.

R.—Como *El Debate* y *Gracia y Justicia*.

F.—Una excepción. Un drama y una película, menos.

R.—Como «La vida es sueño» y «La mies es mucha».

F.—Otra excepción.—Ni unos Sindicatos.

R.—Como los de la C. E. S. 0., que reunieron durante la República más de 270.000 obreros.

F.—No me lo explico.

R.—Yo, sí. El disimulo es falta de fe y confianza en Dios y falta de visión y observación.

Yo he conocido un sacerdote bueno que trabajó mucho en sindicatos libres, creyendo que camuflando la verdad religiosa los reuniría a millares.

Reunió poquísimos, y lo mataron los rojos.

F.—No me lo explico.

R.—Yo, sí. Primero, porque la verdad y el bien tienen una fuerza inmensa por su propia naturaleza.

Segundo, porque las obras de Dios tienen su bendición.

Tercero, porque los que temen la confesionalidad, nunca dan el paso del disimulo a la confesión de la fe.

Cuarto, porque los camuflados son hombres sin fe en su ideal, que, por consiguiente, no la pueden inspirar a nadie.

F.—Pues muchos sacerdotes se camuflan de mono y trabajan en las minas y los talleres para conquistar a los obreros para la Iglesia.

R.—Pues siendo muy buenos sacerdotes y muy sacrificados, lo que yo opino es que la eficacia de la obra o será nula o poquísima.

Si hablan de Dios, ¿para qué el mono?

Si no hablan de Dios, ¿qué consiguen?

Si habitualmente llevan el mono, ¿para qué el sacerdocio?

Si lo llevan poco tiempo, ¿con qué eficacia?

Cuanto se necesita para la cuestión social, lo han dicho los Papas.

De eso no hacemos nada o casi nada; pero nos ponemos el mono.

¿Se puede recomendar a los jóvenes la lectura de Voltaire, tomando de él la bueno y dejando lo malo?

—¿Qué diría la razón?

—Que era una barbaridad.

—Y la Iglesia, ¿qué diría?

—Que era un desatino.

—¿Y los padres de familia católicos?

—Que yo estaba loco.

—Pero Voltaire, ¿no tiene algo aceptable?

—Sí, señor.

—Pues eso es lo que yo recomiendo.

—Muy bien: Mándeme a sus hijos, que los voy a obsequiar.

Llegan los niños a mi casa, y les digo:

—Hijitos: tomad lo que queráis. Tomad lo bueno y dejad lo nocivo.

Y ellos prueban de todos los tarros de mi farmacia, y como no saben qué es lo bueno y qué es lo malo, toman de todo.

Y como es natural, porque no distinguen, algunos enferman y otros mueren.

¿Qué padre permitiría a sus niños tomar lo bueno y dejar lo malo si no lo conocen?

Eso pasa en el orden moral.

Por consiguiente, no es lícito decir: De Voltaire o de Lutero se debe tomar lo bueno y dejar lo malo.

Pero, ¿qué joven sabe distinguir lo uno de lo otro? ¿El error, de la verdad; la herejía, de la doctrina católica?

Nadie.

Resultado: La recomendación sólo sirve para hacer un daño inmenso.

El que quiera cargar con esa responsabilidad, que cargue.

Yo, no.

Preparación de oposiciones.

Como se trata de jóvenes, muchos de los cuales han de hacer oposiciones, es conveniente decirles cómo, y para este fin no será inútil este diálogo:

—¿Cuántas horas estudias al día?

—Unas diez.

— ¿Cuánto te cuesta la Academia que te prepara?

—Es cara y muy acreditada: 1.000 pesetas al mes.

—Buena señal. ¿Por qué dices que está acreditada?

—Primero, porque es muy cara, y, además, ha obtenido un tanto por ciento notable en el ingreso todos los años.

— ¡Buena orientación! Los textos que estudias, ¿son excelentes?

— ¿Excelentes dice usted? Como que son de los profesores de la Escuela.

— ¿Cuántos años te vienes preparando?

—Cuatro.

— ¡Magnifico! ¿Te da lección particular alguien?

—Uno que ha sido antes director de la Escuela.

— ¿Quién te ha orientado?

—Mi padre, mis tíos, mis más íntimos amigos, un profesor de la Academia, padre de mi novia.

—Me satisface cuanto me dices. ¿Tienes talento para Matemáticas?

—Estoy entre los primeros de mi Academia.

— ¿Has estudiado otra carrera?

—Me he preparado para ingresar en Caminos; dos años.

—Poca cosa. Yo he conocido uno que ingresó después de ocho. ¿Tienes en la misma carrera algunos parientes?

—Mi padre y cuatro tíos.

—Se ve que es vocación familiar.

—Yo creo que entre todos no dejarán de ayudarme.

— ¡Claro! ¿Vives con tu familia o en hotel?

—Con mis padres.

—Cada vez me gusta más tu posición. Tengo esperanzas de éxito total. Me has dicho que tienes novia...

—Sí, señor, y muy buena y muy guapa.

— ¿Esperas que ella te recomendará?

— ¡Cómo no! ¡Si tiene más deseos que yo de que ingrese!

— ¿Hablas mucho con ella?

—Eso si que no; no por falta de ganas, sino porque la oposición es dura.

— ¿Le escribes mucho?

—No mucho; pero pensar... Eso si que no puedo remediarlo... Unas veces pienso en sus ojos, ¡qué ojos!; otra vez, en su boca, ¡un cielo!; otra vez, en su sonrisa y en su dulce hablar... ¡Es un ángel! Pero mis horas de estudio, ésas, ¡nadie me las quita!

—Veo que eres hombre de fuerza de voluntad.

—Mire usted: tengo un entendimiento aceptable, una memoria buena; pero, ¿fuerza de voluntad?... pocos me ganan.

—Pues te aseguro un éxito fenomenal. Con voluntad se llega a todo.

—Eso digo yo. Diez horas de estudio, dos años de otra carrera, cuatro de preparación en ésta, mi padre y mis tíos de la carrera, un profesor de la Escuela tío de mi novia, la Academia muy acreditada, 1.000 pesetas mensuales. ¡El colmo del prestigio!

—Muy bien, muy bien. Ahora, una última pregunta: ¿Tienes algún tío ministro?

—Ninguno.

— ¿Ni siquiera un director general pariente tuyo en séptimo grado?

—No.

—Pues te falta casi lo esencial.

El trato habitual de los chicos con las muchachas.

No soy partidario de que un joven a los diecisiete o dieciocho años trate habitualmente a muchachas, y muchísimo menos que se ponga en relaciones a esa edad.

Me parece peligroso y nocivo desde muchos puntos de vista.

Pero que a un joven se le retire en absoluto del trato social y del trato con chicas, me parece igualmente condenable.

Eso ha dado ocasión al siguiente chiste. Perdonen mis lectores si lo cuento, porque tiene gracia, aunque sea picaresca. No tiene intención inmoral, ni nada contra la fe, aunque hable de frailes.

Un fraile va con un novicio jovencito a una ciudad, desde su convento, que está en un desierto.

Y a la vuelta a su retiro, le pregunta el Superior:

—De todo lo que has visto, ¿qué es lo que más te ha llamado la atención?

Y contesta sin vacilar:

—El demonio.

Mis lectores no sabrán que el novicio, cuando iba por las calles, a veces se encontraba a su paso con una muchacha. Y preguntaba al fraile que le acompañaba:

—Padre: ¿qué es eso?

Y el viejo le contestaba:

—Hijo, no lo mires, que es el demonio.

Claro, que es chiste con malicia picaresca y gracia.

Pero en el fondo oculta la verdad de que a un joven no es conveniente se le eduque en un desierto, porque lo más sencillo e inocente le ha de impresionar notablemente.

Lo cual no es abogar por el absurdo de las escuelas mixtas, que educan juntos a niños y niñas, muchachos y muchachas. Eso es un desatino.

Pero sin llegar a este exceso, me agrada más para educar el medio-pensionado en una gran ciudad que el internado en un campo.

Otros pensarán de otra manera.

Yo pienso así.

¿Estudiar o negociar?

Sobran estudiantes y faltan negociantes.

Hay quien comienza la carrera de ingeniero y acaba con la de veterinario. ¡Qué éxito!

Y quien comienza por vender patatas y acaba en millonario. ¡Qué desastre!

La verdad es que sobran universitarios y hacen falta industriales. Verdad que se concreta en esta otra. Sobran hombres de vida mezquina y hacen falta hombres de vida con bienestar humano.

El rector de la Universidad de París ha dicho: «¿Qué llegarán a ser en la vida esos 19.000 alumnos de Derecho, esos 15.000 estudiantes de Letras y esos 10.000 médicos? Un buen herrero, un buen ebanista, un buen aparejador, valen más que un mal abogado o un mal médico.»

Eso lo ha dicho el rector de la Universidad de la Sorbona.

Pues si él lo ha dicho, ¿no les parece a ustedes que yo también lo puedo decir?

Y lo digo.

Él lo dice de los franceses.

Yo, de los españoles.

Pero los 10.000 y los 15.000 y los 10.000 franceses y españoles dicen a gritos lo contrario: «Un mal abogado y un mal médico valen más que to-

dos los herreros y ebanistas juntos.,

¡Pues no faltaba más! ¡Querer comparar lo uno con lo otro!

Supongamos que ellos comen mejor, visten mejor, se divierten mejor, tienen una vida con más bienestar; pero no podrán decir: ¡Yo soy abogado! ¡Yo soy médico!

¿Y eso no vale nada?

No sólo de pan vive el hombre, sino de rango, de la amistad, del trato, del nivel social, de la cultura, de la educación.

¿No les parece a ustedes que esto está pero muy requetebién dicho?

¿Y no les parece a ustedes que está mejor dicho que de lo primero de que debe vivir el hombre es de la cocina? Lo primero es vivir, y después ser marqués.

Yo así lo entiendo.

Si con una carrera vivo decorosamente, desahogadamente, muy bien.

Si no, prefiero ser zapatero, si de mis zapatos vivo con holgura y viven con bienestar la mujer y los hijos.

Aunque no hay necesidad de llegar a zapatero.

Muchos universitarios vivirían incomparablemente mejor dedicándose a negociar.

Si sus padres tienen tierras, mejorándolas y administrándolas.

Si tienen fábricas, aprendiendo a saberlas llevar. Si tienen tiendas, aprendiendo a comprar y vender. Negociar no es ningún misterio.

Claro es que hay que resolverse a trabajar.

Y a comenzar por lo más bajo, e ir subiendo poco a poco.

Así se hacen los hombres y los negociantes.

En la vida son pocos los que nacen señoritos.

Y de los que nacen, muchos acaban por ser desgraciados. Porque no quieren trabajar.

En conclusión, el universitario de talento y estudio hace muy bien en hacer su carrera, si le da para vivir con holgura.

Si no, que se dedique a la industria o al comercio, y con eso vivirá más humanamente.

Lo que no es humano, ni tolerable, ni racional, es estudiar para hacer una carrera que le dé a uno derecho a vivir con angustia y estrechez toda la

vida.

Eso, no.

Los católicos que yo deseo formar son los católicos auténticos que saben influir en la sociedad.

¿Quiénes son? ¿Los que rezan el rosario todos los días? Hacen muy bien en rezar...

¿Los que confiesan y comulgan todas las semanas? Hacen muy bien en comulgar...

Entonces, ¿serán los que se disciplinan por sus pecados y los ajenos?

Hacen admirablemente...

¿En qué quedamos?

¿Quiénes son esos católicos?

Los que dan dinero espléndidamente para un gran periódico, para un cine decente, para una escuela profesional, para una Universidad católica libre, para los pobres. Con generosidad.

No hay señal más cierta de un catolicismo legítimo que soltar los cuartos por amor de Dios.

¿A mí qué me cuesta pasar el rosario?

¿Qué me cuesta comulgar los domingos?

¿Qué me cuesta dar unas pesetas a los pobres?

Lo que me cuesta es dar limosna con esplendidez, según mi capacidad, se entiende.

Recordará el lector lo que dice el Evangelio de aquella pobre viuda del gazofilacio.

Eso.

No todos pueden lo mismo. Los que tienen mucho, mucho; los que tienen poco, lo que puedan generosamente. Dan más los pobres que los ricos.

Mucho más.

Porque saben más lo que es hambre y penas.

Un albañil con siete hijos recibió en su casa a otros siete huérfanos

de un hermano suyo.

Eso es dar.

Y con esplendidez.

Los pobres dan más que los ricos.

Porque saben lo que ellos no: las penalidades que origina la pobreza.

Y por eso son más compasivos.

Ya que los ricos no sufren esas penas, por lo menos que vayan a verlas en las casas de los muy pobres. Serían más compasivos y darían mucho más.

CÓMO ME ECHARON DE MADRID

La Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

—Ya era Superior en el Colegio de Areneros, y unos señores, que ni sé quiénes fueron, ni me interesó nunca saberlo, intrigaron para echarme de Madrid.

—¿Y lo echaron a usted?

—¡Claro que me echaron! No fueron mis superiores.

—¿Me podría usted decir por qué?

—Se lo diré a usted con tal de que me guarde secreto absoluto. Me echaron porque fundé una cosa que se llamaba Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas.

—¿Y por eso le echaron?

—Porque querían que fuera para otra cosa que yo no quería que fuese.

—Y usted, ¿para qué quería que fuese?

—Para defensa y honor de la Iglesia. Y por eso me parecía que debía ser independiente, desinteresada, unida de acción, de lucha, optimista, sobrenatural.

—Y los que le echaron, ¿no querían eso?

—Querían llevar el agua a su molino.

—¿A qué molino?

—A uno que no era el mío. Y yo, ni entonces, ni nunca, querré otra cosa que la que quise al fundarla.

El que quiera otra cosa, que funde lo que quiera, que lo llame como quiera, que le dé los medios que quiera y los fines que le dé la gana; pero que no espere que lo que yo fundé para un fin determinado sea para el fin

que él quiera.

Eso, no.

Les digo a ustedes que no.

Espero que con la ayuda de Dios eso no pasará nunca.

Con qué fin se creó la Asociación de Propagandistas.

Ni fue, ni es, ni debe ser partido político.

Sino algo sobre y por encima de todo partido político. Una Asociarían de hombres católicos, que han querido y quieren influir en la vida pública, directa e indirectamente, pero sin formar partido y uniéndose con todos los católicos o ciudadanos de buena voluntad para todo lo que sea defensa de la religión y del bien común.

Hubiera podido pretenderse con la Asociación una obra de pura propaganda religiosa y se habría intentado hacer una asociación de gran provecho; pero no fue ése el pensamiento que le dio origen.

Ni lo fue el hacer una agrupación de jóvenes católicos que se consagraran sólo a la acción social.

Ni se quiso crear una fuerza en el sentido de grupo político; que ni podía serlo por su naturaleza, ni por quien la fundaba, ni por el interés de la cosa en sí.

Se pretendió crear una fuerza católica que no siendo partido político pudiera influir en la vida pública, incluso en la política, siguiendo las normas de la Iglesia en todo lo relativo a la dirección de la política, despertando vocaciones de políticos católicos que defendieran los intereses de la religión y de la patria desde los puestos del Gobierno, cada cual libremente, según sus preferencias personales.

Una fuerza poderosa, no grupo político, pero preparada para influir en los Gobiernos de un pueblo, no es una fuerza política; pero es de más interés que un partido político.

Porque todo partido político, como tal, se gasta, aunque sea católico, cuando a su programa católico agrega notas características opinables como esenciales

Pero una agrupación que sólo pretende la defensa de los derechos de la Iglesia y de los intereses nacionales, de evidente conexión con el bien

moral y religioso; una agrupación que ni es partido ni puede ser partido, que acoge en su seno a cuantos quieren influir en el gobierno del pueblo, tengan las ideas que tengan en cuanto a las formas de Gobierno; una agrupación siempre dispuesta a ir de la mano con todos los católicos, en orden a la defensa de los intereses morales y religiosos, esa Asociación perdurará con la misma vida que recibe de los principios católicos en que se apoya.

Toda la dificultad estribará en atenerse a esas normas sobrenaturales, que no son precisamente prácticas de devoción, aunque éstas sean necesarias, sino normas doctrinales que regulan el proceder de los propagandistas.

Cuando esas normas pertenecen al orden especulativo, con facilidad todos somos católicos fervorosos; pero cuando han de regular nuestra conducta y tocar los intereses de la vida, con facilidad se olvidan o se interpretan torcidamente.

Como en este capítulo quisiéramos dar un juicio de conjunto de la obra de la Asociación, no debe parecer extraño que nosotros que la fundamos y que no la dirigimos hace casi cuarenta años, digamos con franqueza lo bueno y lo defectuoso de sus actuaciones en todo ese lapso de tiempo, sin otra intención que la de contribuir a mejorarlas.

Nos mueven a ello las siguientes consideraciones:

1.ª Que no es razonable se nos atribuya ninguno de los éxitos y aciertos que durante ese espacio de tiempo ha tenido la Asociación.

2.ª Que tampoco lo es se nos atribuyan algunas cosas tal vez no acertadas; ciertamente, sin comparación, menores que los bienes por ella producidos.

3.ª Que siendo muchos los jóvenes que todos los años ingresan en ella, no parece fuera de camino conozcan nuestro sentir en algunos puntos en que hemos podido discrepar de su dirección.

4.ª Que conviene a la misma Asociación conocer lo que de ella siente quien tiene el deber de amarla y no se deja llevar de aversión política, ni de ninguna otra especie.

La Asociación tiene conciencia de sus obras.

Lo que tal vez no conozca, al menos de un modo adecuado, es el juicio general que se da de sus modos de proceder.

España podría dividirse en tres grupos respecto a ella:

a) El de los indiferentes, que es, sin duda, sin comparación, el mayor;

es, a saber, el de los que no sienten ni amor ni aversión hacia ella, por el sencillo motivo de que no se dan cuenta de su existencia, como no se la dan de tantas otras cosas buenas.

b) El de sus enemigos, grupo numeroso, compuesto de políticos adversos a la política que, con razón o sin ella, se le atribuye.

e) El de los amigos, grupo compuesto de sacerdotes, religiosos y católicos ecuánimes, cuya estimación con respecto a los propagandistas depende más del recuerdo de sus actuaciones pasadas que de sus obras y actos presentes o pertenecientes a estos años de nuestra posguerra.

Ahora bien: lo que nosotros sentimos y juzgamos de la Asociación, si puede tener algún valor, es porque justamente coincide con el parecer de este último grupo.

Y el juicio se resume en esto: que la Asociación ha hecho una gran labor nacional, que es una organización católica de gran fuerza y que ha tenido errores, entre los que figuran, como más trascendentales, la interpretación de la doctrina acerca de la sumisión a los poderes constituidos, y el no haber defendido la Universidad católica, ni la libertad de enseñanza en general, con el entusiasmo y eficacia que era debido.

Todo lo cual no menoscaba en lo más mínimo la estimación y el afecto que nosotros le debemos, ni el aprecio que debemos tener y tenemos de los excelentes frutos que ha producido y está llamada a producir.

En último término, lo acaecido era forzosamente lo que había de acontecer, es decir, lo que ocurre con toda obra en que ha habido más de una dirección: que es moralmente imposible la coincidencia absoluta en todos los pareceres.

Ni es posible tampoco la carencia absoluta de errores, sea cual sea la naturaleza de las obras, ya que todas son humanas.

Eso, en el supuesto, de que los errores que le atribuimos sean objetivos y reales; no apreciaciones meramente subjetivas nuestras, si bien creemos que no lo son.

De cómo la Asociación de Propagandistas es una gran fuerza católica organizada.

Es una organización poderosa.

De carácter simplicísimo, con Asamblea nacional, Consejo superior,

presidente nacional, secretarios de Centro, vocales, estatutos y socios.

Tiene centros establecidos en casi todas las capitales de provincia y algunos pueblos importantes.

Los miembros son unos quinientos, de carrera, abogados, ingenieros, médicos, catedráticos de Universidad, de Instituto, etc.

Muchos son cargos importantes en la Acción Católica, la Administración, la política, la enseñanza, empresas industriales, Sociedades de cultura, etc.

La Asociación dispone de una prensa numerosa y de prestigio nacional. *Ya*, de Madrid; *Ideal*, de Granada; *Hoy*, de Badajoz; *Ideal Gallego*, de La Coruña; *La Verdad*, de Murcia; revistas *Dígame* y *Letras; «Logos»*, Agencia de informaciones de Prensa y Editorial Católica; tuvo antes *El Debate* y *Gracia y Justicia*.

Dirige obras importantes: el C. E. U., Centro de Estudios Universitarios; el Colegio Mayor de San Pablo, la Biblioteca de Autores Cristianos.

Y antes de la guerra, el Instituto Social Obrero, la Escuela de Periodismo, y, de algún modo, la Federación Española de Trabajadores, que llegó a reunir más de 270.000 obreros.

En el orden politice, aunque la Asociación ni es política, ni puede serio, pero si puede formar y debe formar hombres para que actúen en la política dentro de los partidos no prohibidos por la Iglesia, cada uno libremente, conforme a sus preferencias.

Pues, siguiendo esa norma, al advenimiento de la República fueron muchos los propagandistas que actuaron en la política, uniendo sus fuerzas a las de los otros grupos adversos a los socialistas y demás partidos de izquierda.

Es, por consiguiente, la Asociación Católica Nacional de Propagandistas una organización poderosa, de influjo social, político, cultural y religioso.

Sin mengua ni desestima de ninguna otra organización católica, quizá la fuerza organizada católica de influencia más poderosa en España.

De cómo su influjo social no responde a su fuerza y su poder.

Preguntamos: ¿Corresponde hoy a la magnitud de esa fuerza la im-

portancia de su influjo?

Contestamos: No.

La Asociación ha tenido varias épocas brillantes: la de su lucha contra las escuelas laicas, la campaña contra la ley del Candado, la de oposición a la supresión del Catecismo en las escuelas, en tiempo de Romanones, y la más gloriosa de todas, aunque malograda, por arte de Alcalá-Zamora, presidente de la República, que debió dar constitucionalmente el Poder a la fuerza política más poderosa del Parlamento, y no se lo entregó, dándoselo a Portela Valladares, que ni tenía fuerza alguna, ni talento, ni carácter para contener la revolución.

Los excesos de ésta produjeron el glorioso Movimiento Nacional y con él sobrevino una época de atonía de la Asociación, que no justifica, sino en parte, la naturaleza del régimen político imperante.

Aun así, el poder de la Asociación es tal, por virtud de su propia naturaleza, que actualmente dos de sus ministros son propagandistas, y varios directores generales, gobernadores y rectores de Universidad.

Pero, ¿dónde aparece la influencia benéfica que podía esperarse de los quinientos propagandistas derramados por toda España?

Es verdad que en la enseñanza superior y media figuran miembros de la Asociación; pero, ¿de qué ha servido si no han cooperado cual debían al triunfo, que las circunstancias exigían y prometían, de la libertad de la enseñanza, bien máximo e indispensable para la enseñanza católica, para la patria y para la Iglesia misma?

Es verdad que entre sus quinientos socios hay muchos buenos oradores, capaces de influir en las masas, divulgando las doctrinas sociales de las Encíclicas; pero, ¿qué mítines, qué conferencias se han tenido contra el socialismo y el comunismo, la gran preocupación del mundo en estos momentos?

Entiéndase bien nuestro pensamiento.

Lo que afirmamos es que no corresponde el influjo actual de la Asociación a su poder y fuerza.

Que dentro del régimen actual queda aún un campo extenso y fecundo para un trabajo más entusiasta y más eficaz.

Queda el campo de la propaganda religiosa.

Queda el campo de la cuestión social.

Queda el campo de la enseñanza profesional. El campo de la libertad

de enseñanza.

El campo de la propaganda popular escrita.

El campo de la lucha contra la inmoralidad del cine.

El campo de la persecución contra la inmoralidad del libro y del grabado, etc., etc.

Sobra campo y falta acción.

La Asociación podría influir bastante más de lo que influye en todos esos sectores del apostolado católico. Mucho más.

Actualmente es una agrupación de hombres de valer que en ocasiones ocupan puestos relevantes.

Con elocuencia expresaba esta idea un joven de talento, cuando ante una reunión de éstos decía que al invitar él a los universitarios a que entraran en la Asociación de Propagandistas, le respondieron: «¿Y qué es eso?» Es decir, que ni en Madrid, donde la Asociación tiene tantos y tan destacados elementos, era conocida por sus obras y su influencia social.

Sin embargo, estamos seguros de que en la Asociación siempre ha alentado y alienta un gran espíritu sobrenatural de santificación propia y apostolado que la mueve a corregir sus defectos y adaptarse cada día más a su ideal.

Este espíritu le ha inspirado ya, le inspira y seguirá inspirando decisiones renovadoras. Y como un cuerpo sano y robusto en lo esencial reacciona eficazmente contra accidentales achaques y recaba la plenitud de su vida tras cada eventual crisis, así la Asociación no dejará de ponerse en forma para realizar perfectamente, y en cuanto lo permita la fragilidad humana, los altos fines para que se fundó.

Interpretación de la teoría del bien posible e imposible. Cómo es posible lo imposible,

En esa interpretación algo han fallado los propagandistas.

Pensamos que las cosas son imposibles porque nos cuestan trabajo, porque hemos de prepararnos para ellas, porque queremos conseguirlas a la primera vez, porque no estamos habituados a vencer dificultades, porque nos hemos criado en el regalo y la comodidad, porque nos lo han dado hecho todo en la vida.

Pero viene la adversidad y con ella la necesidad de hacer lo imposible.

Y entonces pasa a ser posible lo que se creyó que no lo era.

A veces pasa de imposible a fácil y apetecible y gustoso. ¿Qué cosa más imposible a la naturaleza humana que llevar el dolor?

Pues nosotros hemos visto un anciano enfermo, pobre, en un hospital, sufriendo siete años dolores en un pobre camastro, y pidiendo a Dios que no se los quitara. No es único caso.

¿Qué cosa más imposible a una persona aristocrática que tener que pedir una limosna?

Pues no son raras las que hoy, como ayer y mañana, siendo de linaje noble, se ven en la precisión de pedirla, y la piden y gozan con recibirla.

¿Qué cosa más imposible a un deshonesto que guardar la castidad?

Pues todos los días se ven casos de quienes pasaron de la imposibilidad a la pureza.

Se piensa en el uso de instrumentos de penitencia, y no se concibe la posibilidad de usarlos. Un cilicio, ¡qué horror! Unas disciplinas, ¡qué horror!

Es un engaño de la naturaleza y del demonio.

Porque se resuelve la voluntad, y las penitencias se llevan con facilidad.

Hemos conocido muchas cosas imposibles pasadas a la realidad.

No era posible a los Luises, en Madrid, allá por el año 1904, hacer Ejercicios en retiro absoluto.

Y se dieron las tres tandas que podían darse en un curso. Y se hicieron con gusto y con el sentimiento de que fueran sólo de tres días,

El mismo imposible se dio en los ingenieros de la I. C. A. I. Y fue posible.

Desde entonces acá, ¡cuántas imposibilidades convertidas en hechos!

Imposibilidad de una organización católica de universitarios.

Imposibilidad de una Asociación de selectos para el apostolado.

Imposibilidad de un gran rotativo católico.

Imposibilidad de una revista satírica honrada.

Imposibilidad de una campaña de mítines.

Imposibilidad de una Confederación de Sindicatos católicos.

Imposibilidad de una gran fuerza católica de carácter político.

Imposibilidad de Residencias universitarias para los jóvenes de carrera.

Imposibilidad de Internados donde los bachilleres educaran su libertad con bienestar y espíritu.

Imposibilidad de que los bachilleres de catorce años hicieran Ejercicios en absoluto silencio.

Imposibilidad de que hicieran Ejercicios las Academias militares, los mineros de Asturias y los ferroviarios.

Imposibilidad de que los quioscos de ferrocarriles y los de las ciudades los explotara una Asociación católica.

Imposibilidad de una gran editorial católica y de una radio católica.

¿Quedan muchas imposibilidades posibles?

Muchas.

La Universidad católica libre.

La segunda enseñanza libre de veras.

La Legión de la Decencia contra el cine inmoral.

Un reparto equitativo de la propiedad.

Un teatro decente, artístico.

Una playa decente.

Una gran librería religiosa.

Unas modas elegantes y decorosas. (De nuestro librito *Consejos a los universitarios*, pág. 64.)

Unas Escuelas profesionales rurales.

Una revista gráfica, artística y moral

Una gran Confederación de Sindicatos católicos independientes.

Unos bachilleres bien formados con textos brevísimos.

Una gran organización universitaria, de carácter profesional, etc.

Todo imposible, pero realizable, con esfuerzo, con plan, con dirección, con un hombre para cada cosa.

Lo imposible es lo fácil si no se quiere trabajar, si no se quiere gastar, si no se quiere disgustar, si no se quiere reñir, si sólo se quiere la lamentación.

En todas partes hay imposibles perfectamente posibles; en España más posibles, por la fuerza de los católicos, porque los españoles, aunque parezcan rebeldes, son dóciles; sólo les falta dirección, perfectamente posible.

GRANDES DESATINOS SOBRE MI VOCACIÓN RELIGIOSA Y SOBRE OTRAS VOCACIONES

Primer desatino: dejar mi ingreso en la vida religiosa hasta la terminación de la carrera.

Yo sentí la vocación a la Compañía al terminar el bachillerato.

—¿Y cuándo ingresó usted?

—Cuando terminé la carrera.

—Y ¿por qué tardó usted tanto en ingresar?

—Porque no tenía ni pizca de ganas de ingresar. Para que se entienda que el meterse religioso o monja no suele ser ningún plato de gusto, como dicen algunos que se creen muy listos.

Dios Nuestro Señor a cada alma la trata según sus planes. A unas las llama una, o dos, o tres veces a la vida religiosa. Y si no responden, no las llama más. Y se quedan en el mundo y se pierden.

No se pierden por quedarse en el mundo, porque en él Dios también les da gracia para salvarse.

Se condenan porque el mundo tiene mil peligros, y en ellos caen en pecados graves, y les llega la muerte y se pierden. Pero a otras almas las llama, y las llama mil veces, hasta que las rinde.

Segundo disparate:

Pedirle a San José, con los brazos en cruz y de rodillas, antes de acostarme, me alcanzara de Dios la gracia de no tener vocación.

¿Han visto ustedes cosa más necia?

Gracias a que el Santo bendito hizo las cosas al revés

Tercera locura:

Hubiera yo podido hacer la carrera en Madrid. Pero no quise, y la quise hacer encerrado en Deusto. Y ¿a que no adivinan mis lectores por qué?

Pues para no perder la vocación.

¿Entienden ustedes eso?

¡Qué bueno es Dios y cuánto aguante ha tenido conmigo!

Cuarto desatino:

Acabé la carrera, y entonces me dije: Ahora, ¿qué hago? Voy a hacer ocho días de Ejercicios en Deusto, a ver si Dios me da fuerzas para decidirme.

Hice los Ejercicios, y al terminarlos me hallaba lo mismo que antes.

Lloraba, pero no me decidía.

Hasta que Dios se apiadó de mí y por medio de mi Padre espiritual, que me dijo estas sencillas palabras: «Dios quiere la voluntad.» Me decidí.

Pero no acaba aquí mi historia.

Quinto desatino:

Llegó el momento de la despedida, y entonces la escena fue tremenda para todos: Lloraba mi madre, lloraba mi padre, lloraban todos mis hermanos, lloraba yo.

Pero no crean ustedes que era un llanto silencioso, sino a gritos: como si se muriera la mitad de la familia.

Me fui. Me acompañaba un hermano mayor. Fuimos a un hotel de unos amigos de mi familia, en Murcia.

Y como no me corría prisa ingresar en el noviciado, al segundo o tercer día de estar en el hotel, mi madre, que iba a tomar los baños de Alhama, creyendo que yo estaba ya en el noviciado, se presentó en Murcia, y, sabiendo que estaba en el hotel, me mandó un recado, preguntándome si quería acompañarla aquellos días.

Lo pensé un poco, y la dije que sí.

Me despedí de mi hermano mayor, y me fui con mi madre y mis dos hermanas a los baños. Y a los dos o tres días, como no hacía nada allí, pensé en volver a ver a mi padre, que estaba pasando el invierno con parte de mi familia en un pueblo de Alicante, de donde era natural.

Excuso decir a mis lectores la sorpresa de mi padre. Le conté lo ocu-

rrido. Y aquel mismo ella me volví a Alhama.

Pero sereno, con paz, sin una lágrima, ni mía ni de mi padre.

Es que ya había hecho el sacrificio, y Dios me lo pagaba. Debo decir aquí que la conducta de mis padres y mis hermanos fue siempre digna y cristiana.

Jamás se opusieron a mi decisión ni me dijeron una sola palabra que significara desaprobación.

Su conducta era hija sólo del sentimiento y dolor por la separación.

Y debo decir aquí también que mí sacrificio obedeció sólo al cariño de los míos.

Eran todos muy buenos.

Mi madre y las dos hermanas mías, que estaban con ella en Alhama, me llevaron al noviciado, que era un antiguo convento de jerónimos.

Nos abrazamos, nos despedimos, serenos todos, sin una lágrima.

Pero supe luego por el Hermano Comprador, que se cruzó con el coche que las llevaba a ellas, que su llanto se oía en toda la huerta de Murcia.

Y ahora una consideración para los jóvenes que me lean.

Un consejo a las jóvenes:

No me imitéis en el desatino de diferir vuestra entrada en la vida religiosa si Dios os llama.

Ni consintáis en la tentación de hacer primero la carrera, como quieren algunos padres.

Conozco algunos jóvenes que han cedido a esa tentación y han perdido la vocación.

Los padres se tranquilizan pensando: «Es que no la tenían.»

Sí la tenían.

Pero la perdieron por culpa de sus padres. Su responsabilidad es enorme.

Dirá el lector: Usted no la perdió.

Y yo respondo: Porque Dios hizo muchos milagros de misericordia conmigo.

¡Qué bonísimo ha sido Dios conmigo!

Toda la eternidad, si tiene, como espero, misericordia de mí, me parecerá poco tiempo para darle las gracias por la predilección y paciencia

que ha tenido conmigo.

¿Estás enfermo? ¿Qué te pasa?

Referiré a ustedes una cosa íntima mía, relacionada con mi ingreso en la Compañía de Jesús.

¿Hasta cuándo estuve haciendo la herejía de pedir por las noches, con los brazos en cruz, la atrocidad de que San José me alcanzara de Dios la gracia de no tener vocación?

Yo creo que debió ser hasta el tercer año de la carrera de Leyes.

Verán ustedes lo que pasó.

No fue milagro, ni éxtasis, ni cosa parecida.

Pero una cosa extraordinaria en el orden de la gracia sí fue.

Mi rector de Orihuela me regaló un *Novum Testamentum*.

Un día, oyendo Misa en la capilla del Colegio de Deusto, lo abrí, y por previdencia de Dios, lo abrí por donde el Evangelista San Mateo cuenta las señales del Juicio universal.

¡Cosa singularísima! Aquellas señales del Juicio, que yo había leído cien veces, me causaron tal impresión, que verán ustedes...

Salimos de oír Misa, y, yendo por un tránsito del Colegio del piso principal, me encontré con un compañero que, además de serlo en la Universidad, lo era casi paisano, porque era extremeño, y yo tenía mucha familia en Extremadura.

Me paró, y me dijo:

— ¿Estás enfermo?

— ¿Por qué? —te respondí.

—Porque tienes el rostro demudado notablemente.

Me di cuenta entonces de que la impresión de mi lectura en la capilla había sido algo extraordinario.

Desde aquel día hice el propósito de no resistir más a la vocación.

Y aquel mismo día descubrí a mi confesor, que era a la par maestro mío en Derecho Político, mi problema interno.

¡Dios santo! ¡Qué paciencia tuviste conmigo!

Porque, después de ese llamamiento tan fuerte, aún estuve tres años

sin resolverme.

A veces me ocurre pensar que Dios Nuestro Señor tiene también, no digo predilecciones, sino sus caprichos.

¡Porque si eso lo hubiera hecho con un futuro San Luis!...

Pero fue conmigo, que no he sido ningún San Luis. Y ahora, la última reflexión.

Jóvenes que me leáis: no cometáis un desatino tan enorme como el mío, porque probablemente no tendrá Dios con vosotros la predilección, la paciencia, como queráis llamarlo, que tuvo conmigo.

Fueron muchos milagros de la gracia.

Hay vocación a la fe católica, vocación a un estado y vocación individual y personalísima.

Además de la vocación a la fe, hay vocación a un estado y vocación singular y personal.

De la vocación a la fe se ocupan principalmente los misioneros entre infieles.

De la vocación al estado se preocupan los diversos Institutos religiosos.

De la vocación singular y personal se debe preocupar el individuo.

¿Cómo?

Estudiándose, observándose, consultando a prudentes y peritos.

Hay muchas personas que parecen nacidas en serie.

Lo mismo si son seglares que religiosos, no buscan ni pueden hacer sino lo que les ordenan.

No sienten impulso de nada, fuera de lo que les mandan; pueden hacer mucho bien en la oscuridad, haciendo lo que todos.

Pero otros tienen cualidades para hacer algo que no es lo de todos: sienten un ideal concreto, que les entusiasma, con el que gozan, para el que se sienten capacitados.

Hay muchas vocaciones personales e individuales.

Se pueden formar y ser sobresalientes; no se forman y quedan vulgaridades.

Entre los religiosos, a veces no se forman, porque les parece a ellos que pensar en salirse de la formación en serie es pecado.

Les parece que toda la virtud consiste en obedecer. Es un error.

Y así se pierden grandes vocaciones.

Hombres capaces de hacer algo eficaz, nuevo, conforme a los deseos de los Papas, que todos los días nos hablan de grandes problemas y luchas, de que nosotros no hacemos caso.

¿Qué hacer?

Ningún joven que se estime en algo debe pasar por la vida sin tener conciencia de que ha venido al mundo para hacer algo de provecho a la Patria y a la Religión.

Lo digo para cualquier joven seglar o religioso.

Pero no hablo de hacer lo que le pide su sola profesión. Eso es poco. Y lo supongo.

Sino para hacer algo según su vocación personalísima. Todos tenemos la vocación de cristianos, seglares o religiosos y además otra vocación individual.

En unos se manifiesta con evidencia; en otros, más o menos confusa. En otros, de ningún modo.

Si Dios no nos ha dado señales claras de esa vocación personal, paciencia; pero hemos de pedírsela humildemente.

Sin ellas podemos ir al cielo, que es lo esencial. Pero no se trata de ese egoísmo sobrenatural. Se trata de Dios, de su Iglesia y de España.

Y para ellos debemos esforzarnos para no pasar por la vida como uno de los infinitos.

Sino pasar por la vida dejando en la tierra algo propio y duradero y de honor para Dios y para la Patria. ¿Y quién sabe eso y puede hacer eso?

Los que tienen corazón e ideal y lo estudian y se estudian y lo consultan y lo piden a Dios.

En la tierra hay infinitas cosas buenas y óptimas que nadie las hace ni piensa en ellas, ni parece que les importa nada, se hagan o dejen de hacerse.

Si tuviéramos un poco de corazón y lo pensáramos... Pero nos contentamos con ser del montón y hacer lo que el montón.

¿Cómo hacen los españoles la elección de carrera?

Poco más o menos, como en todas partes. Mal.

Por capricho. Por rutina. Porque la tienen su padre y su abuelo.

Y a veces por estética. Por el uniforme, por los galones. Porque da mucho dinero.

Todo equivocación. Porque no se tiene vocación. Y ¿qué es vocación para una carrera?

Tener las prendas necesarias para hacerla y ejercerla. Talento, amor al estudio, gusto por ella, constancia. Yo propondría que a nadie se le diera acceso a una carrera sin que primero se hiciese una encuesta a los profesores del aspirante, al confesor y a dos personas prudentes.

¿Qué preguntaría?

Si tiene las cualidades indispensables.

Por no hacerlo se da el caso de infinitos fracasados en las carreras.

Comienzan por Caminos y acaban en Veterinarios.

O comienzan por otras carreras de Ingenieros y acaban por conductores de tranvías.

Yo sé de un abogado que rechazó un empleo de diez pesetas diarias porque pidiendo limosna ganaba quince. Aparte de que muchos y muchas sobran como estudiantes.

En España y en Francia.

Sobran infinitos abogados, médicos, licenciados en Filosofía y Letras.

Sobran señoritos y faltan obreros.

Sobran infinitos que viven misérrimamente de las carreras y vivirían holgadamente de electricistas.

¡Ah! Pero la clase... ¿Y la clase?

Es verdad. ¡La clase con hambre es preferible a una condición social más modesta con una vida mucho mejor!

CUALIDADES, DEVOCIONES Y VIRTUDES APTAS PARA TODOS

El buen humor es un don de Dios muy amable y beneficioso.

La alegría habitual es un anticipo del cielo, donde hemos de estar siempre felices.

Los santos, aun en medio de sus contrariedades, no perderían su alegría.

¿Es que no sufrían?

Claro que sí.

¿Es que no veían las infinitas calamidades de la tierra?

Claro que sí.

Pero la gracia de Dios, que nunca les faltaba, era para ellos una fuente de felicidad inagotable.

El pecado es lo que hace infelices a los hombres.

Ni los adúlteros, ni los ladrones, ni los asesinos, ni los malvados de cualquier género viven alegres. Ni los que se divierten a todas horas.

Se divierten precisamente porque no están alegres. Es Dios el que les niega la alegría para su bien. Y su conciencia.

Pero la alegría es un don, no sólo que nace de la gracia habitual, sino del temperamento y modo de ser natural.

Y es un gran don de Dios.

Con alegría, la vida, que es triste e ingrata por sus infinitos dolores y amarguras, se hace llevadera.

Hacemos más amable a los que nos rodean su existencia.

Trabajamos más.

Practicamos la virtud con más facilidad.

Pidamos a Dios el don de la alegría.

¿Hay relación íntima entre la santidad y el sentido común?

No pregunto si todo el que tiene sentido común es santo, sino si todo el que es santo tiene sentido común. Desde luego se puede dar por cierto que todos los santos tuvieron sentido común.

Esta no es una afirmación a priori, sino que consta por sus vidas.

Algunos hicieron cosas al parecer raras; pero, más que raras, se deben llamar extraordinarias.

Si a eso lo llamamos falta de sentido común, adiós santidad.

Tendríamos que borrar de las letanías de los santos una gran parte de los nombres que figuran en ellas. Aparte de que hay hechos que figuran en las *Vidas* de los santos y en las lecciones del breviario, que seguramente la Iglesia las eliminará. Como apócrifos, en futuras ediciones.

Pero es que esta última conexión entre el buen juicio y la santidad es cosa muy conforme a razón.

Porque así como la pasión influye en el entendimiento para desviarlo de la verdad y del juicio recto, así la santidad influye en la inteligencia para hacerla discurrir recta y juiciosamente.

En las aldeas y gentes del campo en general suele haber más probidad, aunque sea de orden natural. Y generalmente suele haber también juicio más sano y recto que en las grandes urbes.

Aconsejamos a la juventud que si quiere acertar en sus juicios sea virtuosa.

Aparte de que debe hacerlo porque Dios lo quiere. Y nos conviene para esta vida y para la vida eterna.

Sin rectos criterios no hay verdadera santidad.

Suele incurrirse en un grave error en lo que toca a la educación de la juventud.

Más en la de las muchachas. Luego hablaremos de los muchachos.

Se las forma más en las devociones que en los criterios. Más en la voluntad que en el entendimiento.

Más en el corazón que en la voluntad.

Y de ahí resultan deficiencias notables.

De los colegios católicos salen las chicas, con bastante frecuencia, sin ideas hondas y con devociones fáciles. Con lo que, al cabo de poco tiempo, como las ideas son pocas, y no profundas, y las devociones no arraigan en las ideas, con facilidad desaparecen las unas y las otras.

Digamos toda la verdad. ¿Es esto efecto exclusivo de la educación de los colegios? De ningún modo.

Es efecto:

Primero, de la formación que dan a las muchachas sus padres, que muchas veces deshacen en sus casas lo que las religiosas hacen en los colegios.

Segundo, del ambiente general, que es hostil a la vida cristiana.

Tercero, de la edad juvenil, que está llena de ilusiones y sólo piensa en gozar.

Cuarto, de la vanidad femenina, que desea ser conocida, admirada y amada.

Quinto, de las pasiones que todos llevamos dentro y que en la juventud pueden sobreponerse a los criterios más austeros de la vida cristiana.

¿Cuáles son los peligros más corrientes de las jóvenes en el ambiente actual?

El peligro de la inmodestia.

El peligro del afán del lujo.

El peligro del afán de diversiones.

El peligro de la libertad en el trato.

El peligro de la precocidad en los amores.

Estos peligros brotan espontáneamente de la naturaleza; pero hoy los avivan las familias, el ambiente, las amistades, las costumbres generales.

Los cuales les dan una fuerza enorme, que apenas se pueden contrarrestar con una educación religiosa y larga en los colegios.

Mas, reconociendo la verdad de todas estas causas, tal vez ejerza algún influjo en la facilidad con que algunas, universitarias o no, pierden fácilmente la constancia en sus prácticas virtuosas, el hecho de que su formación ha sido más de devociones que de criterios. Y de ciertas familias

que empujan a las jóvenes por la pendiente de la inclinación natural que las lleva al trato prematuro con los chicos.

Es, pues, necesario insistir en la sólida formación del pensamiento, de las ideas y normas de conducta, para que esta luz de la vida las haga entender claro que no van por el camino recto, aunque la vanidad o los afectos, u otra pasión cualquiera, las haga caminar por él.

Ahora bien: ¿Cómo se consigue la eficacia de estos criterios contrarios a los peligros corrientes en que han de hallarse las jóvenes?

Sólo hay uno, a nuestro juicio: reiteración de las ideas concretas. No basta decir una que otra vez: Sed modestas, sed puras, sed mortificadas, no abandonéis la comunión, no dejéis de meditar.

No es eso: hay que decírselo muchas veces.

Hay que decirles: guardad las normas sobre la modestia en el vestir. Esas normas son tales y tales.

Huid de la vanidad.

No permitáis los escotes, que ni os harán más bellas ni más estimables.

No bailéis con parejas desconocidas, ni en bailes de entrada libre.

No améis el cine ni lo frecuentéis, ni vayáis a él jamás solas con un muchacho.

Jamás vayáis en auto ni solas con un chico ni con una amiga y dos muchachos.

No améis el lujo excesivo, olvidando que hay muchas madres y niños que sufren hambre y desnudez.

Visitad tugurios y dad limosna, consolad niñas enfermas.

No seáis inocentonas en creer que os aman porque os dicen que sois hermosas y simpáticas.

No intereséis vuestro corazón sin antes consultar con vuestra madre y vuestro confesor.

No penséis en noviazgo mientras no tengáis, por lo menos, diecinueve o veinte años, y ellos hombres de carrera, o próximos a terminarla con lucimiento.

No seáis novias precoces, aunque vuestro pretendiente os asegure que ha consultado el caso con el confesor, y aunque su confesor le haya dicho que le conviene.

Pero obsérvese algo que es esencial.

Todas estas normas no basta decirlas una vez, ni dos, ni veinte, sino durante todo el tiempo de su formación.

Variando la forma y la ocasión en los ejercicios y fuera de ellos, con lecturas y fuera de ellas, en las clases y fuera de ellas, en la conversación y fuera de ella.

Como se hace para aprender una lengua, o una asignatura, con amenidad, con pocas especulaciones, con ejemplos y casos; como hizo San Ignacio con San Francisco Javier cuando le inculcaba la frase del Evangelio: ‹¿Qué importa al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?>>

Parece, según lo dicho, que sólo las jóvenes se encuentran con facilidad desprovistas de criterios religiosos y morales.

No es verdad.

A los muchachos pasa lo mismo.

Se les habla mucho de la pureza, del amor a la Virgen, de las malas compañías, de los espectáculos peligrosos. Pero, ¿y de las Encíclicas de los Papas sobre la cuestión social?

¿Y de los derechos de la Iglesia en materia de enseñanza y educación?

¿Y de la Universidad Católica Libre?

¿Y de las relaciones entre la Iglesia y el Estado?

¿Y de cómo debe distinguirse la Prensa católica de la que no lo es?

¿Y de la obediencia que se debe a las Comisiones episcopales en materia de ortodoxia y moralidad?

¡Ah! ¿Qué de extraño tiene así que haya muchos católicos de comunión diaria que impugnan los derechos de la Iglesia en materia de enseñanza?

Y si no los impugnan, ¿son ignorantes de esos derechos? ¿O se meten a declarar que no es oportuna ahora la Universidad Católica Libre?

¿O le dicen a ella el modo cómo ha de hacerlo, con prestigio?

¡Como sí cuando abre centros de cultura hubiera de aprender de unos muchachos cómo ha de mirar ella por su honra!

¡Ella, que ha civilizado al mundo y ha sembrado la tierra de Universidades maravillosas!

¿De qué proviene esto, sino de que en los colegios no se ha inculcado

a la juventud el conocimiento de los derechos y de la historia gloriosísima de la Iglesia, y especialmente en materia de enseñanza y educación?

De dos métodos de santificarse.

Hay dos métodos para santificarse: uno, *hacerse santo*, y otro *que le hagan santo.*

Hacerse santo es de una dificultad enorme: buscar la humillación, la mortificación, el dolor, la carencia de lo preciso para la vida y por tiempo largo, ¿quién lo hace?

Los santos *que se hacen.*

Pero eso mandado por Dios, porque se le pide, como una gracia, y recibirlo, aunque no se lo pida, y llevarlo, no sólo con resignación, pero como un beneficio de Dios muy grande; eso hay almas que lo hacen, y es mucho más fácil que lo anterior.

Esas no son almas que se hacen santas, sino que Dios las hace santas.

Dios se lo da todo: la prueba y la gracia para llevarla y la gracia para pedirla.

Como hay muchos grados de santidad, se puede pedir a Dios la prueba en el grado que se quiera.

Dios puede mandar la prueba pedida o mandarla sin ser pedida.

Y así hace santos, en cierta manera, aunque no quieran.

No la piden, pero la aceptan resignadamente, o gustosamente, según la gracia y su correspondencia.

Y así, en último término, Dios los hace santos, queriendo ellos.

Millones de mártires lo fueron, no pidiéndolo ellos. Pero lo aceptaron gustosos.

Dios los hizo santos. ¡Y qué santos!

No sería poco que nosotros tuviéramos el valor de pedirlo o la gracia grande de aceptarlo.

De las devociones sólidas y no sólidas.

¿Cuántas y cuáles son las devociones que debe tener un buen católico?

Pocas, no raras, constantes y sólidas.

Pocas.

Aparte de la esencial a Jesucristo, a la Virgen María, a San José, al Ángel de la Guarda, al santo de su nombre, y la especial que por su estado debe a algún santo particular,

Hay devociones en virtud de las cuales, rezando tantos Padrenuestros, se alcanza indefectiblemente una gracia.

Es rara y supersticiosa; con ninguna devoción se alcanza indefectiblemente una cosa.

Hay otras, simpáticas, como las de las muchachas a un santo para que les alcance de Dios cierta gracia interesante.

Yo conocí a una persona que tenía devoción en el invierno y no la tenía en el verano.

Y conocí a otra persona que sentía devoción por la mañana y no por la noche.

En la vida hay muchos hombres a veces de cualidades, que no logran sus aspiraciones, porque no insisten en sus demandas. El que pide una sola vez da a entender que no tiene mucha necesidad de ello, ni espera en el poder de a quién la pide.

¿Qué son devociones sólidas?

Las que juntan, con la oración a los santos, alguna obra de sacrificio.

Pedir a Dios una gracia y dar cinco duros a un obrero parado.

Pedir a la Virgen la castidad y meditar media hora por las mañanas.

Pedir al Ángel de la Guarda nos preserve de una desgracia y ponerse una hora el cilicio.

Rogar al santo de nuestro nombre que nuestro niño haragán se vuelva estudioso, e imponerle un prudente castigo. Para así hacerle sentir la dureza de la vida.

Suplicar a San Antonio un novio y no bailar nunca agarrados.

Hay devociones no sólidas.

Rezar unos credos para que nos toque la lotería.

Rogar a Santa Rita salir bien en los exámenes y no estudiar una palabra durante el curso.

Encomendar a Dios a los hijos para que sean buenos y dejar que se junten con pilletes de la peor calaña.

Se habla mucho de que no se debe faltar en las obligaciones por la devoción. Por uno que falte por eso, hay mil que faltan a su deber y no tienen ni una devoción.

Yo conocí a uno que no iba a misa y dejó una misa perpetua en sufragio de su alma.

Mi ideal serían pocas devociones, sólidas, bien cumplidas, con constancia y acompañadas de actos de abnegación.

Apostolado de la conversación

Yo miraría, lo primero, quién es y cómo es la persona con quien hablo, sus aficiones, su profesión, su modo de pensar y sentir, lo que le desagrada, lo que le incomoda. No disputaría.

No sacaría la conversación sobre nuestras discrepancias, sino que hablaría sobre lo que nos uniera. Sobre lo que agradara. Lo que me hiciera amable.

De lo que no se sabe, ¡qué pedantería!

De los defectos ajenos, ¡qué mal gusto!

El arte de hablar consiste en saber el interés de los interlocutores. A uno le gusta la música, a otro la literatura, a otro la poesía, a otro los negocios, a otro la caza.

Si al negociante se le habla de Beethoven, ¡qué gesto!

La buena conversación es tul apostolado magnifico. Tal vez más fecundo que otros que lo parezcan más y son menos.

¿Por qué?

Porque es más íntimo.

Más lleno y persuasivo.

Más personal.

Más concreto.

Más afectivo.

Del mejor apostolado.

El apostolado no sólo exige virtud y actividad, sino orientación y valor, desinterés y modestia.

Virtud: porque la defensa de la verdad y de la justicia exige gran sacrificio; ya que son atropelladas inicuamente.

Actividad: porque los enemigos de la Iglesia actúan sin descanso con todos los medios modernos de que disponen.

Orientación: porque hay católicos españoles, con frecuencia fervorosos, que comulgan diariamente y desconocen y atacan los derechos de la Iglesia.

Y sin saber nada de los cánones, se creen capaces de enseñar a la Iglesia lo que debe pensar y exigir.

Valor: a veces se oculta la cobardía con el pretexto de la prudencia.

Desinterés: el apostolado no es codicioso, aunque es de justicia sea remunerado, ya que vivir es condición ineludible para el hacer.

Modestia: el apostolado legítimo no se concilia con la exhibición; homenajes, grandes cruces; confundir el triunfo de la causa con el provecho de su persona.

El apostolado es fecundo.

Fecundo en el orden sobrenatural, que mejora las personas, las hace amar a Dios y al prójimo, dar limosnas ocultamente, colocar a pobres obreros sin trabajo.

Fecundo si da leyes justas, si da bienestar moral y material al pueblo, si persigue la inmoralidad, si da puestos a los competentes y buenos, no a paniaguados y partidarios.

Hay un apostolado que no lo parece.

Ven ustedes a todo un señor que reparte en Navidad unas mantas a unas familias pobres de los suburbios, y dicen ustedes: ¡Qué ejemplo! ¡Qué caridad!, ¡Y lo es!

Pero ese mismo señor, que tiene veinte millones de capital, ve que el cine corrompe a la juventud y no es capaz de unirse con otros para una empresa de cine moral, con el que haría un gran bien a la juventud, a la patria, a la decencia pública y a sí propio.

Pero nuestros millonarios, generalmente, no quieren la novedad, ni el estudio, para hacer un bien moral y un negocio.

Prefieren el negocio sin más aditamentos.

Una playa decente, un periódico decente, un teatro decente, ¿pueden ser negocio?

Claro.

Pero nuestros ricos, generalmente, se satisfacen con dar unas pesetas a las Hermanitas de los Pobres. ¡Qué triste!

El apostolado más eficaz y más fácil es el de los iguales.

Es curioso ver cómo el demonio nos engaña cuando queremos hacer bien a los demás.

Lo primero que nos presenta a la fantasía, es el bien que haríamos en Alaska o en la Patagonia. Una obra heroica.

Es decir, con unas personas a las cuales, por la distancia a que se encuentran de nosotros, nunca vamos a poder influir sobre ellas.

De modo que sobre los parientes, los amigos, los condiscípulos, los de la misma profesión, con quienes alternamos todos los días, con ésos no nos invita a trabajar. Vemos a veces que lo necesitan mucho, que no son cumplidores de lo más estrictamente necesario para salvarse, y nos parece que no es apostolado procurar su bien discretamente.

Es decir, que con los que están muy apartados de nosotros no nos es posible hacer nada. Y con los que viven con nosotros, nos parece que no debemos procurar mejorarlos,

De ese modo, bonitamente nos quedamos sin hacer nada, que es lo que el demonio quiere y queremos nosotros también.

Y aunque con los que viven muy lejos de nuestro contacto pudiéramos ejercitar nuestro apostolado, ¿es justo que hagamos por que sean buenos los esquimales y dejemos que se pierdan nuestros padres, o amigos, o compañeros de colegio?

¿Es posible que un religioso joven ejercite el apostolado con un connovicio suyo o estudiante?

Con discreción, puede y debe, si ve que lo necesita. ¿Cómo? Con la oración, la conversación, el ejemplo. No lo hacemos. ¿Por qué?

Por no caer en la cuenta.

Por cortedad de genio.

Por creer que no es cosa que nos incumbe.

Por falta de formación y orientación.

De una penitencia ideal que no quiebra los huesos.

¿Será la de los trapenses o cartujos?

¿La de los ermitaños que viven en absoluta soledad? ¿La de los que van llenos de cilicios, uno en el brazo, uno en la cintura y otro en la pierna?

Eso me figuraba de mozo.

¿Y ahora de viejo?

La de vivir con muchos y dar gusto a todos y no quejarse de nadie y saber disimular las faltas y perdonar a todos y amar a todos y hacerse amar.

¡Qué penitencia!

La que podemos ejercitar en casa, con los amigos, entre los religiosos, en nuestras asociaciones de recreo o de cultura. Y eso sin que se quebrante la salud por los ayunos, ni se lastimen las piernas por los cilicios.

¡Ah!, Pero pasa...

Que el amor propio sufre un colapso, y a la tranquilidad le da fiebre alta, y al gusto natural le sale un grano, y a la voluntad propia le operan de apendicitis, y la vida toda queda crucificada sin que aparezca la cruz.

Es mucha penitencia recibir un desaire y contestar con una sonrisa, tropezar con un impertinente y reírle las tonterías; hablar con un pelmazo y sufrirle con alegría; tratar con un iracundo y ser con él un cordero; aguantar a un insolente y contestarle con un favor. Tratar a muchos y sufrirlos a todos y hacerse querer de todos es milagro de penitencia.

Por eso hay bastantes trapenses y cartujos, pero bastantes que no molesten a nadie y den gusto a todos y se hagan querer de todos, no los hay.

¡Sufrirlos a todos y hacerse amar de todos! ¡Qué milagro! ¡Qué penitencia!

Y eso sin ayunos, ni disciplinas, ni sayales de paño burdo, ni descalcez de los pies, ni padecer frío y calores.

Pero que no lloren.

Con que guarden la gran penitencia de entenderse bien con todos les basta.

Son dos cosas totalmente distintas el apostolado del negocio y el negocio del apostolado.

Muchos apostolados magníficos no se conciben sin el negocio.

Un gran periódico, una gran empresa de cine, una buena compañía de teatro, o son negocios, es decir, que producen ganancias, o se arruinarán, y dejan de ser apostolado.

Pero otra cosa distinta es el negocio del apostolado, en el que una gran empresa de apostolado se toma como pretexto para hacer un negocio.

En el apostolado del negocio, el apostolado es el fin, y el negocio condición *sine qua non*; pero en el negocio del apostolado lo primero es el negocio, y el apostolado un medio, pretexto o como quiera llamarse.

Del apostolado del negocio al negocio del apostolado se pasa con mucha facilidad. Y es menester mucho espíritu para no caer en esa adulteración.

¿Se pueden tener indicios de esa fea degradación?

Partamos del supuesto de que el que lleva la dirección de un gran apostolado del negocio ha de ser persona muy capacitada para llevarlo, y bien retribuida, conforme a la capacidad económica de la obra.

Eso es evidente.

Pero evidente también que la excelente retribución a los encargados de un gran apostolado no se puede dejar a su arbitrio.

La norma más segura, a mi juicio, es la que se fija en las obras de la misma naturaleza, aunque no se lleven como apostolado.

Porque pudiera darse el caso escandaloso de que en una gran obra de apostolado del negocio quisieran los que la llevan obtener provechos mucho mayores que en las obras de la misma índole que no son de apostolado.

De la caridad, que recibe más que da.

No hay virtud más excelsa que la caridad.

El amor de Dios y del prójimo por Dios.

El amor de Dios sin el amor del prójimo, no. El amor del prójimo sin

el amor de Dios, no.

«La caridad, dice San Pablo, es sufrida. Es dulce y bienhechora. La caridad no tiene envidia. No obra precipitada y temerariamente; no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de las injusticias; se complace en la verdad, a todo se acomoda, cree todo el bien del prójimo, todo lo espera y lo soporta todo. ¡Ay, qué dolor! ¿Dónde hallaremos todo eso?

Ahora permanecen estas tres virtudes: «la Fe, la Esperanza y la Caridad; pero de las tres, la más excelente de todas es la Caridad», dice San Pablo.

La caridad no es el servicio de Dios: es el amor de Dios con las obras de su servicio. La caridad no es el don que hacemos al prójimo; es el amor del prójimo por Dios con el don que le hacemos. La caridad es la gran virtud; sin ella todo lo demás es nada.

Así lo dice expresivamente San Pablo.

«Aun cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles, si no tuviera caridad vengo a ser como un metal que suena o campana que retañe. Y aun cuando tuviera el don de profecía y penetrase todos los misterios, y poseyera todas las ciencias, y tuviera toda la fe posible de manera que trasladara de una parte a otra todos los montes, no teniendo caridad soy nada. Aun cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta, todo lo dado no me sirve de nada.»

Hacer y practicar por amor de Dios y del prójimo la caridad con todos los que me rodean: ésa es gran virtud. Señaladamente con los obreros, facilitándoles trabajo y colocación, y orientándolos cuando niños o jóvenes en su porvenir, dándoles un salario conveniente para sustentarles a ellos y a sus hijos, dándoles participación en los beneficios, dándoles participación en la propiedad de la tierra... La caridad es la más dulce y provechosa de las virtudes.

Consolamos al prójimo y Dios nos consuela a nosotros. Damos menos que recibimos.

Aun en esta vida.

Con la caridad amamos al prójimo; pero él nos ama más que nosotros a él.

Con la caridad le fortalecemos en los sufrimientos grandes, pero nosotros aprendemos en los suyos a padecer los nuestros pequeños.

Con la caridad le damos un buen consejo; pero el consejo que damos es una lección que no olvidamos nunca

En fin, la caridad alegra a Dios, a sus ángeles, a nuestros prójimos, a todos los que la ven. No hay nada más amable, más dulce, más necesario.

Dios es infinito en todos sus atributos, pero ninguno de ellos lo es más visiblemente que su caridad, porque: *De tal manera amó Dios al mundo, que nos dio hasta su Hijo*. Y ¡cómo nos lo dio!

¿Qué obra de caridad le ha satisfecho a usted más de las que ha conocido?

No podría decirlo.

La caridad es cosa tan amable, que cualquiera de ellas llena el corazón de amor.

Pero haré mención de una que es, a mi juicio, de lo más hermoso que he conocido en mi vida.

Precisamente se realiza en lo que fue casa de mis padres y ahora es de la Compañía de Jesús.

—¿Se refiere usted a las escuelas profesionales?

—No. Es obra magnifica, pero no es ésa.

Es la que se hace con todos los niños de diez a doce años, unos doscientos, que fueron mendiguillos y ahora están acogidos en la casa, donde se les da desayuno, comida y merienda. Se les viste y calza. Y, sobre todo, se les enseña un oficio y, antes que nada, a ser laboriosos, buenos cristianos y ciudadanos honrados

Yo los he visto en la iglesia, en filas interminables, delante de los confesonarios esperando la vez para confesarse.

Era conmovedor. ¡Angelitos! ¿Qué hubieran sido, sino unos desgraciados, vagabundos, obreros sin oficio, forzados toda la vida a ser peones, si hallaban trabajo?

Como la obra es tan simpática y necesaria, toda la ciudad la ha recibido con cariño y simpatía, y cooperan a su sostenimiento, comenzando por el excelentísimo señor gobernador, bellísima persona, y su señora, piadosísima y muy caritativa, y siguiendo por todas las autoridades, presidente de la Diputación, alcalde, autoridades, de Sindicatos, de Falange, etc.

Aparte de los Padres de la Compañía, merecen mención especial,

como promotores de esta preciosísima obra, los Caballeros del Pilar.

Desde estas modestas líneas, yo les doy las más cordiales gracias en nombre de esos niños, a quienes quiero con profundo cariño, porque son predilectos de Cristo.

Entre las infinitas obras de caridad que tiene la Iglesia, todas ellas hermosas, hay otra que no me resisto a pasarla en silencio.

Quiero hacer mención especial de las Hijas de San Joaquín, Agustinas recoletas.

¿Qué hacen?

Acoger a las personas más necesitadas de una caridad que tengan ojos de lince para descubrir penas ocultas y corazón de madres, para hacer con ellas oficios maternales.

Hay infinitos pobres que, o no tienen hijos que los cuiden, o esos hijos no tienen medios para sustentarlos en la vejez. O, lo que es peor y no raro, que no tienen corazón de hijos para sobrellevar sus achaques y su pobreza.

Hay muchos Institutos de religiosas que hacen con ellos, no obra de madres, sino de ángeles.

La misma extremada Indigencia y la misma vejez son causa de que se compadezcan de ellos, los acojan y les prodiguen las ternuras y los cuidados de verdaderas hijas.

Pero hay una clase mucho más necesitada de amor, de caridad y auxilios.

La de las personas de clase media y a veces de clase alta, hijas de empleados fallecidos, viudas de militares y otras muchas personas que viven de viudedades o pensiones misérrimas y desconocidas, y no son para asiladas por su condición.

¡Qué calvarios pasan!

¡Qué lágrimas silenciosas derraman!

¡Con la vergüenza de no encontrar hospedaje y no poder solicitar un asilo!

A estas personas, que son muchísimas, que a veces tuvieron educación esmerada y posición elevada, a estas personas, las más dignas de piedad y de amor y socorro, son a las que atienden las Hijas de San Joaquín, Agustinas recoletas.

Son una obra gloriosa de la Orden agustiniana.

De tres clases de católicos.

He conocido muchas especies de católicos.

Como la Iglesia católica es una y ecuménica, ya esto, a primera vista, parece muy raro.

Pues no lo es.

Hay católicos de primera, de segunda y de tercera. Comencemos por los últimos.

Son los que se llaman así porque están bautizados. Pero viven como si no lo estuvieran.

No van a misa, ni cumplen con Pascua, se casan por la Iglesia, bautizan a sus hijos y le tienen devoción a la Virgen de la ermita de su pueblo.

Y cuando se mueren, su mujer y sus hijos llaman al párroco para que se confiese.

Por supuesto, cuando ya no tiene conocimiento. ¡Pobrecito! Para que no se asuste.

Se muere, le hacen su entierro, le ponen varias coronas y lo entierran.

Y el alma se la llevan los demonios.

Católicos de segunda.

Son los que pertenecen a una Cofradía y se visten de penitentes en Semana Santa, con capucha y todo; confiesan y comulgan por Pascua y el día de su santo; educan a sus hijos en un colegio católico, y están suscritos a un periódico como el *Heraldo*, *El Liberal* o *La Correspondencia* de antaño. No dan limosnas.

Por supuesto, se mueren confesados y con la bendición apostólica.

Y su alma se supone que va al Purgatorio.

Católicos de primera.

Son pocos.

Comulgan con mucha frecuencia.

Son muy limosneros.

Nadie sabe lo que dan.

Son muy luchadores, sobre todo en defensa de la enseñanza católica. Y de la Prensa católica, que no es la que se calla cuando hay que defender los derechos de la Iglesia.

Y cuando se mueren lo siente todo el mundo. Sobre todo los pobres. No quieren que los entierren en mausoleos soberbios. ¿Para qué?

PROBLEMAS DE MUCHACHAS

La mejor amiga de una muchacha es su madre.

Y también la mejor confidente de un hijo joven.

Una madre debe serlo todo para sus hijos: educadora, instructora, consejera, y, sobre todo, amiga.

Lo que una joven le dice a su amiguita, eso antes se lo debe decir a su madre.

Le dará reparo, temor, vergüenza, respeto y miedo. Es un error.

Y a veces una falta de formación de la madre.

La madre no es su confesora, pero casi, casi, *confesora*.

Por cariño y confianza que le debe saber inspirar.

Una madre cristiana me contó de un hijo suyo, ya iniciado en la mocedad, que a veces le refería, angustiado, sus tentaciones contra la pureza.

La pobre madre no sabía qué contestarle, sino que se encomendara a la Virgen.

Y otro hijo de la misma madre le contó, impresionadísimo, que yendo en Francia por un camino, una muchacha que caminaba en sentido contrario, al llegar junto a él, le dio un beso. El muchacho, asustado, se desahogó con su madre de la natural tormenta interior. ¡Qué pocos son capaces de eso!

¡Cuántas muchachas habrían dejado de ser infelices si al sentir los primeros cariños se los hubieran comunicado a sus madres, pidiéndoles consejo!

Sino modernas.

Es decir, aceptar las costumbres y maneras de ser corrientes y que se estilan en la sociedad actual.

Todas las chicas fuman.

Pues no deben ser rancias y deben fumar pitillos.

Y cuando adelanten un poco más las costumbres, fumar también algún puro.

¡Qué preciosidad de muchachas, verlas con un habano en sus boquitas!

Yo sé de una chica que para ponerse al día en los usos y costumbres corrientes, le pegó un bofetón a su mamá porque no la dejaba salir sola con chicos.

No se podrá negar que pegarle un bofetón a su mamá es un verdadero adelanto.

Y otro, ir con chicos, y estar con ellos, bebiendo unas copitas de coñac, hasta las dos o las tres de la mañana. Por supuesto, sin que se enteren sus papás.

Eso se llama no ser cursis.

Los muchachos de hoy son ángeles.

Y las chicas de hoy, ángelas.

Los viejos, tontos de remate.

¡Claro, a los ochenta u ochenta y ocho años!

A veces pienso que hemos cogido el sentido común y lo hemos tirado al basurero, como si fuera una piltrafa.

Un chico se enamora de una muchacha.

Y ella se entera de que parece que tiene cuartos.

¿Tiene cuartos?

Pues basta. Es un gran partido.

No hay que saber más.

Con eso, el muchacho tiene vergüenza, es trabajador, honrado, moral y religioso.

Si al cabo de un poco tiempo se cansa de su mujer, ése es otro ade-

lanto de los maridos modernos.

Los viejos no entendemos de esas cosas. ¡Ni palabra!

¿A qué edad conviene se traten chicos y chicas de una manera frecuente?

Hay opiniones para todos los gustos.

Yo tengo la manga estrecha. No me parece que chicos de dieciséis o diecisiete años, cuando aún están en el colegio, o no estándolo, traten frecuentemente a chicas, ni como se hace ahora, que es reuniéndose en grupo con ellas.

Con un grupo de ellas y haciendo excursiones. O sin excursiones, reuniéndose en casa de una de ellas, o uno de ellos, para conocerse y tratarse.

Yo opino que no es edad para eso.

Y que eso, hecho en esas circunstancias, es perjudicial. ¿Por qué?

Porque es inevitable que se encariñen, según las propias simpatías.

Y surjan los noviazgos.

Inevitables.

Y son, a mi juicio, mal grave.

Eso, para cuando tengan ellos, por lo menos, mediada la carrera.

Si no, se exponen a los noviazgos prematuros, largos y peligrosos.

Yo siento así.

El que quiera, que sienta de otra manera.

Hay papás y mamás que cuando un niño mocoso de doce años se encariña y dice que es novio de una muñeca de la misma edad les parece que tienen un niño prodigio.

¡Qué prodigio!

El prodigio es el de los papás, que no se dan cuenta de la responsabilidad que contraen con tomar a broma y aun alabar esas precocidades malignas.

Malignas, ¿por qué?

Que se lo pregunten a los confesores.

Y no hay necesidad de eso.

A los educadores, que saben no tomar a broma los amores precoces de los niños mocosos.

Es un mal muy grave exponer a las hijas a una soltería forzosa.

A mí me causan pena las jóvenes que por negligencia de los padres o las madres tienen que soportar una soltería forzosa, para la cual no se sienten con vocación.

No se trata sólo de que les falta un hombre que sea el sostén de la familia y que con sus trabajos encauce la educación y el porvenir de los hijos.

Es que el corazón de la mujer ha nacido para amar y ser amada.

A mí me decía una muchacha de prendas:

—Padre, yo no quisiera sino un hombre honrado, que me amara.

Eso, naturalmente, lo apetece toda mujer; porque es Dios quien lo ha puesto en su alma.

La mujer que no lo logra, si es porque Dios lo ha dispuesto así, Dios la ayudará para sobrellevar las dificultades de la vida.

Si es por negligencia de los padres, es una gran responsabilidad para ellos y una gran desgracia para las hijas.

Una nueva asignatura para las universitarias: Química del amor.

¿Ustedes lo entienden?

Yo, no.

Y son miles de españoles. ¿Lo entienden ustedes? Yo, ni pizca.

Y españolas.

Esto lo entiendo mejor.

Muchas aldeanas ricas se aburren en las aldeas. Y van a la Universidad a estudiar la asignatura del matrimonio.

Un estudiante observador me dijo que al final del primer curso se observaba que había parejas de universitarios.

Es muy natural.

Y muy lícito.

Y conveniente.

¡Pobres chicas!

¡Si no tienen otro modo de conocerse y tratarse!

Se debería inventar una asignatura que podría llamarse «Química del Amor», o «Derecho Internacional del Corazón».

Acudirían todas las chicas sin novio. Y con novio.

Debería dar las clases un catedrático de talento y tratar de cómo debe ser un novio, cómo se le puede conquistar, cómo se le debe tratar; de las riñas, falsas, verdaderas y convenientes, entre los novios; del modo de hacer las paces, de los inconvenientes de salir solas, sobre todo por sitios solitarios. Y, sobre todo, de que no se fíen de los piropos. Y de lo que se puede en conciencia y de lo que no se puede durante las relaciones.

¡Qué chascos se llevarían si el catedrático fuera hombre de criterio moral seguro!

De una consulta que me hizo una joven.

Una muchacha se me presentó a mí en cierta ocasión, y me dijo: «Padre: Me he educado en el colegio tal; la superiora religiosa me ha llamado y me ha dicho: Un sujeto de tales prendas se me ha presentado y dicho: Madre: Yo agradecería a usted mucho que me indicara el nombre de alguna de sus antiguas alumnas que, a su juicio, pudiera ser apta para esposa mía.» La religiosa le indicó el nombre mío.

Y esa joven me fue a consultar el caso y pedirme consejo.

Le dije: «Trate usted algún tiempo a ese hombre, y, si es como la Madre le ha dicho, y ve usted que por sus condiciones personales encaja bien con el carácter de usted, acepte sus relaciones, y, pasado el tiempo conveniente para conocerlo a fondo, cásese usted con él.»

Se casó hace varios años y son felices.

El procedimiento no digo que haya de ser siempre el mismo, aunque, desde luego, ése es apto.

Pero unos informes serios, de personas prudentes y conocedoras de las cualidades de lo que es una muchacha, y de lo que debe ser, eso sí.

Hay madres que en esto pecan, unas por el extremo de tenerlas demasiado recogidas, como si se hubieran de pervertir porque les dé el aire.

De modo que ningún joven de cualidades las puede tratar y conocer. Y se quedan solteras, sin vocación para serlo.

Y otras madres les dan una libertad excesiva, exponiendo a las hijas a graves peligros, el menor de los cuales es que se casen con un calavera que las haga infelices en esta vida. Y a veces en la otra.

De una muchacha que se casó con un calavera para convertirlo.

Había sido rica.

Me contó humildemente su caso.

Cuando soltera, se le declaró un sujeto.

Era un calavera.

Y su familia le decía: «No aceptes esas relaciones, que es un calavera.»

Y ella contestó: «¿Un calavera? Pues es lo que yo quiero, para convertirlo.»

Pasó lo que era natural. Que la arruinó.

Y para poder vivir, buscaba ella ahora una colocación.

¡Una colocación!

Pero, ¿cuál?, sí ella había siempre sido una señorita y no sabía hacer nada...

¡A cuántas muchachas pasa lo mismo todos los días! ¡Por falta de juicio!

¡Por no saber aconsejarse!

Pero es que no quieren aconsejarse.

Ante todo, quieren el novio.

Le tienen horror a la soltería.

Por inexperiencia.

La soltería, en muchas, tiene dificultades graves. Fuera de que el corazón les pide amar y ser amadas. Es cosa ordenada por la Naturaleza.

¡Da pena! Porque no lo encuentran.

Y otras casquivanas, sí.

Pero aviados van los que carguen con ellas.

MARÍA.—Me gusta ser observadora.

CARMEN.— ¿Qué has observado?

M.—Que hay no pocas muchachas aficionadas al estudio de la Moral.

C.—Me parece bien.

M.—Verás. Las hay que saben lo que dicen los teólogos sobre los besos entre los novios. Desean saber si pueden ser besadas y besar sin pecado.

C.—Y eso ¿qué te parece?

M.—Que es malo sólo querer saber si siempre es pecado grave.

C.—Y ¿qué mal hay en ella?

M.—Que quien sólo huye del pecado grave acaba por caer en él.

C.—Ella tiene la culpa.

M.—Desde luego; pero cae.

C.— ¿Y no hay quien quiera saber si puede en algún caso lícitamente besar y ser besada?

M.—Naturalmente que sí. Lo que ocurre es que los teólogos dicen: Para este caso raro, de ser besada sin pecado, se necesita que se evite esto, y lo otro, y lo de más allá. Y que sea en esta circunstancia, y en la otra, y en la de más allá. Y que las relaciones sean entre novios de esta condición, y de la otra, y la de más allá. Y, como todo esto es dificilísimo de guardar, resulta que todo esto, y lo otro, y lo de más allá, no se guarda; pero el beso, sí.

C.—Entonces, ¿qué remedio?

M.—Que las muchachas se persuadan de que serán más amadas si son más puras. Y que si no son más amadas es que sus pretendientes no las merecen puras.

C.—Las dejarán.

M.—Gracias a Dios, jóvenes honestísimas, a veces se ponen en relaciones con calaveras. Preferible es que rompan a que sean infelices

C.—Que rompan, que rompan... Eso se dice con mucha facilidad.

M.—Con más facilidad serán desgraciadas si ellas no son como deben ser.

C.—Y ¿cómo deben ser ellos?

M.—Que vivan siempre en gracia de Dios, que las amen a ellas por vivir siempre en gracia de Dios, que estimen mil veces más la castidad de ellas que la hermosura de sus labios, la dignidad excelsa de la que ha de ser futura esposa, que no sus mejillas de color de rosa.

C.—No son muchos así, pero los hay.

M.—Los otros, los que consideran a la novia sólo como mujer, como hermosa, como rica, como inteligente, no son dignos de una mujer pura. Las rebajan, no las aman, son novios no cristianos; tienen una novia porque no pueden tener cuatro, como los moros, y a veces las besan y las enferman.

C.— ¿Por qué?

M.—Porque si no son castos, son lo contrario, y, si son lo contrario, no les sobrará la salud, ni les faltarán enfermedades que pegarán a sus novias.

Austeras mejor que muelles.

MARGARITA.—Supongo harás alguna penitencia por estar en Cuaresma.

LOLA.—Te diré. He querido ayunar un día y me he sentido con hambre.

M.—¿Es posible?

L.—He probado un día a ponerme el cilicio, y me ha molestado mucho.

M.— ¿Qué me dices?

L.—De modo que no sé qué hacer. Quisiera mortificarme, y no sé cómo.

M.—Todo tiene arreglo para las personas de buena voluntad Tú vas al cine con frecuencia, ¿no?

L.—Tres veces por semana.

M.—No vayas sino tres veces al mes.

L.— ¿Al mes?

M.—No dirás que eso te dará jaqueca.

L.—Claro.

M.— ¿Vas con frecuencia a merendar a Molinero?

L.—Dos veces por semana.

M.—No vayas sino una al mes.

L.— ¿Sabes qué te digo? Que es peor el remedio que la enfermedad.

M.— ¿Bailas de cuando en cuando?

L.— Sí.

M.—No bailes sino rara vez. ¿Te agrada un chiste? No lo digas. Te gusta más la naranja que el plátano? Pues plátano. ¿Duermes diez horas? Ocho, y gracias. ¿Te pica la nariz? No te rasques. ¿Te encantan los escaparates? Nada de escaparates. ¿Pones una pierna sobre otra? No la pongas. Y así en otras cosas. Nada de eso quita la salud.

L.—Sí; pero quita el gusto de la vida. ¿Me voy a estar fastidiando así en todo?

M.—En todo, no; en algunas cosas. Primero en los pecados, luego en los peligros del pecado y, finalmente, en los gustos lícitos.

L.—Eso es muy molesto.

M.—Y también es virtuoso, y lo que hizo Cristo en su vida para que le imitáramos. ¿O es que piensas que cuando ayunó cuarenta días no tuvo hambre ni sed, y cuando oró en el Huerto estuvo gozando, y cuando le azotaron le parecieron los azotes caricias, y cuando le crucificaron estaba como en un lecho de rosas?

L.—Él era Dios.

M.—Pues por eso: debemos nosotros padecer algo por Él. Y por nosotros, porque hemos pecado, y porque podemos pecar, y porque hemos de hacer méritos para el cielo, y porque, por gratitud, le debemos el tributo del dolor. Pasarlo bien en la vida, sin más ideal, es ser paganos y vivir expuestos a perdernos en la eterna. Y a ser infelices en ésta. Porque, aunque tú no lo entiendas, los que son felices en este mundo son los que se mortifican por amor de Dios. Como lo fueron todos los santos: mortificados y felices. Y felices por mortificados.

En la ocasión..., no...

FERNANDA.—Muchas no quieren el pecado, pero no tienen dificultad en ponerse en la ocasión del pecado.

GABRIELA.—Porque la ocasión tiene su dulzura propia, y... como no

es el pecado...

F.—No es el pecado, pero lleva a él. A veces, con una fuerza tan grande, que siempre, o casi siempre, se cae en el pecado. Eso es lo que se llama ocasión próxima.

G.— ¿Existe entonces otra clase de ocasión?

F.—Sí; la remota: que es cuando la ocasión no está unida al pecado con cierta necesidad moral. Si una persona se pone en una ocasión de pecar, y de cien veces que se pone en esa ocasión sólo una vez peca, entonces la ocasión es remota.

G.—Y si de cien veces que una chica baila, sólo peca gravemente tres o cuatro, también la ocasión es remota?

F.—Eso parece.

G.— ¿Luego puede bailar sin pecado grave?

F.—Pero difícilmente se escapará del leve. Y además puede cometer pecado grave: aunque la ocasión no sea próxima.

G.— ¿Y qué aconsejarías tú en ese caso a una muchacha?

F.—Me vas a dar tú la contestación. Un muchacho vive en una finca de campo. Sabe que un toro bravo se ha desmandado de una ganadería. Y sabe, además, que el toro ha matado a una joven, y otra vez ha herido a otro levemente, y otra vez a otro no le ha hecho nada. ¿Aconsejarías tú a nadie que saliera al campo a pasear, con el peligro de encontrarse con el toro? ¿Y porque tal vez podría sólo herirle levemente o no hacerle nada?

G.— ¡Qué locura!

F.—Este es el caso. Una chica baila. Y sabe que, de ordinario, peca venialmente; pero alguna vez que otra peca gravemente, y alguna vez, rara, no peca nada. ¿Qué le aconsejarías tú?

G.—Que no bailara. Primero, porque, aunque sólo pecara venialmente, al fin es un pecado. Y segundo, porque también puede pecar gravemente, aunque no sea la ocasión próxima. Es el caso del toro: puede matar; pero, aunque no mate, basta que hiera, y aunque no hiera ni mate, es un peligro grave. Lo que ocurre es que todos huirán del toro, por si acaso; pero todos nos metemos en la ocasión, por sí no nos pasa nada.

G.—Lo que prueba que estimamos más la vida del cuerpo que la del alma. Pero, ¿qué crees tú, que siempre en el baile hay algún pecado, aunque sólo sea venial? ¿Nunca una muchacha puede bailar el baile moderno sin algún pecado?

F.—En absoluto, puede darse el caso; pero raro. Y en chicas de baile muy frecuente, muy raro.

G.—Pues a eso se acogerán las bailadoras. Pensando fácilmente que porque ni piensan ni desean nada malo ya están exentas de toda falta. Y no pensando en que por negligencias, más o menos culpables, pueden, faltas de ellas, dar ocasión a faltas de sus parejas, a veces graves. Entonces, ¿hemos de admitir que en todo caso, siempre, una muchacha que baila el baile moderno ha de pecar, por lo menos venialmente?

F.—No, cuando la que baile lo haga rara vez, entre personas muy selectas, y ella esté muy formada. Pio XI dice catre los bailes modernos traspasan los límites del pudor, y Benedicto XV que *«nada se podrá imaginar más a propósito para desterrar de la sociedad el último resto de pudor»*. No dirás que dicen poco.

G.—Lo suficiente.

PROBLEMAS DE FAMILIA

Hay madres piadosísimas que tienen hijos pilletes.

En el Antiguo Testamento era como una maldición no tener hijos.

Yo tengo unos sobrinos jóvenes con catorce hijos y uno pequeñito que se murió.

Hay quien se lleva las manos a la cabeza, y exclama: ¡Qué horror!

El horror no es ése, sino que un hombre y una mujer casados tengan horror a tenerlos.

Eso no es hogar. En el hogar donde faltan los hijos falta la alegría, el amor, la esperanza, el consuelo de la vejez, los moradores destinados al cielo, la perpetuación de la tradición y el del ser de la familia.

Un hogar sin hijos, porque los cónyuges los temen y huyen, será, de ordinario, una fonda con dos huéspedes. Peor: un establo con dos animales.

Quien no quiere tener hijos, no tiene corazón, ni amor, ni ternura, ni dulzura de caricias, ni siente el candor, ni la pureza, ni la belleza de la inocencia, ni puede pensar en los ángeles, ni en Dios que los hace.

La mujer que no quiere ser madre y contrae matrimonio, ¿qué es?

Por lo mismo que debe ser más pura, es menos mujer; por lo mismo que es de condición más elevada que el hombre, es más esclava.

En el castigo lleva la penitencia; los padres que no quieren tener hijos son seres que ni aman ni son amados.

Cuando yo estuve en Estrasburgo no vi ni un niño en la calle.

Eso quiere decir que hay muchos menos niños de los que debería haber.

No sólo porque hay malos padres que aborrecen a los niños, que es como si aborrecieran a los ángeles. Sino porque cuando se mezclan los pilletes de la calle con los niños, a veces de padres cristianos, todos se convierten en no niños.

¿Qué son?

Hay que ver lo que aprenden.

¡Y las madres tan satisfechas, creyendo que tienen ángeles!

No los tienen ni diablos; porque les falta la malicia y el conocimiento, pero tienen pilletes o granujillas, o como ustedes los quieran calificar.

A muchas mamás les parece que sus niños son ángeles impecables, y no es verdad. Un amiguito, un primito, un compañerito, los convierte, con una sola conversación, de almas puras y blancas, en fangosas y sucias.

¡Pobres ángeles!

Convertidos en pilluelos por sus madres, que han ido a comulgar aquel mismo día y a pedir por la inocencia de sus pequeños.

A veces son mayores los peligros morales en la infancia que en la juventud. Y precisamente cuando son de familias cristianas. Porque los niños tienen instintos y no tienen razón. Y cuando son jóvenes hechos, tienen razón y educación, aunque tengan pasiones.

Después de una vida de ochenta y ocho años, ¡cuántos casos pudieran contarse inverosímiles en niños de madres cristianas!

Que creen que sus ángeles no son de carne y hueso. No cuentan con sus instintos, que los sienten muy pronto.

Ni con el demonio. O demonios. Cada niño debe tener una legión.

Ni con lo que ven, oyen y curiosean.

Ni con lo que otros les enseñan.

Total, que a veces pierden la inocencia sin saber que la pierden.

De la familia que se va toda al cielo y de la que se va toda al infierno.

Cada uno de nosotros influye sobre los demás que nos rodean en bien y en mal, según sea nuestra conducta; influye no sólo ostensiblemente, sino, muchas veces, secretísimamente. Con nuestra palabra, con nuestro ejemplo, con nuestras obras.

Por eso quiere Dios que le pidamos perdón de los pecados ajenos cometidos por culpa nuestra.

Sólo Dios sabe las responsabilidades que contraemos a sus ojos de faltas ajenas, ni advertidas plenamente, ni queridas conscientemente, pero

si ocasionadas por nuestro modo de proceder.

Si pudiéramos saber las reacciones que se producen con nuestras palabras o nuestras obras en los que nos tratan, ¡con qué miramiento procederíamos para no perjudicarles!

Pero como esas reacciones son secretísimas la mayor parte de las veces, por eso obramos como sí ello no tuviera trascendencia.

Eso es de tal manera, que muchas veces, cuando se tienen que examinar vocaciones al estado religioso y de dónde proceden las inclinaciones a él, se ha de preguntar cómo eran sus padres, dónde nacieron y de dónde eran sus abuelos. Y frecuentemente se halla el origen de la vocación, no sólo en el ambiente familiar, sino en el del pueblo y aun de la región. Es que todo cuanto nos rodea tiene sus influencias, buenas o malas, en nuestro espíritu, secretísimas, pero reales.

La familia es el mayor tesoro de la vida en el orden humano, aun como fundamento del divino.

Si todos los padres piadosos educaran bien a sus hijos, ¿cuántos serian perversos?

Se lamentan de que no les da Dios hijos buenos. No es eso; es que los forman mal. Les dan todos los gustos, los divierten mucho, les conceden muchas libertades; no les hablan de los peligros del mundo, no les procuran directores espirituales doctos de experiencia y espíritu, no los vigilan debidamente, no los mandan a colegios seguros, si los envían, no cooperan a la labor del Colegio, no saben exigirles el deber con amor y con firmeza; no saben castigarlos humanamente; les permiten compañías de su clase y condición, pero no de su piedad y sus criterios; es decir, no los educan.

Los padres han de ser humanos, no severos, no exigentes, no mezquinos; deben acostumbrar a los hijos a la obediencia, al trabajo, a que traten bien a todos en su casa y se hagan amar de la servidumbre, de sus hermanos, de sus familiares, de sus amistades; a que vivan unidos con unidad de amor, de pensar, de sentir, de obrar.

Y ahora voy a hablar de los míos, no para ponerlos como modelos de padres y hermanos, sino para agradecer a Dios el inmenso favor que me hizo dándomelos como me los dio, con sus deficiencias y todo.

Casi todos están en la eternidad. Murieron santamente, alguno repentinamente cuando iba a cazar, pero habiendo comulgado aquel día como todos; probados por la adversidad, pero llevándola bien, no ya con resignación, sino sin tristeza y con paz.

Mi madre, como todas las madres, bondadosa; mi padre, inteligente y con carácter, para imponer el deber sin aspereza, nos educaron lo mejor que supieron: en buenos colegios.

¿Era la familia ideal? De ningún modo.

¿Hay familias ideales?

Pocas. Aunque más, quizá, en España que en otros pueblos.

Hay familias predestinadas para el cielo y familias predestinadas para el infierno.

Todo ello salva la libertad, como lo entiende la Iglesia.

Lo vemos todos los días; Familias en que todos son buenos cristianos y familias en que todos son malos cristianos. Y mueren mal todos, sin dejar uno, por culpa de sus padres, casi siempre, por sus malos ejemplos, por su mala educación, por su irreligión, por sus amistades, por sus diversiones, por sus lecturas.

Los que, por los años de nuestra vida, lo podemos apreciar, lo vemos así claramente.

Lo que demuestra el inmenso influjo de la familia.

El padre.

El padre es el que no sólo engendra y sustenta al cuerpo del hijo, como hacen los pájaros, sino que educa el alma del hijo, lo que no hacen los pájaros ni los jumentos.

Ahora bien: ¿hay muchos padres que educan a sus hijos, no sólo para que puedan valerse por sí en esta vida, sino para que aspiren a gozar de la otra?

No, señor, no hay muchos.

No los hay, ni aun entre católicos.

La mayor parte de los padres, aun los que se afanan por sus hijos, limitan sus deberes a darles de comer, vestirlos, procurarles una carrera, que crean a su juicio que va a resolver su porvenir, aunque no les resuelva nada, y si se mueren antes que ellos, enterrarlos.

Esta es la gran concepción de la vida que tienen la mayor parte de las personas que conocemos nosotros. Son personas laboriosas, pacíficas, que no roban ni matan, hasta limosneras, amigas de hacer favores, que son devotas del Cristo, de la Virgen de su ermita, pero que no van a misa los días

festivos, ni cumplen con Pascua.

Padres amantes de sus hijos, laboriosos, todo lo que se quiera, menos que quieran cumplir con Dios.

Dios, como si no existiera.

Dios, como si no viera.

Dios, como sí no hubiera de juzgar.

Dios, como si no hubiera impuesto leyes al hombre. Dios, como si los padres pudieran ser modelos de cristianos, siendo paganos.

Cumplen con su mujer, con sus hijos, con sus servidores, con el albañil y el zapatero.

Pero no con Dios.

Yo quisiera asomarme por un agujero para ver qué destino les da Dios en la otra vida a estos padres.

Porque me da mucha compasión pensar que, habiendo sido en esta vida tan honrados, tan bonachones, tan padrazos, tan trabajadores, no estén en el cielo.

Ni en el Purgatorio.

Ni en el Limbo.

Pues, ¿dónde?

Yo creo que la sabiduría Infinita tendrá dispuesto algún sitio particular para este género de almas.

Porque cumplir con todo el mundo, como esposo, como padre, como hermano, como amigo, como dueño, como patrono, con todo el sacrificio que eso significa, menos con Dios, no se me alcanza que pueda ser otro sitio sino un lugar reservado para los tontos.

Y si no es ése, tú, discreto lector, dime: ¿cuál crees que puede ser? Un apartado especial para los que no van al infierno de puro tontos, aunque no me fiaría yo mucho por si acaso.

De un nuevo modo de educar a los hijos.

Alguna vez he sentido el deseo de haber sido padre de los niños haraganes de todo el mundo.

¿Para qué?

Para aplicarles un método pedagógico de mi invención y comprobar

si daba los resultados que yo preveo.

La inmensa mayoría de los niños holgazanes que hay en el mundo les deben esa preciosa cualidad a sus papás. No a sus mamás, que no sirven para papás.

Se lo deben a sus papás, calzonazos, que sólo saben tener hijos y mantenerlos, pero no educarlos. Flemáticos, que no tienen nervios, que no tienen genio; sólo saben besar, sonreír, encogerse de hombros cuando sus hijos sacan calabazas.

El método es otro. O el hijo cumple con el deber, o debe aprender por experiencia que lo pasará muy mal, comerá mal, vestirá mal, dormirá mal. No tendrá cinco céntimos, ni se divertirá. Es un método sencillo. Y nuevo.

Es el método que usa la naturaleza.

¿No saben trabajar, cumplir con el deber? Pues son unos miserables

Es método nuevo el mío.

¿Quién hace lo que yo quiero?

Algún papá raro que le pega cuatro pescozones a un niño que le saca calabazas.

Y al día siguiente, ¿qué?

Lo besa, lo consuela, lo desagravia, lo divierte. Y así termina el método.

¡Pésimo, pésimo!

El método mío no consiste en pegar. Nada de eso.

Mucho cariño; pero comer, mal; sin nada de delicadezas; mucha patata, mucho arroz, muchas habichuelas, como los obreros. Y algún día que pase hambre. Y luego acarrear espuertas de lo que sea, para lo que sea, de modo que se sienta la dureza de la vida. Porque la vida es dura, muy dura. Dios la ha hecho así. Comerás el pan con el sudor de tu frente.

Y la manera de que eso se aprenda es enseñar a cumplir con el deber desde pequeños.

Con amor claro, pero de verdad. Y la verdad es que la vida es durísima. Hay que prepararlos para eso.

No con besos solos y con caricias solas, sino enseñándoles a cumplir el deber a ricos y a pobres; más a los primeros que a los segundos. A los pobres pronto la misma vida les enseña que es dura y amarga, y hay que trabajar mucho para sacar poco. Y gracias si tienen trabajo, que es lo más

duro querer trabajar y no poder o no saber.

Quiénes van al cielo con preferencia.

Como he vivido mucho, he visto de todo: bueno y malo. No se necesita tener un gran talento para saber, a ojo de buen cubero, el destino que Dios tiene reservado a los hombres.

Desde luego podemos asegurar que en el cielo habrá más mujeres que hombres.

Más niños que hombres y mujeres.

Más niñas que niños.

Más pobres que ricos.

Más enfermos que sanos.

Más obreros labradores que obreros de fábrica.

Más analfabetos que sabios. Más trabajadores que divertidos. Más mujeres casadas que maridos. Más viudas que viudos. Más feas que bellas.

Más toreros que boxeadores. Más viejas que jóvenes.

¿De dónde sacamos esta estadística?

De lo que vemos.

Y ¿quién estará más hondo en el infierno?

La mala mujer más que el mal hombre.

El mal sacerdote más que el mal seglar.

El mal religioso más que el sacerdote secular.

Niños en dulce.

Hace tiempo que he acariciado la idea de tener una charla con los niños más pequeñitos del colegio de Areneros para decirles poco más o menos lo siguiente. Es una fantasía para demostrar lo que Dios nos ama por lo que nosotros amamos a los niños pequeñitos.

Llego a una gran confitería y digo al confitero:

—¿Podría usted hacerme un pastel de un metro y medio de largo y medio metro de fondo?

El confitero se queda espantado, porque nunca ha oído cosa semejan-

te, y me contesta:

—Pero, ¿qué va usted a hacer con ese pastel? ¿Será para un regimiento de soldados?

—No, señor. Es para comérmelo yo solo.

—Pero, ¿qué dice usted? Va usted a reventar.

—No señor. Me lo voy a comer yo solo; pero es que primero tengo que poner algo en el fondo del pastel, ¿qué dirá usted?

—No tengo idea.

—Pues tengo que meter un niño.

—¿Un muñeco de mazapán?

—No, señor; un niño vivo, de seis o siete años.

—Pero, ¿qué va usted a hacer con ese niño?

—Comérmelo.

—¡Qué barbaridad! ¿Comérselo vivo?

—Sí, señor; vivo, pero en dulce.

—¿Cómo en dulce?

—¿No hacen ustedes peras en dulce y guindas en dulce y otras muchas frutas y cosas en dulce? Pues yo quiero comerme un niño en dulce.

—Pero eso es un crimen. ¿Vivo y en dulce?

—Sí, señor.

—Pues si se lo come usted, lo mata.

—¡Ca! Verá usted: le pongo unas inyecciones para convertirlo en dulce, y luego, a bocados, me lo como.

—¿Y no va a llorar, ni chillar, ni patalear?

—¡Qué disparate! Yo comenzaré por los muslitos, como hace uno con las perdices, o las codornices, o los pollos.

—Pondrá el grito en el cielo.

—Se equivoca usted. Porque así como a nosotros nos sabe muy bien el muslito y no se queja la perdiz, o el pollo, lo mismo le pasará al niño en confite. No sólo no se quejará, sino que dirá para sí, «¡Qué gusto me da que me coman!»

—¡Pero eso es un absurdo!

—¡Qué desatino! Con mis inyecciones, así como me sabrá el niño en dulce a cosa riquísima, a él le parecerá lo mismo, que cada bocado que le

den dirá: «¡Qué cosa más rica! Yo nunca habla sentido tanto gusto con ningún plato como ahora que me comen.»

—Pero, ¿va usted a comérselo con huesos y todo?

—Naturalmente.

—Pues no lo entiendo.

— Porque no entiende usted de estas cosas. Verá usted. ¿Usted no ha visto a las madres darles mordiscos a sus hijitos pequeños?

—Sí; pero no se los comen.

Porque no pueden. Porque así como los han llevado en su seno tanto tiempo, así se los comerían si pudieran. Todo es por el amor que les tienen. ¿Y usted no sabe cuál es la mayor prueba de amor que Dios nos da?

—No, señor.

—Hacer que le comamos a Él. Y que le comamos todos los días si queremos. Y le comemos vivo. Y le da tanto gusto, que se considera dichoso con que le comamos. Pues a mí me pasa lo mismo con los angelitos de cinco, seis o siete años. Yo tengo tanta hambre de niños, que me los comería, todos los del mundo. ¿Por qué? Por su inocencia, por su pureza, que se les ve en los ojos; por su candor, que se nota en sus palabras; por su ternura, por su belleza.

—¿Y no se comería usted a ningún joven?

—A los que se asemejan a los niños en todo, que sí los hay.

—¿Y a los viejos?

—De ninguna manera. Porque tienen los huesos muy duros y no se pueden comer. Sólo a mi madre me la hubiera comido, vieja y todo. Porque las madres son, después de Dios, lo más amable, lo más dulce, lo más sabroso, lo más parecido a Dios después de Dios. Sí, señor; me la hubiera comido como me como al Niño Jesús todo entero, de una vez.

—Pero es por milagro.

—Es un milagro de amor: lo mismo me ocurre a mí con los niños pequeñitos.

—Y ¿cuánto tiempo tardaría usted en digerirlo con pastel y todo?

—Unos minutos.

—¡Así podría usted comerse muchos niños en un día!

—¡Claro! Mire usted: yo, como ya soy viejo, como poquísimo; pero niños de los que yo quiero, me comería en un solo día lo menos quinientos.

—¿Y no se hartaría?

—No, señor, no me hartaría. No lo entiende usted, porque sólo es confitero de peras en dulce. Los niños en dulce no se comen con los dientes, sino con una cosa que se llama amor o caridad divina. Y ésa no harta nunca. Y por eso, así como quisiera comerme todos los del mundo, así quisiera tener potestad de llevármelos todos al cielo de una vez.

¡Angelitos!

Cuando pienso que se han de hacer hombree y muchos perder su Inocencia, su ternura, su candor y quién sabe sí su alma..., me da una lástima y una gran pena; tan grande, que me dan ganas de llorar.

Cristo lloraría por ellos más de una vez en la cuna y en la cruz.

¡Qué cosa tan bella, tan pura, tan amada de Dios, destinada a gozarle eternamente, con los ángeles y todos los santos, y que haya de perderse!... ¡Qué tristeza!

¡Qué pena tan grande!

Yo tengo una sobrinita de cinco años filósofa.

No quisiera tener una sobrina, ya mujer, filósofa.

La filosofía es para los hombres no jóvenes, sino viejos.

Ni para todos los viejos.

Yo tengo ochenta y ocho años y no tengo ni pizca de filósofo.

Ni ganas.

¡Hundirme en las profundidades de las causas, de las cosas! ¡Qué horrible! ¡Qué dolores de cabeza! Y ¡qué fantasías y engaños!

Me pasa lo mismo que con las películas del cine. A mí no me gustan las películas en que se matan los hombres y hay cañonazos y bombas atómicas.

La vida es demasiado triste para que cuando vamos a descansar un rato y tener unos minutos de alegría presenciemos cosas tristes y horrendas.

A mí me agradan las películas de risa, en que haya gracia, buen humor, payasadas de esas con que gozan los niños.

Hasta en esto se ve el poco sentido común de los hombres. ¡Hacemos

padecer cuando vamos a gozar!

Volvamos a mi sobrinita de cinco años. Mejor, a mi bisnieta-sobrinilla.

¿Por qué es filósofa?

Porque a sus hermanitas les dice, no que su muñeca es la más guapa, sino que *el tiempo no existe*.

Lo dice de esta manera: «*Ahora*, no existe, porque cuando decimos *ahora* ya ha pasado.

¿Mis lectores entienden cómo una niña de cinco años puede discurrir así?

Yo, no.

¿Es que es un portento?

No sé lo que es; lo que sí puedo decir es que cuando su tío-bisabuelo tenía cinco años, nunca soñó en semejantes filosofías.

Ni ahora, que tiene ochenta y ocho.

Del ahora, lo que sí sé es que me duelen las muelas o que no me duelen, que siento frío o calor. Y que no me pasan como el *ahora* de mi sobrinilla, que cuando no dice ya ha pasado. Sino que el *ahora* de mi dolor de muelas o de mi calor o frío me parecen todo lo contrario que no van a pasar nunca.

Claro es que la niña no estudia nada que dé pie a reflexiones tan metafísicas, pero yo aconsejaré a su madre que no la deje enfrascarse en semejantes filosofías.

Porque pudiera darse el caso de que con esa aptitud que parece tener para la abstracción, a lo mejor un día nos dice que eso del *ente* debe ser camelo, porque ella nunca lo ha visto, ni conoce a nadie que lo haya visto, ni puede comprender cómo hay tantos hombres, de los que se llaman filósofos, que invierten la mar de horas en una cosa que ni sirve para merendar, ni para jugar, ni siquiera para reírse a su costa un rato, sino sólo para dar quebraderos de cabeza a unos señores que se llaman filósofos, que son personas siempre serias y de ordinario poco sociables y que andan solitarios, dando suspiros profundos, como si estuvieran muy tristes porque no alcanzan a ver el ente.

COSAS DE MONJITAS

Muchos jóvenes, ellos y ellas, tienen vocación religiosa, y no la siguen porque no piensan en ella.

Muchos jóvenes, ellos y ellas, tienen vocación religiosa; pero no la ven, ni mucho menos, la sienten.

¿Por qué?

Porque no la piensan.

Como son muchos los que viven en pecado mortal porque no lo piensan.

Creen que la vida consiste en nacer, crecer, buscarse la vida, casarse, tener hijos, hacerse viejos y morir. Y que no hay más.

Con no sentirse inclinados a ser religiosos les basta. Les parece que ése es indicio bastante para juzgar ene no tienen vocación religiosa. Y si se sienten inclinados, además, al trato con chicos o chicas, les sobra para no pensar sino en el matrimonio.

Se equivocan.

Es decir, entre ellos y ellas habrá quien tenga vocación al matrimonio; pero por la única razón de que les agrada el trato de las chicas o los chicos, por eso sólo, no

De los matrimonios que en un año se celebran en Madrid, verbigracia, ¿cuántos resultarán felices?

Pocos.

Porque se casaron por instinto.

Eso es natural en las bestias.

Pero en los seres humanos se necesita la razón y, además, si son cristianos, la fe.

Es decir, las cualidades necesarias, que no las tienen muchos y muchas.

Porque no saben sostener un hogar; no se entienden entre sí, no saben educar.

Son como los caballos o los toros.

Y así, viven infelices; se separan, se van con otros o con otras y se pasan la vida rabiando y pataleando.

¡Cuánto más felices hubieran sido si se hubieran hecho religiosos o monjas!

¡Pero no lo quisieron pensar!...

Nuestra hermana monja.

El Padre Segundo Llorente escribió en marzo de 1951 un articulo titulado «Nuestra hermana monja».

Hace muchos años que pienso lo mismo que él.

Yo he oído muchos disparates aceres de nuestra hermana monja,.

Pero no me extrañan nada.

Porque he oído muchos desatinos de las monjas, de los frailes, de los curas, de los Obispos y del Papa.

Y de todo lo habido y por haber.

Sencillamente, porque el hombre es un animal racional capaz de decir todos los disparates que son posibles y algunos más.

Y con esto voy a copiar el artículo «Nuestra hermana monja, que me agrada mucho, mucho.

«Sobre monjas se ha escrito mucho y se escribirá más.

Corre por la cristiandad la idea necia y malsana de que las monjas son una colección de almas pías, escrupulosas, beatas, escandalizables, un ignorantes, crédulas y muy retadoras.

Algunas sí son algo de eso, por la sencilla razón de que tiene que haber de todo; pero la realidad es muy distinta.

Las monjas a mí se me antojan la flor y nata de la santa Iglesia. Cada comunidad de monjas es un jardín de lirios plantado por Jesucristo, que vive allí, en medio de ellos, para recrearse con su perfume y su hermosura.

En medio de un mundo corrompido por la lujuria, los conventos de monjas son oasis donde tiene su descanso el Corazón de Jesús, fuente de toda pureza y santidad.

¿Cuántas almas vírgenes hay fuera de los conventos? Pues en los conventos de monjas la virginidad es cosa corriente. Este hecho solo bastaría para poner en el pedestal a nuestra hermana monja.

Luego vienen los hospitales, los asilos, la enseñanza y la labor misionera entre infieles. En toda esto las monjas van a la cabeza tan visiblemente, que casi van solas.

Ahora bien: la monja no estudia Teología, como los sacerdotes; pero, en cambio, tiene que guardar los tres votos canónicos, ya en el retiro del claustro, ya a la cabecera de los enfermos, ya en una escuela, ya, por fin, al otro lado del océano entre gentes y costumbres extrañas.

Si hay un alma en la cristiandad que tiene derecho a ser alimentada con las ambrosias más ricas de la Teología mística, es el alma de la pobre monja, pues a ella se le exige la caridad en el grado más subido, mientras que con frecuencia se la deja sola con su rosario y su Kempis, como si con sólo ponerse el hábito ya se le infundiera toda la ciencia espiritual.

Véase la lista de beatificaciones y canonizaciones en nuestros mismos días, y se verá cómo son las monjas las que se llevan la palma.

Jesucristo mismo parece encontrar el terreno mejor abonado entre monjas que entre monjes, a juzgar por los instrumentos de que se vale para revelar sus secretos al mundo. Y nadie acusará al Señor de ser aceptador de personas.

Los hombres sabemos tanto, que asustamos a Dios con nuestra ciencia. Son ellas las que se atraen las miradas de Dios cuando quiere decirnos algo de importancia. Como son tan necias e ignorantes, Dios mismo se pone a enseñarlas.

Es una pena que la sola palabra «monja» arranque a veces sonrisas irónicas de gente que debiera tener ideas claras en esta materia.

La doctrina misma de la infancia espiritual que Dios dio a la Iglesia por medio de Santa Teresita de Lisieux ha hallado obstáculos sin cuento, porque se trata de una santita Teresita que murió muy jovencita, como si estuviera en manos de uno el morirse a los veinte o los noventa años, y como si hubiera también en las almas la diferencia que hay en los cuerpos.

Esto nos viene de muy atrás. Cuando Jesucristo se apareció a los dos discípulos de Emaús, que iban huyendo de la quema, en el curso de la con-

versación salieran con la monserga de que unas mujeres habían hallado el sepulcro vacío y que hasta habían tenido visiones de ángeles. Cosas de mujeres, claro está.

Un amigo mío, que comulga conmigo en esta materia, se preguntaba una vez cómo se las arreglaría el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia sin monjas que le ayudasen. La pregunta tiene más miga de lo que pudiera parecer.

Pues bien: yo di ocho días de Ejercicios a las mercedarias en español. Se pasaron volando. En ellos les dije todo lo que tenía que decir, y con eso quedé muy satisfecho.

De *El Siglo de las Misiones*.

P. Secundo LLORENTE,

Mejor religiosas que de Acción Católica.

Claro.

No sólo religiosa de vida mixta, contemplación y apostolado, sino religiosa de vida pura contemplativa.

Es mejor, porque la religiosa se une a Dios con votos. Y ¿qué es mejor, tener los votos o no tenerlos?

Es mejor tenerlos. La religiosa consagra a Dios todos los momentos de su vida.

¿Y qué es mejor, consagrar al apostolado algunos ratos o toda la vida?

Es mejor ser religiosa, porque las religiosas se privan de innumerables placeres de la vida, y la soltera consagrada a la Acción Católica, no.

Es mejor, porque la religiosa se obliga a una vida más pura por huir de los peligros del mundo.

¿Y qué es mejor, huir de los peligros del mundo por amor de Dios y del prójimo, o estar en medio de los peligros del mundo, de los cuales es dificilísimo librarse completamente?

Es mejor, porque la religiosa ora a Dios continuamente por los pecadores y hace penitencia por ellos.

¿Y qué es mejor, orar y hacer penitencia, incluso por Regla, a orar y mortificarse sin obligación cuando se quiera?

El hecho es que la desproporción entre las santas seglares y las santas religiosas es enorme.

Para las monjas de clausura, instrumentos de trabajo.

Dios ha sido tan benigno conmigo, que a veces me ha dado la gran satisfacción de hacer bien, sin el sacrificio que suele acompañarle.

Las religiosas de clausura papal suelen estar desamparadas.

Pues Dios ha querido darme la felicidad de ayudarlas en su pobreza sin que yo haya tenido que hacer casi nada. Como soy religioso no puedo poseer nada propio. Además, no he tenido que pedir nada a nadie. Entonces, ¿cómo ha hecho usted el milagro? Recibiendo donativos sin pedirlos y destinándolos frecuentemente a religiosas pobres, con aprobación del donante, pero sin su mandato.

Y ¿qué les ha proporcionado?

Lo que quiere el Papa: Instrumentos de trabajo, sobre todo, máquinas de hacer punto.

¿Han sido muchos los conventos a los que ha hecho usted este tan precioso regalo?

Casi una docena.

Hoy hay máquinas para todo: para forrar botones, para hacer tocinos de cielo, para hacer fideos. etc.

Sé de una persona de buen corazón que ha pedido licencia a su prelado para entrar en la clausura de los conventos y proporcionar a las monjitas modos de ayudarse a vivir con su trabajo, con hornitos para hacer bollos, con gallineros para vender pollitos y tener huevos con que alimentarse, o vender los sobrantes; con colmenas, etc.

El ideal sería que cada convento de clausura tuviera un tallercito con varias máquinas de hacer punto, o telares, o incubadoras, etc.

¡Pobrecitas religiosas! A veces, y no pocas veces, viven desamparadas, no por falta de corazón y caridad de éste o del otro, sino de caer en la cuenta de que materialmente es un pecado mortal que se comete. ¿Quién lo comete? Ni tú, ni yo, ni el de más allá, sino todos.

Los conventos de clausura en España son más de seiscientos.

La Casa de Nazareth, obra fundada por un alma generosa y llevada

actualmente por una señorita empleada en el Banco de España y que dedica las tardes y las noches a su obra, recoge unas doscientas mil pesetas al año. Pero eso no es nada para lo que se necesita. De ordinario, reparte esa cantidad en pequeños donativos. Alguna vez proporciona algún instrumento de trabajo.

La solución no es ésa, sino dotar a todos los conventos de medios de trabajo.

Y no debería ser una obra ni difícil ni costosa. Esperemos que Dios suscite en alguna alma generosa que quiera hacer esa espléndida obra de caridad.

Algunos creen que la vida religiosa es sólo divina; algunos, que sólo humana.

Los unos y los otros se equivocan: es divina y humana. Para que el lector pueda apreciarlo de alguna manera, publicamos la carta siguiente, llena de gracia, espíritu y felicidad, escrita por una reverenda monja:

«Reverendo Padre y queridísimo hermano mío: Churumbelo número tres de la muy ilustre familia de los Paco y Compañía. Chico, a tu carta guiñolesca hubiera contestado a vuelta de correo, pero el ser una reverenda monja me lo ha impedido; no por falta de permiso, pues se me ha puesto ya mohoso desde que lo tengo, sino por falta de tiempo, que desde que soy hortelana casi no tengo un minuto libre. Esto te digo para que no creas que tu hermana, la grande, se ha olvidado de ti; todo menos eso.

Leí tu carta en un recreo y a todas las Hermanas les gustó muchísimo. Por algún rinconcito oí decir: «Es igual que ella.» Yo me sentí orgullosa de parecerme a ti, pues eres un salado y un hombre grande y rimbombante. Desde luego que nos parecemos bastante; lo único que siento es no ser chico para parecerme más, y hacer una gira apostólica contigo cargando tierra y poniendo ladrillos.

No te importe que te duelan los riñones, que eso es muy sano y no tiene ninguna consecuencia. A mí, en el huerto, alguna vez también me duelen y estoy la mar de feliz, porque después le digo al Señor: «Aquí te traigo un burro cansado de ganar almas.» Y, no sé si seré muy optimista, pero tengo la plena seguridad que he quitado más almas al diablo que pelos tengo en la cabeza, y tú has hecho otro tanto, y tu hermano el otro, idem, y nuestro padre y nuestra madre con todos los churumbeles que el

cielo les concedió, no digamos, ¡Qué gusto da ver una gente tan rebuena!, ¿verdad? ¿Qué tal M.? Su padre me dijo que desde enero no se confiesa, porque dice que se va a condenar. A ver si tú, que la ves más a menudo, la convences que para condenarse hace falta estar en pecado mortal y que a ella le chorrea el agua del bautismo...

En fin, aquello de Santa Teresa, que se cayó con el burro y todos sus bártulos, y se le apareció el Señor, y ella le dice: «Mira cómo estoy; a ver qué haces conmigo»; y el Señor le contestó: «Teresa: así trato Yo a mis amigos», y ella dicen que dijo: «Claro, por eso tienes tan pocos.» Pues eso digo yo ahora: que Dios a sus amigos les trata a palos, y que si nosotros somos amigos, y lo somos, hay que ponerse como las esteras cuando las limpian el polvo las porteras de nuestro pueblo. Y así se va haciendo uno duro y fuerte, como un roble. ¿Verdad que le salen a uno callos en el espíritu? Yo te voy a poner la historia de mi espíritu y cómo tengo hecha la composición de lugar de mi alma y sus interioridades. Le tengo igual que la mano. Lleno de callos y más duro que la cabeza de un aragonés. Al principio, de postulante, todo le fastidiaba; era más dengue que un niño hijo único de una familia bien. Ahora es un digno habitante de la hija mayor de tu padre. A veces me pasmo lo roble que está. Se ve que los aires le han curtido el pellejo, y ya está en su lugar siempre, sin que nadie ni nada le haga perder el humor y el optimismo. Está más majo que tú el día de cristianar, cuando dejaste de ser moro; ¿te acuerdas lo guapo que ibas? Yo, algo sí, para eso soy tu hermana la más grande. Y la perra que cogiste cuando el cura te echó la sal; parece mentira que aquel crío haya llegado a ser más ilustre que Rodríguez y compañía.

Ahora voy a contarte mi vida en la huerta. ¡Si vieras lo bien que manejo la azada!..., te quedarías pasmado. He plantado cantidad de remolachas que están ahora más guapas que doña L., la mujer de R.; no quiero llamar a la madre de A. remolacha, Dios me libre; pero es que como es una señora muy enseñorada, quiero hacerte composiciones de lugar claras y patentes, para que no se borren de tu ilustre sesera. También he plantado berzas; me acordé de ti al plantarlas, porque la abuela, de pequeño, te llamaba «Berzotas», de eso que eras (en el eso pon lo que más te guste). Bueno, hermoso, a ver si me cuentas algo del espíritu tuyo; el mío ya le ves lo gozoso que está: todo el día a los aires y al sol.

Adiós, hasta que Dios quiera que te dé un abrazo de cuerpo presente; recíbele por correo hoy, domingo 20 de junio, a las seis de la tarde, de tu hermana la más grande.—Lita»

DE ALGUNOS IDEALES MÍOS

Mi colegio ideal.

Es el de suficiente número de alumnos en cada clase, para poder ser bien enseñados por el profesor, pedagogo, aunque no sea lumbrera.

De alumnos selectos, es decir, aptos para los estudios; no que lleven el trabajo como una carga insoportable, es decir, niños que tienen vocación de estudiantes.

De chicos de familias que coadyuvan a la educación del colegio; no que deshacen en casa lo que se edifica en el colegio.

De clase media, por punto general, aunque se les mezcle alguno que otro de clase superior e inferior. De superior, si da muestras de equipararse a los demás, y de inferior, si guarda la corrección y urbanidad y porte que se supone en la mayoría. Trajeados como los de clase media.

Colegio en que no se da la misma importancia a la religión que a los patines. Igual importancia al deporte que a la Ética.

Que tenga pocas materias fundamentales, muy repetidas y practicadas, no de memoria.

Es decir, de alumnos que salen sabiendo hacer lo que han estudiado; que escriban con ortografía, corrección, estilo; problemas de matemáticas y física elementales, que analicen una flor, distingan un mineral corriente.

Y, sobre todo, que no se contente con hablar a los niños de la pureza de la Virgen y del pecado, sino de los criterios de la vida cristiana, de la libertad de enseñanza, del reparto más justo de la propiedad, de las Encíclicas.

Amantes de la Virgen, sí, pero de los pobres, de los obreros y necesitados también.

Un colegio de devociones, sí; pero de criterios, también. No un colegio en que los padres sólo son honrados padres de familia, que no se preo-

cupan de nada, sino de que sus hijos estén sanos y gordos.

Mi colegio ideal educa sobre la base del bienestar, trabajando con perfección en las clases, bien llevadas, en los deportes, en el culto, en la disciplina, en las relaciones entre educadores y educandos, en la preparación para el éxito de los exámenes, incluso en la aplicación de las sanciones, pocas, humanas, nunca generales, provechosas.

Mi colegio no es un convento, ni los alumnos novicios, ni soldados, sino hijos con padres educadores, no sargentos ni policías.

Mi colegio ideal es el que da vocaciones religiosas. Si no las da va mal llevado, por mal ambiente, por falta de bienestar debido, por falta de cultivo del espíritu.

Es al que va el niño con placer, como a su casa, porque tiene en él padre, amigos, juegos variados. Y patios amplios, que no tiene en su casa.

Es en el que cuando come habla con sus compañeros. No en el que se lee una cosa que no le importa.

Mi colegio ideal es en el que hay un Padre espiritual que llama a su cuarto de cuando en cuando para preguntar a los alumnos si están contentos, si juegan, si tienen hermanitos, si tienen apetito. Lo demás del espíritu viene después.

En mi colegio se canta mucho en la iglesia, mucho y variado y selecto y que está a tono con la voz media de los niños.

Se canta y se reza en común.

Tiene su himno, pero no clásico, no que no se pega, ni entusiasma, ni enardece. El himno de mi colegio es selecto, pero vibrante, con el que gozan los niños cantándolo con toda su garganta y su pecho, que lo recuerdan y tararean fuera del colegio.

Tiene un coro selecto, con su director de vocación para enseñar a niños. Saben muchos cantos populares, y no muchas obras clásicas y complicadas.

Tiene una orquesta de bandurrias, laúdes y guitarras, con dos guitarrones que hacen de bajos. Toca aires regionales, que agradan a todo el mundo, altos y bajos, músicos y no músicos, que gustarán siempre, porque forma parte de nuestro ser; son la música del alma española y los instrumentos del alma española. Y toca en los actos públicos, con preferencia a las grandes orquestas, porque los músicos son colegiales y los oyentes son sus madres y sus hermanos. Orquesta que hace un gran bien al alma de

los alumnos, que los educa, que los distrae, que los preserva de muchos peligros, que los hace gozar sanamente.

Y porque tiene todo esto mi colegio, yo le amo, lo quiero, lo amaré siempre, lo recordaré siempre con gozo, porque me educó y me hizo gozar de mis amigos, de mis educadores, de sus enseñanzas, de sus cantos, de sus deportes, de sus rezos.

Hay dos leyes sustanciales para que un colegio católico se considere bien llevado.

La primera ley es hacer una selección exquisita de los alumnos.

Se considerará exquisita si no se admite en él a los que no tienen capacidad para estudiar sin esfuerzos excesivos.

La segunda ley es que a los niños que no sientan bienestar en la vida del colegio se les elimine discretamente

Con estas dos leyes bien practicadas, si la vida espiritual de los alumnos es la debida, forzosamente habrá quienes aspiren a la vida religiosa. Si no los hay, es que falta algo fundamental.

Algo fundamental, no que falte, sino que sobre, pueden ser las murmuraciones, quejas, protestas y recomendaciones de altos personajes para que no se elimine del colegio al alumno tal, sobrino de su tío; y al alumno cual, primo de su primo, aunque el sobrino y el primo sean tales que saquen calabazas en todas las asignaturas de todo el curso.

Ustedes dirán: Eso es muy posible y verosímil, ¿pero se mantendrá firme la autoridad del rector que observa leyes tan claras, fundamentales y necesarias?

¿Ustedes creen eso?

Pues es porque no tienen, como yo, ochenta y ocho años, y por tenerlos he conocido a un rector, no de la Compañía, que por haber observado leyes tan santas, de sentido común y necesarias, fue tan expulsado de su rectorado como los alumnos que sacaban tantas calabazas.

Mi plan de enseñanza media, ideal.

Hablaré, como es natural, de lo que he visto y experimentado.

La formación que se recibía en los colegios de la Compañía de la Provincia de Aragón cuando yo era colegial. Como eso no he visto nada. Ni espero verlo.

El plan oficial era entonces de cinco años, con poquísimas asignaturas; el de Orihuela, donde yo estudiaba de seis años, un año más de Física; pero tres de Filosofía, que dábamos en latín, hablando en latín con el texto de Liberatore, con actos públicos, privados y solemnes en latín, con invitados a argüir y poner dificultades, sacerdotes, canónigos y religiosos.

Los pedagogos de hoy dirían: ¡Qué monstruosidad! ¡Filosofía y en latín!

Prácticamente, teníamos seis años en latín, primer año; segundo, retórica, y tres años de Filosofía. Y elementos de griego.

Pero lo esencial era la Filosofía, que se estudiaba tres años, creo con clase diaria.

Y es la que da las ideas fundamentales de la vida, sobre Dios, el alma, la ley natural, la moralidad, etc.

Es tristísimo que a un doctor en Ciencias exactas o en química le diga un materialista:

—Pruébeme usted que tiene alma.

Y tenga que contestar:

—Mire usted, a mí lo que me han enseñado es a jugar al *jockey* sobre patines.

¡Qué pena! ¡En vez de Filosofía, deporte!

Lector benévolo, ¿entiendes eso?

Yo, ni palabra.

¿Y tú? ¡Ni palabra!

Debemos ser unos pobres desgraciados, ¡Incapaces de ver las grandes ideas!

Miserere mei Deus, secundum magnan misericordiam tuam.

¿Dónde educaría yo mejor, en un internado construido en el campo o en un mediopensionado edificado en una gran ciudad?

Me inclino al mediopensionado y a la gran ciudad. Al joven se le ha de educar para la sociedad y, por consiguiente, en un ambiente de sociedad, y no apartándole de ella.

Se le ha de educar la libertad, y, por tanto, en un ambiente de libertad razonable, según su edad, y eso se logra mejor en un mediopensionado dentro de una gran ciudad.

Se le ha de educar venciendo dificultades progresivas, como se han de experimentar forzosamente en un medio-pensionado dentro de una gran ciudad.

He tenido ocasión de examinar para la vida religiosa a muchos jóvenes, no sólo de urbes grandes, sino a veces de barrios extremos, de ambiente maléfico.

¿Cómo se explica el hecho de haber hallado no pocos con la inocencia bautismal en medio de un ambiente malo, Por ser sus madres muy cristianas, y muchos educados en mediopensionados en una gran ciudad.

Y he conocido jóvenes, no que han pasado sus vacaciones de verano en sus casas, sino encerrados entre las cuatro paredes de un colegio, y los he conocido cuando han podido usar de su libertad encenagándose en el vicio.

Luego el sistema de querer apartar al educando de todo contacto social y de todo peligro moral es absurdo. Las condiciones en que se ha de verificar la educación son:

1.ª Una selección exquisita, no sólo de niños, sino de familias profundamente cristianas, no selección de adineradas y de alta alcurnia.

2.ª Trato libre con su Padre espiritual, a elección suya, entre varios aptos.

3.ª Cultivo del espíritu intenso, no de rezos y devociones, que serían las ordinarias, poco más o menos, entre jóvenes católicos, sino de charlas públicas y privadas.

4.ª El ideal no es formar jóvenes devotos, sino jóvenes que se den cuenta de que viven en estado de guerra. Y para eso, con frecuencia les leería la Prensa diaria, con las luchas en que está empeñada la Iglesia, comunismo, socialismo, persecuciones políticas, prensa, radio, cine, teatro, costumbres públicas.

Y las batallas y triunfos y derrotas de los católicos en estas luchas.

Hay que dar a los jóvenes la sensación de que no son sólo seres religiosos, sino soldados empeñados en una lucha más grave que la de la bomba atómica.

5.ª Como no sólo se ha de educar en el terreno doctrinal, sino en el de

la virtud, educaría a los jóvenes haciéndoles ver espectáculos de miserias horrendas, de las que hay abundancia en todas partes.

Y les haría socorrerlas de su propio bolsillo, no del de sus padrea.

Mi educador ideal.

Si yo hubiera de escoger mi profesión, me agradaría:

No la de abogado.

Ni la de médico.

Ni la de ingeniero.

Ni la de literato.

Ni la de militar.

Ni la de diplomático.

Ni la de químico.

Ni la de matemático.

¿Cuál?

La de educador, pero educador libre.

Que no hubiera de enseñar como el Estado quisiera, ni siquiera como la familia o los padres quisieran, sino como me pareciera a mí, guardando, como es de razón, las leyes de la Iglesia y del Estado no contrarias a la Iglesia.

Mas en lo que toca a métodos de enseñanza, exigiría plena libertad, absoluta libertad.

No hay profesión más noble, más útil a la sociedad.

Ni más difícil.

Ni más agradable, para los que la naturaleza ha destinado para eso.

Que no son los padres, que muchas veces no tienen prendas para eso.

Ni los catedráticos, que muchas veces tampoco las tienen.

Entonces, ¿quién?

Aquellos a quienes Dios llama para eso.

Yo quisiera ser uno de ellos.

Yo quisiera tener gran amor a los jóvenes, para educarlos para Dios y para la patria.

Quisiera tener sentido humano para conocerlos, tratarlos, enseñarlos, premiarlos, castigarlos.

Quisiera que me amaran ellos, porque sin eso nadie puede educar.

Quisiera saber tenerlos contentísimos, haciéndolos cumplir con su deber y guardar el orden que es necesario en todo centro de educación.

Quisiera concederles gradualmente la libertad para que supieran hacer buen uso de ella.

Sin libertad no hay educación.

Quisiera hacerles fuertes en el cuerpo y en el alma, castos, audaces, optimistas, sufridos. No sólo castos y amantes de la Virgen, sino cristianos valientes que no se avergonzaren de confesar y defender su fe. No quisiera apartarles de todo peligro moral, por pequeño que fuera. Eso lo hacen los que no saben educar.

No quisiera preservarles de todo frío, para que no se acatarraran. Eso lo hacen las mamás mimosas.

No quisiera que se les hiciera todo; hasta peinarlos y quitarles los zapatos. Eso se hace con los nenes. No quisiera que vivieran solos, con una institutriz o un profesor, sino que tuvieran compañeros con los cuales jugaran y gozaran y sufrieran y les diesen coscorrones. ¡Se han de llevar tantos en la vida! Quisiera acostumbrarlos a ver penas y miserias grandes; ¡como hay tantas!...

Mi director ideal.

LUIS.—¿Tienes director?

FERNANDO.—¿Qué es eso?

L.—Un confesor habitual que te conozca, te oriente, te aconseje, te amoneste.

F.—Yo, no.

L.—Haces mal.

F.—Voy a confesar, suelto mis pecados..., y ya está. ¿Qué se necesita más?

L.—Un confesor que te dirija.

F.—Cualquiera me puede dirigir.

L.—Falso. Hay muchos confesores y pocos directores.

F.—Todos los confesores son directores. Por el mero hecho de ser confesores.

L.—Pueden serlo; pero de hecho no lo son. De mil confesores hay uno director.

F.—¿Cómo es eso?

L.—Porque tienen muchos confesados, porque no todos entienden de las cosas del espíritu, porque es cosa molesta dirigir.

F.—¿No entienden?

L.—Entienden de dar la absolución, pero no de dirigir.

F.—¿Tan difícil es?

L.—Difícil, porque es cosa trabajosa, cosa no fácil, que exige paciencia, caridad, dulzura, energía, ciencia, experiencia.

F.—¿Qué cualidades exigirías tú?

L.—Hombre entrado en años, docto, práctica de confesonario, libertad en la elección de director...

F.—¿Qué es eso de libertad en la elección de director? L.

L.—Que a nadie se puede obligar, si no quiere, a ir a un director y contarle los secretos de su alma.

F.—¿Ni al Papa?

L.—¡Claro! Porque si no quiere, lo que hará será contarle cuentos al director.

F.—¿Y si sólo hay uno que entiende?

L.—No puede haber uno sólo, sino varios que entiendan. Si sólo hay uno que entienda, el que no se entienda con él se quedará sin dirección. O por falta de simpatía, o porque se le obliga o por otras mil razones. Aun en los institutos religiosos, no todos tienen prendas para dirigir. Entre los sacerdotes seculares habrá menos, como es natural, aunque sepan confesar y sean muy doctos.

F.—Entonces es un tesoro hallar un buen director... L.

—Sí, señor, es un tesoro. Porque reunir el espíritu, la ciencia, la prudencia, la energía... no es fácil.

F.—Lo malo es que si voy a un director de mal genio me exaspero.

L.—No debes ir a un director cascarrabias. Que los hay mansos, benignos, prudentes.

F.—Pues dame uno que lo sea, y en seguida me voy con él.

No es el corriente.

No me gustan los oradores profundos, que dicen cosas admirables que no entiende el pueblo. El pueblo, las gentes sencillas y las cultas.

No me agradan los predicadores que sólo ponderan los milagros de los santos. Y más si son milagros antes de nacer o cuando están tomando el pecho.

No me encandilan los oradores fogosos, de períodos sonoros y de afluencia arrebatadora e impetuosa, que son como un crescendo de música muy deleitosa e inútil, porque con la sucesión rápida de las imágenes y de las ideas, al final del sermón no pueden decir los fieles sino: «¡Maravilloso!», que es decir: «¡Hemos perdido el tiempo!»

Mi predicación ideal es la que entienda el pueblo sin dificultad, le mueva con suavidad, la atienda con agrado, le mejore en las costumbres, le inculque pocas ideas, se las repita con gracia y amenidad; trate con preferencia de las grandes verdades de la religión, y consiga que el auditorio salga impresionado provechosamente y con la memoria de cuatro cosas que le aumenten el amor y el temor de Dios.

Si se eligieran cien sermones, de los que a veces se oyen, en las grandes solemnidades de los pueblos, con pretensiones de cultos, y si el jugo de esa predicación se exprimiera, como un limón, no daría ni una gota de temor santo de la muerte, de temor de Dios, de sentimiento de la vanidad de la vida, de conocimiento de la gravedad del pecado.

Cada uno tiene su ideal:

El mío es verdades eternas, con la variedad y amenidad con que ha de hacerse toda obra de arte.

Puede hacerse, pero no queremos.

A nadie agrada ver muertos.

Pero tampoco traer a la memoria su recuerdo.

Un gran predicador me dijo que en algunas partes ya no consienten los fieles que se les hable del infierno.

¡Naturalmente!

Quieren ir al cielo en pecado mortal.

Se debe hablar del cielo, de la. Pasión de Cristo, del temor de Dios, de la vanidad de lo terreno, de la brevedad de la vida, de la penitencia, de

los peligros del mundo y de otras muchas materias que infunden el temor de Dios y el amor a la virtud.

Mentira parece que algunos predicadores no hallen materia fecunda para sus sermones y se pongan a hablar del arte del siglo V y de la civilización del siglo VI y de la historia del siglo VII y de la corrupción del siglo VIII.

Creen así agradar al auditorio.

Falso.

¿Qué importa para acercarse a Dios el arte, la civilización, la historia y las costumbres de la India?

Tomando pie de los sucesos del día y gráficamente contados, se puede predicar amena y provechosamente sobre las grandes verdades de la Religión, si se tiene arte para hablar con variedad y amenidad, repitiendo ideas que serán siempre sustanciales en orden a la salvación de las almas.

¡Qué pesada, monótona, inútil y varia resulta a veces la predicación que toma vuelos de águila!

Cristo hablaba por parábolas cosas sencillísimas y repetidas.

Y era Dios.

Mi periódico ideal.

Mi periódico: No es el de derechas, que defiende el orden y pone anuncios escandalosos, pero no la calificación moral de las películas.

Ni el que se llama católico y publica artículos de fondo con capítulos del Antiguo Testamento, y cree que todo es malo menos lo que él piensa.

Ni el que al tener que tratar un asunto, lo primero que mira es a los efectos que pueden sentirse en su caja de caudales.

Mi periódico ideal no cree que defendiendo valientemente la verdad se arruina, sino que defendiendo la verdad puede ser un buen negocio.

No entiende que la prudencia consiste en no reñir con nadie, sino que cree que dando palos se puede tener mucha caridad.

No considera la prudencia el arte de callar, cuando se puede perjudicar económicamente. O se puede disgustar algún amigo.

No se contenta con poner la calificación de la censura, sino que si se trata de una película número 4 la juzga duramente y procura apartar al pú-

blico de asistir a su exhibición.

No dice «bien» a todo lo que hace el Gobierno, aunque sea recto y aunque sea católico, sino que procede con libertad de opinión, como quiere el Papa y el sentido común.

Si hay un partido católico sólo, defiende ese partido, y si no, defiende lo bueno del Gobierno, pero no al Gobierno.

Es político, de alta política, y se equivoca, porque escriben muchos y todos son falibles. Pero me gusta que cuando se equivoquen y yerren lo confiese con sinceridad, aunque el autor haya de sentirlo. Que rectifique para bien de los lectores y prestigio del periódico. No como a veces pasa, que deje sin rectificación el error grave, para que no se moleste el que cometió el error, aunque sufran las consecuencias los lectores.

Mi periódico ideal es el católico, llámeselo o no se lo llame. Católico, porque tiene censura eclesiástica, y conforme a ella se gobierne.

Es de amplia información, pero limpia, verídica, sincera y de las Agencias más serias, no judaicas y masónicas, ni de la Prensa irreligiosa, ni de la católica mal informada.

Jamás mandaré yo el anuncio comercial a uno que no sea mi periódico, para que luego ese periódico, rico con los anuncios que le manden los católicos, perjudique a la Iglesia y a la Patria con sus artículos de fondo. Mis anuncios son para mi periódico aunque no sea el de más tirada, pero si ha de ser católico, de buena información.

Mi periódico ideal defiende todos los derechos de la Iglesia, todos: los que están consignados en los cánones. Y no espera a la Iglesia que diga: «Católicos, defended mis derechos.» Que sería como si esperásemos a que la Iglesia dijera: «Católicos, decid que hay que cumplir con Pascua.» ¡Claro!

La Iglesia necesita que se le prepare el ambiente para exigir de la sociedad y del Estado ciertos derechos. Si nos callamos, ¿cómo conseguir esos derechos?

No lo hacemos porque tememos a los que tienen intereses contrarios.

Y decimos: ¡Prudencial

¡Prudencia! ¡Prudencia! ¡Cuántas cobardías se cometen en tu nombre!

Y ahora, unas observaciones que he sacado de la experiencia, refe-

rentes al diario católico:

—Me parece que usted debió tener alguna intervención en la fundación de *El Debate*.

—Sí, alguna.

—Por consiguiente, debe usted tener alguna experiencia de las dificultades y ventajas de los diarios católicos.

—Sí, alguna.

—¿Me quisiera usted decir algo sobre eso?

—Verá usted. Lo primero que se me ocurre decir es que un diario católico que defiende la verdad acérrimamente puede ser un buen negocio. Y una revista lo mismo, como *Gracia y Justicia*, que llegó a tirar 170.000 ejemplares, diciendo verdades tremendas.

—Por eso mataron luego a su fundador.

—Por eso, no. Porque los rojos mataron a muchos sólo porque llevaban un rosario.

Segunda cosa que me ha enseñado la experiencia es que un diario que no tiene libertad de opinión no debe publicarse.

¿Para qué? ¿Para decir sólo que han matado al torero Fulanito?

Tercera experiencia.

Parece cosa obvia que las obras de apostolado, como son los diarios católicos, deben retribuir muy bien a los que los dirigen, pero no enriquecerlos.

Eso es lo que se debería llamar el negocio del apostolado.

Que, como en otra parte decimos, es muy distinto del apostolado del negocio.

Experiencia cuarta. Como en un diario escriben muchos, y todos son falibles, todo diario, aun católico, debe equivocarse alguna vez.

Y entonces, lo noble y justo y obligatorio es confesar el error.

Y no callarlo.

Para que no se disguste el que ha dicho el disparate.

—¿Pero eso pasa alguna vez?

—¡Claro que pasa!

Quinta experiencia. Lo que la censura eclesiástica autorice, puede lícitamente hacerse.

Pero yo no me contentaría con eso.

¿Hay una película con el número 4? Pues yo la vapulearía.

Cada cual que piense lo que quiera, si la Iglesia lo autoriza.

¿La censura autoriza anunciar las películas número 4 con tal de que se publique la censura?

Pues el que quiera que lo haga.

Yo, no

—Pues, ¿qué haría usted?

—Darle una buena paliza en el periódico.

—Se quedaría usted sin muchas pesetas.

—Pues me quedaría.

—O no.

Porque Dios me las daría por otro lado.

O por el mismo lado.

Porque hay gustos para todo.

Unos, que se suscriben al periódico porque habla blando.

Y otros que se suscriben porque habla duro.

Mi biblioteca ideal.

Si yo fuera médico tendría mi biblioteca con los libros de Medicina más doctos.

Y si tuviera otra profesión, con los más aptos para la profesión.

Todos mis lectores estarán de acuerdo conmigo.

Lo que no tendría es el afán de poseer una biblioteca de miles de volúmenes. Eso, no.

El médico no es mejor porque tiene la mejor biblioteca Sino porque estudia más, aunque tenga menos libros. Hablaré de mi biblioteca de católico culto, aunque no especialista.

Y, en primer lugar, además de los buenos libros de mi profesión, tendré en ella el más profundo y útil de los tratados de Teología, es decir, un catecismo de Ripalda.

Y, además, una explicación de ese catecismo por si no lo entiendo, clara, concisa, ordenada, como la necesita todo hombre católico.

Como quiero ser católico de acción y no soy un especialista en nada, necesito mi tiempo para reflexionar y hacer.

Un amigo mío decía de mí: Que había leído poco y pensado mucho. Que había leído poco, es verdad, en parte; porque, en efecto, he leído menos de lo que él pensaba, y que había pensado mucho, es verdad, en parte también, porque como tengo muchos años, por fuerza he tenido que pensar más que otros.

Me he desviado de mi propósito: hablábamos de mi biblioteca.

Pues, además de mi Ripalda, que no lo saben la mayoría de los católicos cultos, yo tendría los Evangelios y el Antiguo Testamento. ¡Claro!

Y después las obras de Balmes y de Menéndez Pelayo. ¡Claro también!

Y de ascética, el *Tratado de la oración y meditación* del Padre Granada.

Como ve el lector, soy modesto en mis pretensiones.

Y, además, el *Quijote*, para cuando me pongan de mal humor los sucesos de la vida o la lectura de la Prensa, que no trae más que cosas truculentas de la guerra de Corea y de la que se prepara, que será la mejor de todas.

¿Y no tendría más libros? Sí, algunos más; no muchos. Desde luego, no tendría la colección de la B. A. C., magnifica, pero que a mí no me serviría sino, como a gran número de sus poseedores, para que al verla se diga: «¡Qué hombre!» Sería mentira, como lo es en la mayor parte de los que tienen magníficas bibliotecas, lujosas, con libros admirablemente encuadernados, como los del editor Aguilar.

Yo no quiero ser hombre de muchos libros, sino de pocos, buenos y asiduamente leídos, y pensados, y estudiados.

No pasaré a la Historia de ninguna manera, ni me interesa. No quisiera sino hacer bien, y de los libros aprovecharme para hacer bien al prójimo. Mi prójimo ideal, el más prójimo, es el pobre, el desgraciado, el obrero sin trabajo, sin oficio ni beneficio.

Basta, como muestra, el leer la Prensa diaria, con artículos sobre la filosofía de la sonrisa, la teología de la mirada, la química del dolor, el catarro de la ciencia, y sublimidades por el estilo.

Yo he leído un libro en que se aconsejaba, para adquirir carácter, dar doce vueltas alrededor de una mesa redonda; seis a la derecha y seis a la

izquierda. ¡Qué profundidad!

En resumen: lo que yo sé de bibliotecas es que hay en el mundo una inmensa verborrea, y una inmensa escritorera, y una anemia inmensa de acción para bien del prójimo desamparado.

Mi médico ideal.

Desde luego no es el más famoso por su ciencia si no es católico.

Tampoco es el más famoso por su religiosidad si no es competente.

Lo que yo quiero es que sea hombre de ciencia y de creencias; aunque no sea el más docto.

No entiendo cómo los católicos van a curarse con el más sabio, aunque sea irreligioso o indiferente.

Como no entendería que fueran a curarse con el más piadoso, aunque fuera indocto.

Pero entre los médicos, como en todas las profesiones, los hay católicos de gran prestigio: uno de ésos quiero yo. Las dos cosas, aunque no sea el más sabio.

Lo quiero así por varias razones: porque si me voy a morir, quiero que mi médico católico me lo avise con anticipación.

Lo segundo, porque no quiero enriquecer a los irreligiosos, que son enemigos de mis creencias.

Lo tercero, porque cuando son los unos y los otros de gran prestigio, es muy difícil averiguar quién lo es más, y, a veces, la fama no se debe al mérito, sino a la propaganda.

Además, no quiero un médico de una clientela tan excesiva que por fuerza cuando me vea no pueda sino hacerme enseñar la lengua y ya sabe lo que tengo. No: quiero que me examine despacio y vea cuando sea preciso, no cuando se lo permita el número de sus enfermos.

Para las enfermedades corrientes me basta un médico de Medicina general.

Pero para cuando se complica mi dolencia, me gustaría un especialista.

Porque un médico de Medicina general sólo sabe curar las enfermedades ordinarias. Y gracias. Porque la Medicina avanza mucho, y quien lo quiere saber todo, no sabe nada.

En Estados Unidos hay médicos especialistas, no para los ojos, sino para cada parte del ojo. Es lo racional y lo que se irá haciendo cada vez más.

Como ya se hace en Leyes y en otras profesiones. Aunque tampoco conviene exagerar en esto.

Mi médico es hombre amable, me alienta, me consuela, me da esperanzas.

Y eso es parte de la Medicina, si se profesa con discreción.

Mi médico es sensato y caritativo. Si una religiosa es de un convento pobre, le condona los honorarios, o se los aminora. Pero si hace eso, no le dice a la par: «Para curarse usted necesita ir a mi Sanatorio y habrá usted de pagar 4.000 pesetas mensuales». No, señor; yo, o renunciaría a curarla, puesto que no puede pagar eso ni vendiendo todo el convento, o le daría remedios menos eficaces, pero que pudiera pagar, y con lo que pudiera curarse.

A mí no me agrada que mi médico, para decir que tengo dolor de cabeza o resfriado, me suelte unos nombres enrevesados, casi todos sacados del griego, que los entiende sólo él porque los ha estudiado y le han dado la etimología. Eso suena, aunque no lo sea, a petulancia

Quiero que me digan las cosas en castellano, no en griego, para formarme idea de lo que tengo. Salvo el caso, como es de sentido común, cuando la discreción, y aun la caridad, obligan a no decirle al doliente que tiene una cosa grave.

En fin, quiero un médico docto, estudioso, de no mucha clientela, sensato, amable, caritativo con los pobres; pero no un portento que, a la primera consulta, me deje sin camisa.

DE MIS ÚLTIMOS DÍAS

Del tesoro que es la vejez.

No hay vejez ideal, sino juventud ideal y eterna.

Aunque, ¡qué horrible!, vivir siempre, siempre, en esta vida, sin esperanza de otra.

¡Qué tristeza! Siempre viviendo con penas, las de la vida de ilusiones, que lleven al desengaño.

La juventud feliz es la que espera que se ha de morir, y tener otra vida superior, inacabable

¡Una juventud eterna, como la de ahora!

¡Qué desesperación!

Dios ha dispuesto mejor las cosas; a sus tiempos la juventud, y luego la vejez.

Y luego la muerte, y luego otra vida inacabable, pero feliz. Una vejez santa, aunque con sus achaques y dolores, como preparación para lo eterno; pero con la firme esperanza de otra cosa inefablemente mejor.

¡Qué bueno es Dios, que nos ha hecho eternos aquí!

La muerte nadie la quiere. Los santos no querían, naturalmente, la muerte; preferirían el cielo, pero morir... Hemos nacido para la vida, no para la muerte. Dios no hizo la muerte. La hizo el hombre.

La vida tal como es sería horrible si fuera eterna.

Aun así, la prefieren los hombres a la muerte. Eso le pide la naturaleza, que no quiere su destrucción.

Aunque no todos. ¡Cuántos se suicidan! Y ¡cuántos llaman a la muerte!

No la quieren, pero tampoco su vida.

No, no; ésta no es vida, no es la vida.

Sin el pecado de Adán, tampoco esta vida sería eterna; aun exenta de los males presentes.

Dios es infinitamente más bueno que eso. Quiere para nosotros la vida eterna, pero segura, feliz, sin peligro de perderla.

Nosotros nos hemos acarreado la muerte, y antes la vejez. Y Dios es tan bueno que de la misma vejez ha hecho un tesoro inefable.

Yo conocí de joven el tratadito *De senectute*, de Cicerón.

¡Qué diferencia entre su concepto de la vejez y el concepto cristiano!

En el orden humano, la vejez es la ciencia de esta vida.

En el orden divino, la vejez es una preparación para la otra vida.

¿Qué sabe el que no es viejo? Sabiéndolo todo, no sabe nada, si no sabe lo que enseña la vejez, para la otra vida. Salomón dijo: Vanidad de vanidades. ¡Ay! ¡Qué pena tan honda querer para eso la vida!

El viejo sabe que se muere pronto, y no estima la vida en demasía.

Ha aprendido infinitas mentiras de lo que se llama vida.

El amor, la amistad, las honras, todo, aun sincero y verdadero, ¿qué es?

Él lo sabe; nada. Él se va y lo deja todo. No es nada.

Eso es saber.

¿Qué sabe el que más sabe? En realidad, no sabe qué es Dios, qué es el alma.

Qué es la otra vida; ni aun los misterios de la naturaleza. No sabe qué es él mismo, su alma, su entendimiento, la voluntad.

¿Qué sabe la vejez? Reflexionar, lo que no hace la juventud; aconsejar, porque lo ha experimentado todo; conocer a las personas, porque ha conocido y tratado a muchas.

Un viejo sabe que la vida es una gran farsa, donde uno hace de enemigo, y otro de esposo fiel, y otro de honrado, y otro de critico imparcial de la Prensa, y otro de otras cosas. El joven se lo cree todo: la amistad, el amor, la riqueza y hasta el catolicismo de algunas personas.

¿Qué joven no cree que siendo rico será feliz?

¿Qué joven no cree que va a vivir muchos años?

¿Qué joven no cree que va a tener un querubín por novia?

Y a lo mejor, el que esperaba vivir mucho se muere a los quince años.

Y el rico se queda sin un cuarto.

Y el querubín riñe con él a cada cinco minutos, porque es caprichoso y de mal genio, aunque tenga dinero.

El viejo se sabe todas estas cosas de memoria.

Y ya no le importan los querubines.

Ni cree en la felicidad del billete de banco.

De un modo infalible de conseguir la felicidad.

—¿Ha descubierto usted el secreto a la vejez?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—No te diviertas.

—¡Hombre!

—Por la mañana, por la tarde, por la noche; a todas horas.

—¿Y con eso sólo seré feliz?

—Te diré: Además, tienes que cumplir los mandamientos de la Ley de Dios. Y los de la Iglesia.

—¿Y ya está?

—Aguarda un poco. Has de cumplir las obligaciones de tu estado.

—Suponga usted que las cumplo.

—Mucho tienes adelantado; pero falta algo.

—¿Ser un santo?

—No.

—Entonces, ¿qué?

—Has de tener paciencia con tu padre, con tu madre, tus criados, tus amigos, tus enemigos.

—Suponga usted que la tengo, ¿soy ya feliz?

—Te vas acercando; pero aún te falta un poquitín.

—¿Qué?

—Has de molestarte voluntariamente.

—¿También eso?

También. La vida cristiana, aunque uno no lo quiera, ni lo vea; pero es austera. Austera, humana y feliz. Feliz, aun con la diversión honesta, humana y discreta.

—De modo que aunque me divierta, ¿puedo ser feliz?

—Sí, señor. A pesar de divertirte. Pero el hombre no es un ángel. Aunque sea religioso o monja. Pero ellos gozan con muchas cosas inverosímiles para los mundanos. Y son felices. En primer lugar, con la paz del alma. La paz del alma no se encuentra en las plazas, ni en el teatro, ni en el cine, ni en las reuniones de chicos y chicas.

—Pues, ¿dónde?

—En lo más profundo del alma.

—¿Esa es la felicidad que quiere usted para mí?

—No sola.

—¿Cuál más?

—Haz el bien.

—¿Con eso seré feliz?

—Mira. Yo dirijo hace años unas monjitas. Están en la India con un fresquito regular. ¡Como que se tienen que mudar de ropa cuatro veces al día! ¡Cuatro veces! Están en una leprosería con ciento veinte leprosos, con los que se tienen que entender por señas hasta que aprendan bien el gucherati, que es su dialecto. Son ocho muchachas en la flor de la edad, y lo han dejado todo por asistir a leprosos.

—¡Qué vida tan terrible!

—No, señor; felicísima.

—Pues no lo entiendo.

—Pues yo, sí. La felicidad no es de los sentidos, sino del alma. No la da el mundo, sino Dios. No lo digo yo, sino Cristo: Bienaventurados los pobres, los mansos, los que sufren persecución, por la justicia, los que lloran. ¿No lo entiendes? Pues sin esa felicidad no se podrían sufrir esos sudores, y las fiebres, y las hormigas, que se comen hasta la madera del altar, y los monos, que abundan y se meten en la casa y se llevan lo que pueden, y mil cosas más.

No, y no.

De las circunstancias que desearía rodearan mi muerte.

¿Me encantaría que fuera a mi entierro una gran muchedumbre, y que me pusieran en el féretro muchas coronas de flores y, sobre todo, que una gran banda de música tocara la marcha fúnebre de Chopin o de Beethoven? Como a otros les hacen estas cosas, sospecho que a los muertos les debe gustar mucho. A mí... no mucho.

También debe ser cosa de gran satisfacción para los difuntos que los entierren en un buen mausoleo de mármol de Carrara, con un ángel de tamaño natural sobre la tumba, tocando la trompeta del Juicio.

¡Qué hermoso!

Aunque el muerto dirá: «Ángel mío, toca; a ver si acabamos de estar aquí sin hacer cosas de provecho.»

También dudo de que será de más alegría para el muerto enterrarle en su nicho o bajo tierra. Todo tiene sus ventajas e inconvenientes.

A mí, francamente, me da lo mismo. No sé lo que a otros parecerá.

Pregunto estas cosas, porque aunque parecen indiferentes, las gentes se preocupan de ellas, y las disponen cuando están vivos o las disponen sus allegados, y cuando faltan, les parece que se quejan los muertos y les dicen: «¿Por qué nos habéis puesto sólo una corona? A Fulano le pusieron dos.»

En cambio les da lo mismo morir o no como cristianos. Ni piensan ellos en la otra vida, ni sus parientes. ¡Como perros! Eso, sí. ¡Que vayan luego en el entierro doce curas cantándoles responsos! Y funerales por todo lo alto. Y alguna misa mensual por sus almas, ¡pero sin haber confesado!

¡Qué fe! ¡Qué previsión!

Yo no quiero coronas, ni mausoleos, ni cajas de cedro. Me contento con unas tablas de pino. Ni deseo gran acompañamiento que me lleve al cementerio. Con que vayan cuatro o seis de los míos para rezarme un responso, y me entierren con los que he vivido siempre, y, sobre todo, con morir en paz y gracia de Dios..., contentísimo. ¿Para qué más?

Las circunstancias de la muerte. Si muero de pulmonía, o del riñón, y todo lo demás, se lo dejo a Dios, que sabe lo que me conviene, y como me ha cuidado en la vida tantos años me cuidará en la muerte. Más. De segu-

ro.

Yo no deseo la muerte; le dejo a Dios que me la mande cuando quiera. Tampoco deseo la vida. No es muy apetitosa, que digamos. Y eso que yo he sido feliz. Se entiende feliz como se puede ser en esta vida. Entré de ocho años y medio en un colegio de la Compañía, estuve en el bachillerato ocho y seis en Deusto haciendo la carrera, un año en mi casa y luego... en la vida religiosa. Total, puedo decir que he estado más de setenta años en la vida religiosa.

Siempre la amé, y ahora más, como es natural. ¿Cómo no he de haber sido feliz? Dios me ha llevado de su amorosa mano siempre. He sido un vulgar en todo: estudios, virtud, apostolado; pero siempre feliz. La felicidad no es la falta de contrariedades, sino la paz que Cristo nos trajo al mundo.

Y esa... si la he tenido.

Me cambio por cualquiera que tenga un poco amor de Dios más que yo; pero no por los ministros, ni por los potentados, ni por los sabios, ni por los dichosos en la tierra. ¡Qué poca cosa! Todo lo de aquí abajo, todo, todo..., ¡qué poca cosa! Feliz el que lo ve a tiempo. Todos lo veremos. El caso es verlo cuando conviene.

En resumen, mi ideal de muerte es morir en los brazos amorosos de Dios, en la vida religiosa, donde llevo más de sesenta años. Mal aprovechados; pero Dios es más bueno que yo malo. Y espero en su misericordia que, como me ha tratado en la vida, me tratará en la muerte.

Del crucifijo que pondrán en mis manos cuando me muera.

No es mi crucifijo ideal el de Velázquez. Pero tampoco el que me inspire la devoción de no mirarle.

¡Cuántos crucifijos hay horrendos! Pedazos de metal en una cruz.

Lo primero es la reverencia y el decoro debido a cosa tan santa. No es lo primero vender barato para que compre todo el mundo.

No es extraño, por eso, que un niño de los suburbios dijera de un Cristo: «es un hombre ahorcado».

Millares de paganos no han visto un crucifijo. Muchísimos cristianos lo han visto y no lo conocen.

Y es su Dios, que se hizo Hombre por el hombre, para ser crucificado por el hombre.

Pensando en Él toda la vida, no entendemos nada de Él. Teniendo el crucifijo ante nuestros ojos todos los días y horas de nuestra vida, ¡no sabemos ni podemos saber nada de Él!

¿Qué sé yo de Cristo? Que es Dios.

Y ¿qué sé yo de Dios?

¿Qué sé yo del misterio de la Encarnación y Redención de Cristo?

¡Que Dios se hizo Hombre por mí! ¡Que fue crucificado por mí!

¿Qué es eso? ¿Qué ángel entiende eso?

Los hombres no lo comprendemos. Los ángeles, tampoco. Ellos ven a Dios y conocen su infinita majestad, y poder, y gloria.

¿Y un Dios así, se hace Hombre por un gusano que se llama hombre?

Y se hace Hombre para salvar al hombre, sabiendo que muchos hombres ni le van a mirar a la cara, a pesar de los horribles tormentos de Cristo.

Eso, ¿quién lo entiende?

¡Cuántos cristianos saben del crucifijo menos que de Neptuno o la Cibeles!

¿Cómo influyen estos mitos en la vida de esos cristianos? Así influye Cristo en su vida.

Y en su muerte, ¿qué? El crucifijo es sólo el anuncio de su muerte. Causa espanto.

No lo ven en la muerte. Lo ven después de la muerte.

¡Qué horrendo tener un Dios tan Padre y no conocerlo! Peor que los expósitos, que no conocen a su padre, que fue un miserable.

Jamás le han besado.

En cambio, tienen tal vez en su despacho el retrato de un torero o de una «estrella» de cine. ¡Naturalmente!

Yo no comprendo nada de Cristo con la razón; pero, a medida que lo comprendo menos, lo creo más.

¡Comprendo que no puedo comprender!... Y eso aumenta mi fe y mi amor.

La fe me dice que todo lo sabe, todo lo puede; es infinitamente bueno, misericordioso, providente. Eso es el crucifijo.

No con todos los hombres igualmente.

A mí me ha dado más que a otros. A otros, más que a mí. A mí me lo ha dado gratuitamente. A los otros, también.

¿Por qué me ha dado más que a otros? No lo sé. ¿Por qué a otros más que a mí? No lo sé.

No por mis méritos, sino porque es bueno.

¡Qué misterio!

Yo recorro mi vida. Recuerdo a mis amigos, condiscípulos, paisanos conocidos.

La suerte de muchos me aterra. ¿Qué será de ellos? Están en la eternidad. ¿En qué eternidad? Algunos han vivido indiferentes, incumplidores de sus deberes religiosos. Les ha cogido la muerte como un rayo.

¡Horrible! No les acompañó el crucifijo ni en la vida ni en la muerte.

El mío me ha preservado de todo eso.

Por eso lo llevo en mi pecho, lo tengo delante de mí quiero morir besándole muchas veces, tenerlo sobre mi ataúd, y en mis manos cruzadas sobre el pecho, cuando me entierren.

Un caballero moría diciendo:

Quiero morir cristiano y caballero.

Quiero morir besando un crucifijo.

Y sé que no es morir... esto que quiero.

De un modo infalible de ir al cielo.

—¿Me salvaré, o no?

—Claro que te salvarás.

—¿Por qué dice usted claro?

—Porque lo es.

—No.

—¿Siendo seglar?

—Sí.

—¿Siendo casado?

—Sí.

—¿Siendo hombre de negocios?

—Sí.

—¿Divirtiéndome?

—Lícitamente.

—Dígame usted el secreto... Porque lo que yo veo es que de mis conocidos, casi todos se pierden, según los indicios.

—Claro que se pierden.

—¿Porque son lujuriosos o ladrones?

—No tal.

—¿Se pierden aunque son honrados?

—Sí.

—¿Y siendo trabajadores?

—También.

—Entonces, ¿por qué demontres se pierden? ¿No basta eso?

—No.

—Siendo honrados, veraces, buenos amigos, laboriosos, pacíficos, humanitarios, ¿se pierden?

—¡Clarísimo!

—Con ser un cristiano corriente, ¿puede uno salvarse?

—Desde luego.

—¿Y dice usted que así me salvaré?

—Sí.

—¿Y asegura usted que es claro?

—¡ Clarísimo!

—Pues yo oigo a cada paso decir a los predicadores que hay mucha dificultad en salvarse. Y lo oigo desde que tuve uso de razón.

—Y la hay.

—¿Pues cómo me asegura usted claro que me salvaré?

—Porque es muy claro.

—Acabemos: ¿cuál es el secreto?...

—Muy sencillo: muere en gracia.

—Y ¿cómo se consigue eso?

—Muy sencillo: vive en gracia.

CÓMO UN VIEJO A LOS OCHENTA Y OCHO AÑOS VE ALGUNAS COSAS DE LA VIDA

Es decir, cómo las veo yo.

Porque la mayor parte de los hombres, a los ochenta y ocho años, ya han acabado de ver en este mundo.

Y de los que quedan, una buena parte no ven nada. Y de los que ven, están mustios, pensando en la proximidad de su muerte.

¿Yo temo la muerte? Como todos los hombres.

Pero no tanto como para morirme antes de tiempo por la idea de que me tengo que morir pronto.

¿Qué quiero decir cuando digo cómo veo la vida?

Perdona, lector, si te hablo de mí.

Soy viejo, pero de buen humor; casi como cuando era joven.

Estoy siempre metido en mi cuarto.

Y a veces tarareo muy bajito zarzuelas de mis años mozos.

Y hasta invento óperas. Y entablo diálogos conmigo mismo.

Y me río de los que dicen que la vida religiosa es triste. Por aquí puedes ir sacando, caro lector, cómo veo yo la vida.

La vida quiere decir los problemas sobrenaturales del tiempo y la eternidad.

Y los grandes problemas humanos del hombre sobre la tierra.

Y muchos problemas de menor cuantía de los que todos los días se ofrecen a nuestros ojos.

¿Cómo ve la vida un niño? Como un juego.

¿Cómo la ve un joven? Como una comedia.

¿Cómo la ve un hombre maduro? Como un drama.

¿Cómo la ve un viejo? Como una tragedia.

¿Qué más tragedia que acabar la vida con la muerte? ¿Y con lo que

sigue después?

Algo tremendo, que no pensamos suficientemente, ni cuando jóvenes ni cuando hombres maduros.

Detrás de la muerte, que es el telón de acero de Dios, hay realidades que llenan de misterio y espanto a los que no creen que todo se acaba con esta vida.

Cuando se piensa con seriedad en esas realidades, se saca en conclusión que el misterio nos rodea por todas partes, como nos rodea el espacio y la presencia de Dios. El misterio de lo sobrenatural. Y de lo natural.

Por la razón natural sabemos cuatro cosas, y por la razón iluminada por la fe, lo que nos es necesario para servir a Dios y salvarnos.

Se concibe que para hombres que sólo admitían lo que comprendían con la inteligencia humana, el problema de la existencia del hombre sobre la tierra fuera un sentimiento de angustia trágica.

Para los que sabemos de dónde venimos y adónde vamos no hay tal angustia.

Pero los problemas de la vida y de la muerte adquieren una gravedad y grandeza en la vejez del hombre creyente como nunca se pensaron.

Cada año que pasa parece que la idea de Dios se hace más grande: aunque siempre se haya creído que Dios es infinito.

Pero cada día que pasa parece más infinito, si así puede decirse.

Cada día crece la idea de la inmensidad de sus atributos, su bondad, su justicia, su sabiduría.

La Encarnación y la Redención con la crucifixión de Cristo, por unos seres tan miserables como los hombres, hacen pensar en una especie de inmensa locura divina de caridad.

Sobre todo, considerando que Dios tenía prevista la eterna perdición de una gran parte del género humano.

Sabemos que existen realidades de una magnitud incomparable; pero el cómo son, nadie lo sabe.

Sabemos que existe otra vida eterna; pero cómo es, no lo sabemos.

Después de la idea de Dios, no hay cosa más grande que la eternidad.

Y la eternidad infeliz, merecida a pesar de la inmensa bondad y caridad de Dios y de la fragilidad del hombre y de su conocimiento ínfimo de lo que es el pecado; conocimiento que para muchos hombres podría poner-

se en el grado inmediato superior al de los perros.

¡Horrible!

La vejez no siempre piensa así; pero las cosas son así.

Lo que no quiere decir que los hombres hayan de vivir sin alegría.

Con temor de Dios, sí. Pero también con la felicidad de la gracia, que es la gran felicidad de esta vida.

La vida comprende otros muchos gravísimos problemas, además de los sobrenaturales que en las alturas de los años apenan hondamente, como ver dividida la tierra en dos mitades; una que no se sacia de deleites y la otra que carece hasta de lo preciso para llenar una vida humana, no de bestias.

El espectáculo de esos males inmensos produce una compasión cada vez mayor a medida que la vida aumenta, y se ve que no caminamos hacia un mundo mejor, sino, quizá, cada vez peor. La copla de Jorge Manrique:

Cómo, a nuestro parecer,
cualquier tiempo pasado
fue mejor,

es copla, pero también verdad. Porque cualquier tiempo venidero será peor, a lo que parece.

La vejez se despide de la vida pensando que el mundo no tiene remedio:

Porque lo rechaza.

Cristo se lo ofrece; la Iglesia se lo predica.

Pero el mundo les cierra los ojos y los oídos.

Parecerá, según lo que digo, que soy un pesimista.

Al contrario.

Soy optimista de lo que es Dios para el hombre.

Pero soy realista de lo que es el hombre para con Dios,

Soy optimista de lo que el hombre puede con la ayuda de Dios y su propia cooperación.

Pero soy realista de lo que el hombre no quiere cooperar a su salvación y a la de sus prójimos.

En cuanto a las cosas menudas de la vida, ¿cómo las veo yo ahora? Unas, lo mismo que cuando mozo. Otras, de una manera diametralmente

opuesta.

Cuando era joven pensaba que lo mismo me daba morirme en verano que en invierno, por la mañana o por la tarde. Ahora, lo mismo.

A los ochenta y ocho años me parece una indecencia que los chicos y las chicas, en traje de baño, estén juntos tomando el sol, recostados en la arena de la playa. Y cuando joven me hubiera parecido lo mismo, si en aquellos felices tiempos se hubiera estilado semejante desvergüenza.

Estuve convencido siempre, y lo estoy ahora, de que si un hombre no ha estudiado una cosa, no la sabe... Ahora, la mayor parte de los hombres se figuran que sin haber estudiado religión, política, sociología, etc., etc., sólo por arte de su maravilloso talento saben hacer planes de gobierno, de religión, de cuestiones sociales

Cuando yo era chico pasaban las cosas al revés. ¿Que uno estudiaba y practicaba alguna cosa? La sabía. ¿Que no? Pues no la sabía.

Pero, en fin, los tiempos progresan. Así que quizá me convendría cambiar de método, si tuviera tiempo. Yo creí, de joven, que las muchachas deberían parecer muchachas y los chicos parecer chicos. ¡Qué cosa más natural! Pues, no. Porque ahora muchas muchachas parecen chicos y muchos hombres parecen mujeres. ¿Por qué? Porque es muy frecuente que las chicas les hagan la rosca a los chicos, como si las palomitas les hicieran arrumacos a los palomos.

Hay muchas jóvenes que usan pantalones como los chicos, y fuman como los chicos, y beben como los chicos, y llaman por teléfono a los chicos, y hasta se declaran a los chicos, no con tapujos, sino como lo hacían en mi juventud los hombres a las mujeres. ¡Qué estupendo! Vosotros, los jóvenes de veinticinco años veréis si os conviene ese género femenino.

Antiguamente se creía que el bachillerato de los chicos no convenía a las chicas.

Voy creyendo ahora que, para las chicas, hacer el bachillerato de los chicos es algo admirable, por lo útil, práctico, preparador para las contingencias del porvenir, ¡claro!, y por eso son tantísimas las jóvenes que lo estudian.

Muchachas: no aprendáis a coser, a cocinar, a bordar, a planchar. Eso es indigno de vosotras. Lo que os importa es saber mucho latín, mucha Química, mucha Paleontología...

Creía yo cuando era joven, ¡qué candor!, que el sentido común era una cosa que la tenían todos los hombres; por eso se llama sentido común.

¡Qué chasco tan atroz! Y ahora resulta que cuando encuentro a una persona que tiene juicio, mis amigos me lo ponderan admirados, y me dicen: «Fulano tiene sentido común.» Como si dijeran: ¡Es un Aristóteles!»

Y, en efecto, es un fenómeno.

De joven me figuraba que la felicidad suprema estribaba en ser independiente y en hacer cada uno lo que le daba la gana. Y ahora que soy viejo veo que eso era fantasía, que tiene uno que depender de todo el mundo para disfrutar algo de la vida; de los padres, de los jefes, de los profesores, del deber, de la ley, de Dios, sobre todo... ¿Que no quiere uno? Pues lo pasará muy mal.

Finalmente, cuando era mozo, pensaba que el ideal de la vida era divertirme cuanto pudiera, eso sí, en gracia de Dios. Y con eso tendría dos cielos: uno en la tierra y otro en la gloria. Y ahora que tengo ochenta y ocho años pienso que el ideal de la vida consiste en fastidiarme por amor de Dios y del prójimo. Y con eso tendré dos cielos: uno acá y otro allá.

ALGUNOS RECUERDOS DE MI INFANCIA...

El demonio es el Ángel de la Guarda de los niños. Sin duda, con el siniestro fin de que lleguen a jóvenes, hombres maduros y viejos, y le den tiempo a él para seducirlos y hacerlos sus esclavos.

De mí no sé si lo ha sido.

Puede ser que haya tenido dos Ángeles de la Guarda, uno, el bueno, y otro, el malo.

Aún ahora, después de más de ochenta años, no acabo de maravillarme de la temeridad que hice cuando muy pequeño.

El lector verá.

Era yo muy aficionado a los pájaros —gorriones sobre todo—, que cazaba de mil maneras, con trampas de alambre, con jaulas de trampa, con liga, con red y de otras mil formas.

Si los gorriones escribiesen la historia de sus enemigos, a mí me considerarían como su enemigo número uno. ¡Con decir que de una pedrada maté una vez, siendo niño, tres gorriones en un árbol!...

En casa de unos tíos míos observé que estaban criando en un tejado unos gorriones.

Yo deseaba coger, no sólo a la cría, sino al padre o la madre, y me puse en observación para ver cuándo entraban en el nido para darles de comer.

Entró uno de ellos, que tenía el nido, como suelen, debajo de una teja, la última del tejado, por donde la lluvia cae al suelo.

Me subí al tejado por una cámara, y desde el caballete fui deslizándome despacio, y sin hacer el menor ruido, para que el padre o la madre no

me sintieran y salieran del nido volando.

Lo hice tan bien, que el infortunado gorrión o gorriona, que en mi tierra los llaman «padrucho» o «madrucha», no me sintieron. Y entonces cogí mi pañuelo y tapé la salida, alargando el brazo y metiendo el pañuelo por debajo de la última teja, por donde entraba la parejita a criar a sus hijuelos.

No sé si se dan mis lectores cuenta de mi heroicidad, o barbaridad, o temeridad.

El tejado tendría de altura unos ocho o diez metros, porque tenía el edificio dos pisos.

Altura suficiente para que por un descuido cualquiera me hubiera precipitado y roto la cabeza, o una pierna, o un brazo.

A estas alturas de mi vida, me espanto cuando pienso en aquella hazaña mía.

¿Qué consecuencias pueden sacarse de aquí?

Que yo era un héroe futuro o un loco presente.

Que hay hombres que hacen desgraciadas a ciertas familias, como yo de niño hice desgraciada a una familia de gorriones. Los hombres, ¿cómo? Robándoles el honor o los bienes.

Que mi Ángel de la Guarda ha sido muy bueno conmigo.

Que mi demonio de la Guardia también me cuidaba mucho.

Y que por todas estas providencias ha sido posible que yo llegara a mis ochenta y ocho años.

¡Qué bueno ha sido Dios conmigo!

Continúa la protección del demonio de mi guarda.

Era yo muy chiquito. Y debía ser muy inocente, porque estando sentado en un poyete de piedra de la plaza del Pilar, de mi pueblo, merendando pacíficamente, en ocasión en que una patulea de chicos callejeros se burlaban y divertían de un borracho, éste llevaba una vara, con la que amenazaba a sus enemigos, y como yo estaba sentado sin hacerle burla, él se dirigió a mí, y con la vara me tiró un golpe tan fuerte, que dio una vuelta en redondo.

No me dio, porque mi demonio de la guarda, en forma de niño calle-

jero, en el momento de tirarme el golpe, que iba a la altura de la cabeza, le cogió de la chaqueta, tirándole para atrás, con lo que el golpe dio en el aire.

Excuso decir que, asustado yo por aquella agresión violenta e injusta del beodo, eché a correr y me metí en mi casa, que estaba cercana.

Pudo haberme matado, pero mi demonio protector, o, mejor, el ángel bueno, me libraron de aquella muerte desastrada.

Otro caso. Este no fue de peligro, pero sí de impresión para toda la vida.

Siendo yo de muy pocos años, contemplé un espectáculo horrible.

Un borracho, tendido en el suelo, en medio de un gran charco de vino que, sin duda, había arrojado después de su muerte, ocasionada por la embriaguez.

¡Qué impresión! ¡Qué lástima! Y ¡qué asco!

Yo, hará treinta o cuarenta años que no pruebo el vino. No me hace bien.

Pero creo que si me hubiera agradado, sólo con el recuerdo de aquel espectáculo que presencié de niño, me hubiera retraído de probarlo.

Cuando el vicio se ve tan palpablemente, se ve cuán deforme y aborrecible y nocivo es.

En el hospital de San Juan de Dios, de Madrid, hay una especie de exposición que yo no quise ver cuando estuve en él refugiado durante la guerra. Exposición fotográfica de las enfermedades horrendas a que conducen los excesos del vicio de la carne.

¡Qué horrible!

Pero sin el temor de Dios, ¿qué? El hombre es a veces más animal que los jumentos.

¡Mucho cuidado con el agua!

Lo primero, para que los pequeños se acostumbren desde muy niños a fregotearse bien la cara.

Un niño con la cara sucia no parece un ángel. Lo que parece es que no tiene mamá.

Lo segundo, y muy interesante, es que se tenga mucho cuidado en

ver las condiciones en que se bañan en el mar, en los ríos y en las piscinas.

Porque es cosa tristísima la que ocurre con frecuencia, que los niños, en vez de gozar de un acto saludable, se ahogan.

Y eso a pesar de que el demonio tiene una vigilancia exquisita sobre ellos. Por la cuenta que le tiene de que no se mueran inocentes.

Pero el agua no es peligrosa sólo para los niños, sino para los jóvenes y los hombres maduros.

Verán ustedes lo que me pasó a mí de niño y de hombre con el agua.

Estaba yo en una finca, junto al Guadiana. Tendría nueve o diez años.

Como el río por aquellas partes cría mucha hierba, las barcas de los pescadores no son canoas, sino unas barquichuelas que tienen el fondo plano, para mejor navegar sobre la broza del río.

¿Qué se me ocurrió?

Con un hilo bramante, atar la lancha, y así navegar solo junto a la presa. Até el hilo a una anilla de la barca, y por otro a una estaca de la orilla, y en el momento de ir a meterme en la barca oí un mugido de toro, de los que pastaban por allí cerca.

Excuso decir que en lo primero que pensé fue en los cuernos de aquel bicho que mugía. Y huí de allí volando.

¡Cuántas veces en mi vida he pensado que mi Ángel de la Guarda me salvó de la muerte con aquel mugido del toro!

Si me meto en la barca y empiezo a navegar, me ahogo, de fijo.

Aviso a los padres. Nunca dejéis a vuestros pequeños que puedan hacer semejantes desatinos.

El otro caso en que el Ángel de la Guarda me salvó de ahogarme, fue siendo yo hombre de veintitantos años.

A mi parecer, ya podía hacer mis pinitos en el agua.

En el mar los había hecho, haciéndome el muerto. Y me parecía que era una gran sabiduría. Y, en efecto, en parte, a ello se debió no ahogarme en un estanque de poco fondo. Era el verano. Y algunos días nos bañábamos los estudiantes.

Estábamos ese día quince o veinte jóvenes.

Y, además, dos Padres.

Pues como yo era tan buen nadador, me tiré de cabeza al estanque.

Es de advertir que, para mayor seguridad de los bañistas, estaba cru-

zado el estanque con dos maromas, para moverse agarrados a ellas.

Me tiré, digo, y como nadaba tan bien, me fui al fondo. Todos mis esfuerzos se encaminaban a coger una maroma.

Pero como era tan diestro en nadar, no lo lograba. Me hacía el muerto, y subía a la superficie. Braceando, luchaba por coger la cuerda.

Y me iba al fondo.

Y así tres veces.

De modo que yo pensaba: me ahogo, delante de tantos Hermanos y Padres, sin que nadie se dé cuenta.

Hasta que uno de los estudiantes, el más cegato y lejos de mí, se dio cuenta, y, cogido de la cuerda, llegó a mí y me salvó.

Estaba ya desencajado.

¡Cuántas veces he pensado después: qué bueno ha sido Dios conmigo!

¡Y qué tonto yo conmigo! Que me figuré que era un gran nadador.

¡Y qué cuidado hay que tener con el agua!

Mis sentimientos de niño sobre la fugacidad y vanidad de la vida.

Debo a Dios, entre otros muchos favores, el de haberme hecho sentir desde niño la fugacidad y la vanidad de la vida. Desde los doce años.

Algunos estimarán que eso, para los destinados al claustro, muy bien; pero que para los que Dios destina para vivir en el mundo, no.

Pues digo que para ellos es mayor beneficio.

Y que lo necesitan más.

Porque el mundo atrae con una atracción casi irresistible.

Personas que viven en la vida religiosa diez, veinte, cuarenta y aun cincuenta años, acaban por ceder a las seducciones del mundo.

Porque no piensan que el tiempo no es nada, y la eternidad lo es todo.

Cincuenta, ochenta, cien años, son un relámpago. Quinientos, lo mismo.

Lo serio, terrible, insondable, es la eternidad. Los hombres no lo piensan.

¡Qué cosa más desgraciada y pobre es la criatura que se llama hombre!

Nace para ser eterno. Y sólo piensa en los cuatro no días, sino relámpagos, que va a vivir aquí.

Y, por añadidura, inciertos. Y llenos de penas. Pero, ¿quién piensa que la vida es así? Cuatro cartujos. Y alguna alma a la que Dios le da luz para verlo y sentirlo.

Si como sentimos la necesidad de comer, sintiéramos necesidad de pensar en la eternidad siquiera diez minutos, otro gallo nos cantara.

De cómo me curé con la homeopatía, o no me morí porque Dios no quiso.

Yo fui al colegio de Orihuela a los ocho años y medio. Estuve dos años, y enfermé de pulmonía.

Me llevaron a mi casa, y mis padres, para mejor curarme, hicieron que un primo hermano mío, médico homeópata, se trasladase desde Novelda (provincia de Alicante) a Ciudad Real.

Cuando ya estuve sano, me repitió la pulmonía.

Y por eso tardé dos años en volver al colegio, a estudiar primero de bachillerato.

¡Cuántas veces he pensado, ya hombre, que si yo no me morí, fue porque Dios no quiso!

Porque no soy de los creyentes en los granulitos homeopáticos.

Sin embargo, puesto que viene a cuento, voy a contar un caso que me contó un Padre jesuita de gran talento, creyente fervoroso en esos granulillos milagrosos.

Este Padre era viudo, tenía un hijo y una hija, que luego fueron religiosos.

El hijo fue Provincial mío y de su padre, y la hija, religiosa salesa.

Pues cuando la hija era niña de pecho, un día, yendo por la calle de Alcalá, se encontró con un médico de fama, homeópata, que dijo al padre de la niña:

—¿Dónde va usted?

Y le contestó:

—A ver cómo me curan a esta niña, que no hace más que llorar de día y de noche. Y no puede dormirse.

El médico, Paz Álvarez, que era hombre de valer y prestigio entre los profesionales, le dijo:

—Pues si sólo va usted a que den a la niña algo para que se duerma, no tiene usted que molestarse.

Sacó una cajita de medicamentos. Tomó un tubito de granulillos, se los pasó a la niña por la nariz, y allí mismo se quedó dormida.

Me explicó su fe en la homeopatía.

Y no me explico mi incredulidad, aunque he sido testigo de casos curiosos.

Ahora, mis lectores que elijan lo que más les agrade: ser creyentes o no serlo de este sistema de curación, que, por lo visto, no prospera en el mundo.

Aunque soy de la Mancha...

Todos estos recuerdos están para mi localizados en la Mancha, donde nací y viví los años de mi niñez. ¿Yo quiero a mi tierra?

Naturalmente A la grande y a la chica.

Pero no porque ame a España más que a todos los otros pueblos del mundo, dejo de reconocer los defectos de los españoles.

Tenemos muchos, como todos los hombres.

Y hay que reconocerlos, y, cuando llega el caso, decirlos. No negarlos, para que los extranjeros no nos denigren por esa confesión.

¿Cómo somos los manchegos?

Sencillos, cordiales, con un fondo religioso más hereditario que cultivado, con una modestia exagerada, basada en la indiferencia con que se han apreciado los valores de esta tierra por parte de los Gobiernos, de la sociedad e incluso de sus propios hombres, que han podido elevarla y purificarla.

Finalmente, sumos un si es no es socarrones, a la manera de Sancho Panza; no exentos de cierta gracia picaresca, pero sin asomos de ironía

amarga.

¿Somos organizadores, como los alemanes?

¿Activos, como los yanquis?

En cambio, somos el pueblo más religioso del mundo. Católicos por herencia.

Católicos por ambiente.

Católicos por educación de nuestras madres.

Pero no por convicción e instrucción.

Yo soy manchego por naturaleza.

La Mancha es una gran región, amable y desconocida de los manchegos, y conocida en el mundo entero.

¿He heredado algo del espíritu de Don Quijote? Algo del deseo de *desfacer entuertos*.

¿Y de Sancho?

Yo quisiera que España fuera una ínsula Barataria. Y que me dejaran gobernarla un poco tiempo. Para hacer justicia en ella.

Perdonen ustedes si les digo que tengo la presunción de que la gobernaría mejor que muchos de los que la han desgobernado.

Mejor que muchos ministros.

Por lo pronto, haría el bien de no echar discursos.

El bien de no hacer caminos para que me votaran luego mis paisanos.

El bien de que la Prensa no sacara mi retrato todos los días.

El bien de que todos los españoles comieran.

De que tuvieran su pisito para poder casarse.

El bien de que no chillaran a mi paso: ¡Viva Fulano! Y otros infinitos bienes parecidos a éstos.

PRIMERAS AFICIONES DE MI NIÑEZ, QUE DESPUÉS CONTINUARON

Música, caza, versos malos y toros.

No se extrañen mis lectores de que comience por contar las primeras impresiones de mi vida.

Y como las primeras impresiones fueron de la música y la caza, cuando yo, o no había ido al colegio o estaba en vacaciones, por eso mis primeras memorias deben referirse señaladamente a esas aficiones de mi vida, más los versos malos y los toros alguna vez.

Siento no poder ofrecer a mis lectores cosas más trascendentales; como serán, sin duda, si alguna vez las escribe, las de una sobrinilla-nieta mía, que podrá contar cómo a los cinco años ya entendía que el ahora no existe, porque cuando se dice ahora ya ha pasado.

Esas sí que serán memorias profundas de mi sobrinita-nieta Ana María.

Yo estoy estupefacto.

De las artes, la más bella es la música.

No concibo el cielo sin ella.

No de arpas y violines.

Todas las potencias y sentidos han de tener en el cielo su gozo, como en la tierra su dolor.

La música en el cielo. ¿Cómo?

Dios lo sabe.

Pero la tendrán. Cuando yo cantaba los solos en la capilla de mi colegio, teniendo doce años, un condiscípulo mío, un angelito, me dijo: «Sien-

to impulsos, cuando cantas, de darte un beso.»

La música eleva.

¡Se siente uno transportado a otro mundo!

El hombre que no guste de la música me parece un desgraciado.

Incluso parece no apto para entrar en el reino de los cielos.

Porque allí habrá música eterna.

Pues, díganme ustedes: ¿qué van a hacer en el cielo los que vayan allí sintiendo que la música es el ruido que menos les estorba? Como cuentan que dijo de sí Napoleón. Aburrirse... ¡Pues vaya un cielo!

Era mi rector en el Colegio de Santo Domingo, de Orihuela, un gran músico, el P. Rosés, y él me compró las primeras piezas que aprendí a tocar, que eran *poutpourris* de óperas y las romanzas de Mendelson. Luego, en Deusto, continué el aprendizaje del violín, y mi profesor me proporcionó los conciertos de Berliotz, músico belga.

Años adelante, cuando inauguraron el Colegio de Areneros, yo, que siempre he sido acérrimo defensor de la libertad de enseñanza, establecí un bachillerato libre, en que, como era natural, figuraba la música.

Todos los días teníamos un cuarto de hora de cantos populares. Y en los actos públicos cantaba todo el Colegio. Perdonen los lectores si les digo que he sido un gran propagandista de nuestros cantos regionales. Puede ser que en España pocos hayan contribuido a dar a conocer en el mundo nuestros cantos como yo.

Pensarán ustedes: ¡Qué tanto!

Sí. Pero por eso, no.

Porque quiso la Providencia que años adelante me hicieran director de un Seminario Menor, donde se educaron muchísimos jovencitos que ahora son reverendos Padres y están en América y Oceanía.

Y como en el Seminario se cultivó la música y aprendieron infinitos cantos populares, ellos los han dado a conocer en medio mundo.

Fuera de eso, cultivábamos la música de otra manera.

El estudio de la noche de los muchachas era un poco largo, y para hacerlo más llevadero, lo interrumpíamos con un cuarto de hora de arte, música, pintura, arquitectura, escultura...

Con proyecciones o discos de obras de los músicos más notables, comenzando por Beethoven y Mózart y acabando por nuestros mejores

zarzuelistas.

El aprendizaje consistía, verbigracia, en poner un disco y preguntar a cualquier seminarista qué era aquello que se tocaba, quién era el autor y cuál el juicio que merecía y a qué escuela perteneció.

Naturalmente que esto después de que el maestro las enseñaba, no una, sino varias veces.

Es una cosa sencillísima y eficacísima.

Y que nadie hace, porque supone paciencia y constancia. ¡Como que duraba el aprendizaje varios años!

Y tenían unos apuntes de arte brevísimos y clarísimos.

De la pintura modernista y música existencialista.

Hay pintura modernista y música modernista.

La pintura se entiende menos que los versos modernistas.

Yo creo que como no escriban los pintores un tratado al pie de sus trabajos y digan qué significa lo que han pintado, nadie podrá adivinarlo.

Así como aquel que pintó una cosa, y al pie puso: «Esto as un gallo.»

¡Mentira parece que la mente humana pueda llegar a estas aberraciones!

Pues la música no le va en zaga.

¿Querrán ustedes creer que hay una música que se llama existencialista, es decir, que tiene pretensiones de filosófica, y consiste en que se juntan, verbigracia, una o dos docenas de músicos, y que tocan, el uno el violín, el otro el bombardino, el otro la flauta, uno el acordeón, otro la guitarra, y, por fin, uno la armónica.

Todos estos instrumentos tocan cada uno lo que le da la gana, todos a la vez, sin director y sin compás. ¿Esa es la música existencialista?

Sí, señores.

Será algo celestial.

Mucho más que celestial.

¿Y usted ha oído algo de ese género?

Nada. De lo contrario, ya estaría en el otro mundo. Esa música no se puede oír muchas veces. Es sólo para imaginarla.

El que la oye una vez, no puede oírla dos.

De los versos modernistas que no se entienden.

Siempre fui acérrimo defensor de la libertad.

Dos las detesto.

Una la de hacer versos modernistas que no se entiendan ni palabra.

Yo he tenido en mis manos un libro de más de doscientas páginas de versos, de los que ni uno solo se entendía.

Y he tenido otro libro de texto de Filosofía para niños en el que no se entendía ni una idea.

¡Horrible!

¡Y para niños!

Con razón digo yo que me voy al otro mundo sin explicarme muchas cosas.

¿Ustedes entienden eso?

¿Y entienden ustedes que esos versos que no se entienden los hagan a veces sujetos que hacen versos lindísimos? Yo no lo entiendo.

Como no sea por la razón de que hacer versos que no se entiendan tiene mucho mérito.

Porque yo he intentado a veces hacer versos modernistas de los que no puede nadie entender.

Y, no sé si lo creerán ustedes, pero no he podido hacer ni uno.

Y cuando era chico hice versos, todo lo malos que ustedes quieran, pero se entendían.

Luego el hacerlos que no se entiendan debe tener gran mérito.

Y quizá por eso los deje publicar la censura.

Para que vean ustedes la razón que tengo en lo que digo del mérito notable de estos versos, les voy a copiar una estrofa lindísima de un poeta comunista:

Cuelgan de sus rodillas hebras del suelo,
cascaras de calavera amargas,
bolsillos de agua convertida en hierro,

y tristes vegetales fallecidos,
y maderas nocturnas le rodean,
y en él duermen palomas entreabiertas,
con ojos de cemento subterráneo.

Ustedes no sabrán elegir cuál verso de éstos es el que más les agrada. Y entienden mejor. Y tiene más mérito.

A mí, de toda esta estrofa, el verso que más me satisface, y el que más entiendo y me parece más bello, es el de las palomas entreabiertas, porque las supongo ya peladas, asadas y con las pechugas entreabiertas y como diciendo: «Comedme». Parto del supuesto de que se habrá tenido el acierto de arrancarles antes los ojos de cemento subterráneo.

¡Que si no...!

Porque ¿quién hubiera resistido en el estómago ojos de cemento?

¿Y subterráneo?

Que debe ser el de mejor calidad que hay en el mundo para reventar como Judas.

La caza es el mejor de los deportes.

En la caza se goza con la contemplación de la Naturaleza, con el ejercicio corporal, que es sano cuando es moderado; con la compañía de los amigos, que suelen ser íntimos; con los incidentes de la caza, que suelen ser muy variados, y muy especialmente con la observación de los instintos de los perros y de los animalitos que se cazan.

Como estos instintos y habilidades son tan maravillosos, en obsequio a los lectores que sean aficionados a la caza, y de los que no lo sean, de los que gusten de saber la sabiduría que Dios ha puesto en los animales, voy a narrar brevemente algunos casos curiosísimos.

Cuando se cazan conejos con hurón hay que tener sumo cuidado, estando ya él en el vivar, de no hacer el menor ruido y de que no se muevan los cazadores, para evitar que con su movimiento se produzca ruido que oigan los conejos dentro de sus cuevas.

Porque, como el conejo es animal tan tímido, si oye algo que viene de fuera, se asusta y no quiere salir. Y entonces el hurón, con facilidad, lo coge, lo mata, se bebe la sangre, se tumba y les da el día a los cazadores, los cuales, o se van, y pierden el hurón, o tienen que dejar allí algún servi-

dor para esperar a que, después de su gran siesta, se le ocurra al hurón salir y cogerlo y meterlo en su huronera, que suele ser un cestillo con tapa.

Pues, estando una vez varios cazadores, con el hurón ya dentro del vivar y con el cuidado consiguiente de no hacer el menor ruido, uno de los cazadores debió moverse un poco, e hizo que un canto redondo comenzara a rodar cuesta abajo por la ladera de un cerro, que es donde frecuentemente tienen los vivares los conejos. Y aquí viene lo maravilloso.

¿Creen ustedes que el cazador, para evitar la catástrofe consiguiente, le pondría el pie al canto para detenerlo y que no hiciera ruido?

Pues no. Fue el perrito al que se le ocurrió hacer esta operación de ponerle la patita para que no rodara.

Ante este prodigio de instinto, se le ocurre a cualquiera preguntar: Bueno, pero ¿esto es instinto o entendimiento?

Instinto, decimos todos.

Conformes. Pero no se podrá negar que este instinto se parece mucho a la inteligencia.

Y lo mismo, o más, se parece lo que voy a contar ahora. Era otro caso de perro, hurón y conejo.

En un cerro, llamado cerro de Alarcos, porque allí estuvo la ciudad de Alarcos, o villa, o lo que fuera, y de la que no quedan sino ruinas, unos muros o trozos de ruinas, testigos de que allí hubo una ciudad o cosa parecida, habían hecho su vivienda unos conejillos.

El perro, después de meter la cabeza en el vivar mucho tiempo, y no teniendo seguridad de que allí habla conejos, recurrió a un recurso que no se les habría ocurrido a muchos de los que se dice que tienen entendimiento.

¿Qué recurso? Hacer ruido con el hocico, y después aplicar el oído para ver si por el oído podía sacar lo que no sacaba por el olfato. Es decir, para ver si por dos sentidos podía cerciorarse de lo que no podía tener certeza por el olfato solo. En efecto, se entró el hurón y salió el conejo.

¡Instinto! ¡Caramba con el instinto! Vamos a llegar al momento en que un perro haga un silogismo, y vamos a decir: ¡Instinto!

Tercer caso. Fue en una cacería de liebres con galgos. Varios amigos se reunieron y llevaron seis o siete galgos. Es caso que me contó mi padre.

Salió una liebre y los galgos comenzaron a perseguirla.

Sabido es que la liebre, para defenderse, cuando el monte no está

limpio, sino que tiene matorral, busca siempre una sendita por donde correr libremente.

Nuestra liebre hizo lo que todas. Y los galgos, lo que todos. Así varios minutos, hasta que uno de los galgos se paró, con estupefacción de los cazadores, observando el camino que seguía la liebre, y al ver que por la ladera del monte se dirigía a la cumbre, debió hacer este raciocinio: «Si yo tomo la diagonal y me voy directamente a la cumbre, la liebre es mía.» Y como lo raciocinó lo ejecutó. Y en la cumbre cogió la liebre.

Y ahora que los lectores me digan que no raciocinó. Concedido. Pues llámenle ustedes como quieran.

Un cazador con más astucia que las zorras.

Y ahora, el último caso, para que vean ustedes que si los animales, por lo menos las zorras, tienen visos de inteligencia, vean ustedes también que el hombre la tiene real y verdadera.

Me lo contó un hermano mío.

Un cazador de profesión invitó a unos señores de Badajoz a una cacería de zorras.

Sucedió una maravilla de sagacidad. Cuando las voces del cazador y los ladridos de la jauría se oían lejos, salió como un rayo de una de las madrigueras una zorra. El cazador más próximo la disparó y la mató.

Al cabo de unos minutos salió de otra madriguera otra zorra. Y el cazador más próximo la mató. Y así aconteció con otros dos o tres casos iguales.

De manera que el raciocinio de las zorras era éste: Ahora que están lejos el cazador y los perros, y, por consiguiente, no hay peligro, vámonos a otra parte.

Y el raciocinio y la sagacidad del cazador era: Aprovecharse del instinto y la astucia de las zorras para matarlas, valiéndose como medio del conocimiento de la misma astucia de ellas para matarlas.

Y ahora decimos nosotros: ¡Qué instinto el de las zorras!

Esperemos a que escriban un tratado de *Trinitate* para decir: ¡Qué entendimiento! Aunque, de seguro, no lo escribirán.

De dos cocerías a palos.

Sólo a título de aplicación del principio de que debemos producir bienestar en aquellos que educamos, si queremos producirles el gran bien de la educación, voy a referir dos cacerías de conejos que procuré realizar, una en Badajoz y otra en Ciudad Real.

Mis hermanos establecieron unas escuelas nocturnas en Badajoz, en las cuales se educaban dos centenares de jovencitos con enseñanza gratuita.

Al final de curso tenían su distribución de premios.

Y yo aprovechaba la ocasión de que iba por aquellas tierras a algún ministerio para hacer la distribución de premios en una dehesa que tenían entonces mis hermanos, que se llamaba «Tres Arroyos», y está al lado de Badajoz y era un coto magnífico.

Después de los premios teníamos una cacería de conejos, por supuesto, a palo seco.

El coto estaba cercado por alambrera. Así que no podía huir ninguna pieza de caza.

Todo el arte consistía en desplegarse en ala y en ir acorralando a los conejillos hacia un punto del cerco de la alambrera.

La diversión era de un gozo inexplicable.

Total: a palos mataron doscientos y pico de gazapos. Todos los alumnos se llevaron su pieza correspondiente. Pero quedaba una dificultad grave.

¿Cómo se pasaban los conejos por el fielato sin pagar consumos?

No sé cómo fue el milagro. El caso es que todos los chicos pasaron su presa sin que los consumeros se dieran cuenta.

Referiré un caso de ingenio juvenil.

Dos obreritos se convinieron en figurar una riña.

Se trabaron de palabras junto al fielato, y el uno fingió que huía y el otro que le perseguía, dando voces los dos. Y así, veloces como rayos, pasaron, sin que los de Consumos pudieran echarles el alto y contentísimos con su correspondiente conejo.

Y ahora una moraleja. Cuando los nacionales entraron en Badajoz, parte de los guerreros eran moros.

Como desde las murallas los rojos se defendían como fieras, y mataron muchos moros y no moros, cuando al fin lograron entrar se desquitaron con creces.

Los moros detenían a cualquier ciudadano que iba por la calle, hacían que se descubrieran el hombro derecho, y si en él descubrían algún indicio de haber hecho disparos, lo mataban en el acto.

Sucedió, pues, que un hermano mío, que era el que vivía en Badajoz, yendo por la calle, se encontró con un moro, que hizo ademán de dispararle el fusil sin más ni más, y entonces un obrero que pasaba por allí, dándole voces, le dijo: «¿Qué va usted a hacer, si es el hombre más bueno de Badajoz?»

El moro bajó inmediatamente el fusil.

¿Cómo pudo suceder esto?

Porque aquel obrero se había educado en las escuelas nocturnas y recordaba las cacerías de final de curso. La segunda cacería fue muy parecida a ésta.

Fue de los seminaristas que se educaban para ingresar en la Compañía de Jesús.

Yo tenía un tío, dueño del cerro de Alarcos, en Ciudad Real, que lo tenía acotado, como mis hermanos la dehesa de «Tres Arroyos», en Badajoz.

Este tío mío me dio licencia para que los seminaristas cazaran a palos un día conejos en el coto.

Cogieron unos doscientos.

Contaré un caso que tiene su gracia.

Uno de los profesores de la Compañía de Jesús llevaba dos conejos, uno en cada mano.

Haciendo el ojeo en ala, como en el caso anterior, vio que un gazapillo estaba escondido en una mata, sin atreverse a salir de su matujo, muerto de miedo.

El Padre lo vio, y pensó: «¿Cómo cazo yo este conejillo si llevo las dos manos ocupadas con un conejo en cada una?,

Y entonces se le ocurrió un modo de cazar conejos que rara vez se había usado en el mundo entero.

Se sentó encima de él, y lo atrapó.

La moraleja es la siguiente:

Si aquellos niños son ahora ya sacerdotes, muchos misioneros en los sitios más apartados de América y Oceanía, ¿quién no recordará con gozo aquel día?

Y otras muchas cosas parecidas con que yo quise producir en los seminaristas la sensación de bienestar que me parece indispensable para educarse debidamente.

De murciélagos con garlito de pescar.

Dirán mis lectores: «Este pobre ochentón no tiene cosas de interés que contar, y por eso nos habla de cacerías de murciélagos y de mochuelos.»

Verán ustedes.

Esta cacería de murciélagos, aunque no es asunto trascendental, es, no obstante, algo no corriente en la historia de las cacerías.

Estaba yo sentado, descansando de otra cacería más corriente, junto al Guadiana, y observé que de un edificio que estaba sobre el río salían de una grieta murciélagos.

Después de que habían salido muchos, me dio la curiosidad de contar los que quedaban por salir, y como vi que aquello no acaba nunca, hice que pusieran una red de pescar, que llaman allí garlito, en forma de embudo, que los pescadores colocan entre la broza del río.

Los murciélagos, conforme iban saliendo del nido, iban cayendo en la red, de donde no podían salir.

¿Cuántos dirá el lector que cacé?

Más de ciento.

De modo que entre unos y otros serían unos doscientos

Sabido es que estos animalejos viven en colonias.

Me bajaron el garlito y vacié la red en un saco. ¡Pobrecitos! Matarlos era una crueldad. Además de que ellos beneficiaban el ambiente, lleno de mosquitos, de los cuales se alimentan.

Los devolví a la libertad, y se fueron tan contentos, después del susto pasado, que pensarían sería el último de su vida.

Ahora, una reflexión:

La sabiduría y providencia de Dios se muestra en todas las cosas.

Se ha hecho una experiencia curiosa.

Una habitación se ha cruzado de hilos, puestos de pared a pared, en pleno día, para que entrara en ella la luz.

Sabido es que los murciélagos, así como ven de noche, no ven de día.

Se ha soltado y hecho volar un murciélago dentro de esta habitación.

¡Fenómeno curioso! ¿Cómo es que no viendo y volando entre hilos que cruzaban la habitación nunca tropezaba con los hilos?

Parece ser, porque emiten unas ondas, como el radar que usan los aviones. Estas ondas, cuando tropiezan con algún objeto, lo dan a conocer a los aviadores, que en este caso son los murciélagos, los cuales evitan el choque con los hilos.

¡Qué sabio es Dios y qué ignorantes los hombres, que han necesitado miles y miles de arios para descubrir este fenómeno!

De mochuelos bailando y tocando las palmas.

Y ahora, para final de esta narración, otra más curiosa y que a primera vista parece una broma andaluza. En Rota, junto a Cádiz, se caza el mochuelo así:

Hay paso de mochuelos, como lo hay de codornices y otras aves.

Pues en la época del paso, cuando un mochuelo llega a Rota, se posa en un olivo. Y cuando la gente del campo lo ve, lo caza como nadie caza en el mundo.

¿Cómo? Se reúnen unos cuantos aldeanos y comienzan a bailar a la vista del animalito. A bailar y tocar las palmas.

¡Es cosa de risa! El mochuelo no se va, sino que contempla aquel espectáculo curioso, moviendo la cabeza a un lado y otro, como asombrado de lo que ve.

Entonces un bailarín se sube al olivo y lo coge por la espalda.

No dirá el lector que no cuento cosas alegres. ¡Una caza bailando!

De culebras y de ranas.

Creerán mis lectores que se han acabado mis cacerías. Pues no es exacto.

He cazado culebras de agua con un pececillo por cebo.

Pero cacé siete culebras de un tiro.

Estaban en un sitio en que fácilmente se alimentaban de pececillos.

Creo que pude matar más de siete, porque había muchas.

Y ¿no cacé más género de animales?

Claro que sí.

Ranas: medio saco.

Con una linterna.

Se las dirige la luz; se encandilan, y uno que va detrás del de la linterna, les echa la mano, y al saco. Cogí medio costal.

Y nos comimos las ancas, que, como saben ustedes, están muy ricas.

«Minutos», mi perrito cazador.

¡Qué chuchos tan feos se ven por las calles de Madrid! Pero mimados como si fueran los niños pequeños de la casa. A los que, no sólo les dan sus amitas chocolate y luego les limpian el hocico para que puedan presentarse en sociedad, sino que las doncellas los sacan a tomar el aire libre y a alguna cosa más. ¡Pobres doncellas, que han de servir hasta a los chuchos feos y sucios!

Mi perrito no era de ésos.

No tomaba chocolate; era muy limpio, sin necesidad de que la doncella cuidara de que tuviese educación.

Era negro, pequeñito, vivo, alegre, dócil, inteligente Como que lo ataban con hilo de coser a una columna del patio de mi casa, hasta que mi hermano el pequeño, que era su mejor amigo, volvía de misa, y allí se estaba quietecito, como si el hilo fuera una maroma. ¡Buena enseñanza para muchas personas mayores, que hay que amarrarlas con cordeles para que obedezcan! Y estén quietecitas en casa.

No era de raza de caza, sino un can vulgarcillo, que se llamaba *Minutos*.

Pero cazaba mejor que los de raza.

¡Cuánto puede la educación!

¿Qué no podrá en los niños?

Teníamos en nuestra casa un jardín y en él, con tejas sobrepuestas, como en los tejados, hicimos una especie de vivero de conejos.

Soltamos un gazapillo y se escondió muy a gusto en el vivero.

Pero no le duró la alegría, porque para educar a *Minutos* en la caza y a una huroncilla, la echamos en el vivero.

Excuso decir al lector el susto atroz que se llevó el gazapillo.

Salió huyendo, echando chispas, y *Minutos*, que estaba al acecho, salió, como un rayo, detrás de él por todo el jardín, hasta que lo cogió.

Esta fue su primera hazaña.

Pero quedó tan hueco de su heroicidad, que, repitiendo el caso, fue cada vez más listo, más corredor y más cazador. ¡Lo que puede la formación y la repetición! ¡Como en los niños!

Pero este incomparable *Minutos* se aficionó tanto a su deporte, que cuando nos levantábamos para ir de caza, a las dos o las tres de la mañana, él, que solía acostarse en alguna cama blanda y vacía, apenas sentía un ruido ligerísimo, se imaginaba lo que era y bajaba corriendo las escaleras para subir al coche el primero. Era su afición a la caza, pero más su amor y su amistad para con su amo.

Al revés de lo que pasa a los colegiales cuando los despiertan sus mamás para que estudien o ir al colegio. De paso, diré que en las horas de calor (era en agosto cuando cazábamos) se ponía en el asiento del coche, boca arriba, para que le diera bien el aire. Hacía lo que los niños, que se quedarían en camisa cuando hace calor, si no fuera por la decencia.

Pues bien: una vez que salimos de caza a un monte, donde el guarda nos había dicho que un conejo se escandía debajo de una peña, metimos el hurón, y *Minutos* se puso a la espera, como otras veces hacía. Era el terreno muy quebrado, con muchos peñascos, y, por consiguiente, el tiro debía ser muy rápido para no dar lugar a que el conejo se escondiera en otro vivar. Salió, pues, el gazapillo y hubo que tirarle, como dicen los cazadores, a tenazón, casi sin apuntar. No sé si maté al conejo o no; lo que sé es que mi queridísimo amigo *Minutos* salió aullando lastimeramente, y que pensé: « ¡Lo he matado!» Lleno de pena, como es natural, nos fuimos a la casa, y, ¡cuál no sería mi sorpresa cuando me lo encontré echado en una

butaca! Me figuré lo que había pasado: que algún perdigón del tiro le había alcanzado. Lo reconocí, y, en efecto, al tocar en un dedillo, noté que gemía. Total, nada serio.

Pero ahora viene lo bueno: ¡el talento incomparable de mi *Minutos*! Al cabo de unas semanas, salirnos otra vez de caza. Como siempre, el primero que montó en el coche fue él, Tal era su afición. Mayor que la de los niños a los libros.

Llegamos al cazadero, que era el mismo del percance que acabo de contar. Y apenas vio *Minutos* que el monte era el de su herida, hizo una cosa que no harían muchos colegiales: decir para sí: Pies, ¿para qué os quiero? Y, sin decir oste ni moste, cogió la carretera y se fue pitando nada menos que ocho kilómetros, y se metió en casa sin decirle a nadie ni de dónde ni por qué venía.

No paró aquí el talento de este amigo mío. Salimos otra vez de caza. Pero, al llegar al cazadero, que era el mismo de antes, se puso a husmear y olfatear la caza; mas he aquí que ve sacar la huroncilla, y entonces, acordándose de su tragedia, se subió a un risco muy alto, desde donde podía presenciar los toros sin peligro y gozar de la caza sin tomar parte en ella. ¡Qué talento! Mayor que el de muchos jóvenes y hombres, que caen una vez en el peligro y luego vuelven a él, hasta que perecen totalmente.

Llegamos al final. Fuimos un día a un coto donde abundaba la caza y el *Minutos* se podía lucir mejor que los demás perros, pues se entraba por entre la maraña de los matorrales espesos por ser tan menudo; lo que no podían los demás por ser mayores; y nos echaba los conejos, que matábamos a placer. Yo no sé si fue la actividad de su trabajo o, como suele decirse, porque a cada cual le llega su San Martín, el caso es que noté que se nos quedaba atrás y no nos seguía. Sospeché que se había puesto malo; le abrí la boca para verle la lengua, y, ¡oh dolor!, vi que la tenía blanca. Lo cogimos en brazos, y a poco de llegar al cortijo expiró. Excuso decir que no lloré, pero me faltó poco.

Por supuesto, le dimos sepultura al pie de una encina, aunque como perro, no eclesiástica. ¡Oh fiel amigo mío!, que te recordaré toda mi vida. En tu vida y tu muerte me diste ejemplo: en tu vida, de buena educación, fidelidad, amistad, actividad, obediencia. Y en tu muerte, porque, como buen perro, tuviste entierro civil.

Una perrita heroica.

Una perrita tuvo unos perritos en una, casa de la huerta de Murcia. En un carro la trasladaron a Cartagena. Pero, al verse en casa ajena y sin la compañía de sus amigos, uno a uno fue trasladando sus hijitos, llevándolos en la boca, desde Cartagena hasta donde estaban sus amistades.

La distancia sería de unos sesenta kilómetros. Pero, ¿qué sucedió? Lo que debía acontecer: que al llevar el último de sus perritos, quedó muerta ella y el hijito que llevaba. ¡Eso es amistad!

Yo vi a Lagartijo....

Cada cual tiene su gusto en espectáculos, como en todo.

Mi predilección, cuando muchacho, fue por los toros. Entonces no existía el fútbol. Pero aun cuando hubiera existido...

Yo vi a Lagartijo, con una bota, echarle al toro un chorrito de vino en el hocico, que se lo lamía de puro gusto. Pero no porque me gustaran los toros por eso fui un exaltado.

Y eso que, a juzgar por lo que voy a decir, parecería que tenía en mis venas sangre torera.

Tuve dos hermanos, uno que mató un torito en la plaza de toros de Ciudad Real.

Y, por supuesto, presidían unas muchachas de lo mejor de Ciudad Real.

Yo no puedo jurar si el pobre bicho se murió de muerte natural, porque le había llegado su hora, o de los infinitos pinchazos que recibió, unos en el cuello, otros en el vientre o donde acertó a meterle el estoque. Se lo debieron llevar las mulillas estando aún en la agonía.

El otro hermano, en una plaza improvisada, con una serie de carros en círculo, toreó un novillejo en una finca de mi padre, junto al Guadiana. Mi hermano vestía americana y bombín y, huyendo de la fiera, se salió de la plaza y el novillejo tras él, ambos corrieron junto a la ribera del río hasta que el torero, temiéndose alcanzado, tuvo el arrojo de tirarse de cabeza al río y, nadando por debajo del agua, llegó hasta la otra orilla. Entonces, hecho un valiente, sacó la cabeza y vio que el novillo estaba en la orilla, estupefacto, mirando aquel milagro de ver a un hombre tirarse al agua, desa-

parecer y aparecer.

El lector comprenderá que habiendo yo tenido dos hermanos tan toreros, no tiene nada de particular que me agradara la fiesta nacional.

Moderadamente. ¡Claro!

DE MI PREOCUPACIÓN POR LA UNIVERSIDAD CATÓLICA LIBRE

Siempre he tenido honda preocupación por el problema de la Universidad católica libre, por parecerme necesaria para garantizar en España un pensamiento católico ilustrado.

Desde Irlanda me escribía un amigo, diciéndome: «Aquí los católicos no pueden entender cómo en una nación católica, como España, se puede dar el caso de que se pongan dificultades a la creación de una Universidad católica libre.»

¿Lo entienden ustedes?

¿No?

Pues yo tampoco.

¿Y ustedes pueden entender que sean precisamente católicos los que se opongan a la creación de la Universidad católica?

En Irlanda no lo entienden.

¿Y ustedes lo entienden?

¿No?

Pues yo tampoco.

Por lo menos, en Irlanda se figurarán que los católicos en España suspiran por la creación de una Universidad católica libre.

¿Qué menos?

Pues no hay tales suspiros.

De seguro que no entenderán ustedes eso.

—No, señor, no lo entendemos.

Pues yo, tampoco.

¿Y que los catedráticos católicos y, sobre todo los propagandistas, harán propaganda de la Universidad católica libre? Eso creerán en Irlanda.

¡Si supieran en Irlanda que eso no lo hacen los catedráticos en España, ni siquiera los catedráticos propagandistas!

Un católico, ¿lo entendería?

De ningún modo.

Y ustedes, los católicos de Francia, y Alemania, y Suiza, y de Europa, y de América, y de Andorra, ¿lo entienden? No.

Y los católicos de Marruecos, ¿lo entienden?

De ningún modo.

Pues yo tampoco lo entiendo de ningún modo.

¡Pero ahora caigo! ¿Es que todas las Universidades son estatales? Sí; pero también católicas. Y a lo que se oponen ciertos, muchos, católicos, es a que se creen Universidades libres católicas. Pero esto tampoco lo entiendo.

Y ahora vean ustedes qué contraste con lo que se escribe en Ya del 7 de octubre de 1954:

«En el número que será puesto a la venta mañana, jueves, la popular y ecléctica revista norteamericana *Life* dedica trece o catorce páginas al elogio y exaltación, tanto en letras como en imágenes, de la Compañía de Jesús, su fundador, San Ignacio de Loyola, y la «ingente obra» desarrollada por los jesuitas en los Estados Unidos.

En tributo indirecto a la obra colonizadora de España, la revista dice que «los jesuitas llegaron al territorio ocupado hoy por los Estados Unidos antes que los soldados y antes que los colonizadores». «Ya en 1566, sólo veintiséis años después que el español Ignacio de Loyola habla fundado la Compañía de Jesús, sus enérgicos y valerosos sacerdotes recorrían Florida, convirtiendo indios a la religión católica. Armados sólo con sus libros de oraciones, los jesuitas penetraron desde Florida tierra adentro. Ni un cabo fue doblado o un río descubierto sin que un jesuita no hubiera abierto el camino, según anotó el historiador George Bancroft.»

«Hoy, los jesuitas poseen en los Estados Unidos —continúa la revista Lije— noventa y nueve centros de enseñanza superior, entre los cuales figuran algunas de las más famosas Universidades del país, tales como Fordham, Georgetovm, Marquette, la Universidad de Detroit, la de San Francisco y la de Saint-Louis. Ciento veinte mil estudiantes norteamericanos asisten a las Universidades o Escuelas Superiores de los jesuitas, que incluyen trece facultades de Derecho, cinco de Medicina, ocho escuelas de Ingenieros y siete escuelas de Odontología. Los jesuitas publican en los Estados Unidos veinticinco revistas, desde la combativa y popular *America* hasta la erudita y elevada *Thought*. Trece estaciones de radio funcionan

bajo su dirección. Las instituciones jesuíticas se distinguen de modo especial en el cultivo de las ciencias —sigue diciendo la revista—, que cuenta que en Astronomía y Geofísica poseen autoridad insuperable.

La Orden mantiene veintiocho estaciones sismológicas a través del país, mientras el Gobierno norteamericano sólo posee ocho, pudiendo decirse que es imposible que tiemble la tierra sin que se entere la Compañía de Jesús. En cuanto al pensamiento social y político, «una de las más importantes contribuciones de los jesuitas norteamericanos ha consistido en reconciliar la índole y los principios del sistema constitucional estadounidense con la doctrina católica, en cuanto a las relaciones entre Iglesia y Estado. La tesis de los pensadores de la Compañía de Jesús es que, apoyándose en su experiencia, los Estados Unidos no necesitan provocar conflicto alguno entre Iglesia y Estado, pues ambos pueden desempeñar su papel propio dentro de una sociedad libre».

Insistiendo en la importancia y enjundia de su obra educativa, la revista *Life* dice que la única escuela diplomática católica de los Estados Unidos está dirigida por los jesuitas, y es la que funciona aneja a la Universidad de Georgetown, cuya sede se encuentra no lejos de la sede del departamento de Estado. El Instituto París, de la Universidad jesuita de Saint-Louis, ofrece cursos, no sólo de aeronáutica, sino de astronauta, incluyendo la comunicación interastral. En una escuela de pilotos aviadores, la Compañía de Jesús instruye en el manejo de aviones a los misioneros destinados en misiones remotas o donde el aeroplano es un medio de locomoción aconsejable.

Actualmente, el número de jesuitas adscritos a la Provincia de los Estados Unidos es de 7.630, y, según *Life,* es la mayor Orden católica de los Estados Unidos. Refiriéndose a la obra universal de los jesuitas, la revista cuenta cómo la Compañía de Jesús contuvo el avance del protestantismo en el siglo XVI, iniciando y dirigiendo la Contrarreforma. Entre sus más recientes servicios a Dios y a la fe, la revista *Life* refiere el del Obispo jesuita que el año 1926 penetró secretamente en Rusia para consagrar a su vez a otros obispos. «Sólo de uno de aquellos consagrados en 1926 se sabe que esté todavía vivo», anota *Life,* que cuenta que actualmente los jesuitas están instruyendo a numerosos sacerdotes en el rito oriental.

Pues bien: Inglaterra, Holanda, Bélgica, Francia e Italia tienen sus Universidades libres, a pesar de sus diferencias de espíritu religioso con respecto a España, algunas protestantes y otras hostiles a la Iglesia, y nosotros, la nación más católica del mundo, no podemos ni hablar de eso, por-

que los católicos españoles, y entre ellos los que figuran como defensores de la causa católica, se oponen tenazmente a ello.

Sólo en los Estados Unidos hay veinticuatro Universidades católicas libres, dieciséis de ellas dirigidas por los Padres de la Compañía de Jesús.

Y, además, hay Universidades católicas libres en el Ecuador, en Perú, en Venezuela, en el Brasil, en Chile.

¿Cómo es que sólo en España no se puede abrir ni una sola, gracias muy especialmente a la oposición que hacen a su establecimiento, no ya los católicos, sino los católicos catedráticos que profesan ser propagadores y apóstoles de las doctrinas católicas?

¡Fenómeno estupendo!

Los católicos españoles hacen ediciones de centenares de miles de Encíclicas, entre otras de la Encíclica sobre enseñanza y educación *Divini illius magistri*, de Pío XI, y esos mismos católicos que hacen esas ediciones para difundir la doctrina de Pío XI sobre la libertad de enseñanza, esos mismos son los que presentan a las Cortes proyectos de ley para que no se conceda la libertad de enseñanza.

Para ver maravillas de incongruencia docente, que vengan a España los católicos de todo el mundo.

Es que en España nos falta auténtico pensamiento católico, y precisamente porque nos ha faltado la Universidad católica libre.

Y así, tenemos hombres buenos, rectos, piadosos, católicos por herencia de sus madres cristianas.

Pero son poquísimos los hombres de mentalidad católica que tengan conciencia de que para ser católicos de verdad importa más conocer y sostener todo lo que es de fe y de doctrina católica, que las prácticas sólo piadosas.

Hay, por ejemplo, muchos católicos de comunión diaria y de rosario en familia diario que desconocen y no admiten el canon 1375 del Código canónico.

Eso no puede ser.

Ese canon, que da derecho a la Iglesia a la creación de centros de enseñanza de todo grado.

No es una opinión que puede libremente seguir un católico. No saber eso, es una ignorancia superlativa.

Un pueblo católico que no tiene Universidad católica libre acabará

por no ser católico.

En España estamos así.

Peor que así.

Pues tenemos no pocos católicos que no quieren la Universidad católica.

Y, además, hay católicos que impiden que los católicos que desean la Universidad católica libre la puedan defender en la Prensa.

¿Entiende usted eso?

Yo, ni pizca.